



*Deseo
salvaje*
*Brianne
Miller*

Deseo salvaje

Weretigers I

Brianne Miller

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero 2016

Título original: Deseo salvaje

© 2016 Brianne Miller

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada: "Gabriel Georgescu/Shutterstock"

Imágenes de portada: "Targn Pleiades/ Shutterstock"

ISBN-13: 978-1530433537

ISBN-10: 1530433533

ÍNDICE

Prólogo

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Prólogo

Era una calurosa noche de un sábado de agosto. Aileana bailaba con unas amigas en el pub de moda de la ciudad... hasta que le vio. Se quedó quieta, muy quieta, mientras el hombre que había captado toda su atención se acercaba lentamente. Ella solo le veía a él, y parecía como si él solo la mirase a ella. Su pelo, que llevaba por los hombros, era ébano pulido. Sus ojos, depredadores, recordaban el verde intenso de los prados de las Highlands. Iba vestido con sencillez, solo una camisa y un pantalón negros, y en su pecho descansaba una sencilla medalla de oro colgando de una fina cadena.

Cuando estuvo a tan solo un suspiro de ella, la cogió suavemente de la nuca y acercando la boca a su oído, le susurró: "Eres mía, dulce Aileana". Ella estaba hipnotizada por el perverso brillo de esos ojos, pero cuando las palabras del extraño penetraron en su mente, recuperó la consciencia lo suficiente para mirarle fijamente a los ojos y acertar a contestarle: "Que te crees tú eso". El hombre la miró divertido y solo sonrió, una sonrisa que en otras circunstancias Aileana debería haber tenido el sentido común de temer. La besó suavemente en la mejilla y le dijo: "Ya lo verás, amor mío, no te librarás tan fácilmente de mí, y llegará el día en que no te resistas. Te lo prometo". Tras una carcajada perversa, la besó salvajemente en la boca y se fue.

Aileana estaba despierta. Eran cerca de las 4 de la madrugada del lunes y no había conseguido dormir ni dos horas desde la noche del sábado. Cada vez que cerraba los ojos veía al demonio que la había reclamado como suya con tan solo una mirada. Y si se quedaba dormida tenía horribles pesadillas con él. Además, ¿cómo sabía el desconocido su nombre? ¿Sería que alguien intentaba gastarle una broma? ¿Sus amigas se habían propuesto desmentir sus palabras? Desde su divorcio hacía más de un año, siempre había dicho que no necesitaba a ningún hombre, prefería estar sola que pasar por otro desengaño.

Empezó a quedarse dormida. Una pequeña ráfaga de viento abrió las puertas del balcón de su dormitorio, y el aire fresco de la noche se coló hasta su cama. "Duerme, amor mío" dijo el viento. "Duerme y olvídame por ahora. Pronto te buscaré y reclamaré lo que me pertenece, pequeña mía. Pronto, muy pronto, no podrás deshacerte de mí, y acabarás siendo una criatura de la noche como yo".

Aileana se removió incomoda entre las sábanas, y el hombre escondido tras

el viento sonrió. Ni dormida iba a ponerle las cosas fáciles, pero en cuanto la vio supo que ella sería la elegida. No tuvo que hacer nada, su alma se lo dijo.

Acarició suavemente el pelo de la joven, la besó una última vez, un leve roce en sus labios rosados, se levantó de la cama y salió de la habitación tal como había entrado. Como una ráfaga de viento.

Introducción

En las calles oscuras de Edimburgo existe una criatura demoníaca cuyas víctimas son mujeres que osan pasear solas por sus calles a altas horas de la madrugada. Es el señor de la oscuridad, también conocido como Sammael. Su forma humana excede la belleza terrenal: su pelo oscuro y sus ojos esmeraldas hipnotizan a las jóvenes inocentes cuando se lo encuentran en persona. Es entonces cuando las seduce para obtener de ellas el placer carnal. Pero es más tarde, cuando vuelven solas a casa, cuando una ráfaga de viento las envuelve, y el demonio escondido en el cuerpo del adonis se las lleva a su morada para absorber de ellas hasta la última gota de esencia vital, haciéndolas desaparecer para siempre de la faz de la tierra.

De entre todas ellas, una será la elegida para seguir la estirpe. Una humana poseedora de una vitalidad y unas características especiales será la encargada de engendrar a su hijo y heredero. Sammael la reconocerá por instinto y la dejará sin consciencia. La mujer será como una marioneta entre sus manos, y la utilizará una y otra vez hasta dejarla embarazada. Será tratada con el más mínimo cuidado hasta que nazca su hijo, y morirá en manos de este, siendo su primer alimento.

Pero, igual que los licántropos protegen a la humanidad de los vampiros, existen otros seres, mitad felino salvaje mitad humano, que defienden a las mujeres de Sammael: son los Weretigers. Y hay uno de ellos en particular, cuya belleza como animal es similar a su belleza humana. Solo él puede ser el monarca de su especie. El tigre blanco, un animal de belleza infinita y corazón puro. Él es el ser más temido por el señor de la oscuridad. Su nombre se le atasca en la garganta, su olor le produce pavor. Él es el protagonista de esta historia. Su nombre es Nahuel.

Capítulo 1

La congregación de los Weretigers estaba reunida. Sus seis miembros estaban sentados en el salón de su monarca esperando instrucciones. La noche anterior habían salvado a una chica de caer en las garras del señor de la oscuridad, y tocaba hacer balance. Llevaban cerca de un año al mando de Nahuel, desde que el padre de este cedió el trono a su hijo primogénito para retirarse.

Nahuel miró uno por uno a sus compañeros. Cuatro hombres y dos mujeres llenos de coraje y determinación que habían hecho de los Weretigers toda una leyenda. En los meses que llevaba al mando habían salvado a tantas inocentes que habían perdido la cuenta.

Todos eran familiares suyos. Excepto él, todos tenían nombres bíblicos; toda una ironía, pues sus orígenes no podían ser más paganos.

Su herencia cambiante tiene sus orígenes en una maldición. Cuenta la leyenda que una bruja se enamoró perdidamente de un campesino. Era el hombre más apuesto y viril de la comarca, y todas las chicas estaban enamoradas de él. Pero él solo tenía ojos para la hija de su señor, y la amaba en silencio, conformándose con verla únicamente en la distancia.

Cuando la bruja declaró su amor al campesino, él la rechazó amablemente, pero el resentimiento de la joven fue tal que le lanzó un hechizo: lo convirtió en un tigre albino.

El dolor y la sed de venganza le convertían inexorablemente en felino, pero descubrió que también podía convertirse a voluntad. Desde entonces utilizó su poder para defender a los inocentes. Y desde que diez siglos atrás apareciera Sammael, su esfuerzo se había limitado a salvar a las jóvenes inocentes a quienes este utilizaba para alimentarse.

El último equipo de defensa era realmente efectivo. Su hermano Gabriel siempre le cubría las espaldas. Era su príncipe y heredero mientras Nahuel no tuviese hijos propios. Su forma licántropa era una pantera de las nieves. El más extrovertido y vivaz del grupo, siempre estaba dispuesto a animar el ambiente cuando este se tornaba sombrío. Ellos eran los miembros de más edad de la sociedad. Entre los dos dirigían la empresa familiar: la cadena de hoteles más prestigiosa de Escocia.

A su hermano Gabriel le seguía su primo Abel. Hijo del hermano de su

padre, su forma de Weretiger era el guepardo. Experto en informática, se encargaba de la tecnología que usaban en su lucha contra Sammael.

Los gemelos Uriel y Adriel iban a la zaga. Adriel era médico cirujano y se encargaba de sanarlos si Sammael los hería. Su Weretiger era la pantera negra. Uriel, la mayor de las hembras, era jefe de policía. Con ello se aseguraban que nadie descubriera su existencia. Cuando se transformaba era un leopardo.

La siguiente en la lista era Amathiel. Su prima era la abogada de la familia. Y como Weretiger se transformaba en tigre.

El benjamín de la familia era Ithurriel. El hermano pequeño de Abel se transformaba en león. Era un poco alocado, Solo tenía veinte años. Aún estaba en la universidad.

Nahuel miró uno por uno a su equipo. Ante la atenta mirada de su rey, todos los presentes guardaron silencio.

—Todos sabéis por qué estamos reunidos hoy aquí. Los ataques de Sammael han aumentado en los últimos meses de manera alarmante, y debemos tomar las medidas oportunas para evitarlos.

—El mes pasado atacó a doce mujeres en un radio de treinta metros —dijo Gabriel—. Creemos que está buscando a alguien.

—Sí, pero ¿a quién? —preguntó Uriel.

—Pensamos que está buscando reproducirse —contestó Nahuel—. Después de doscientos años debe estar viejo y cansado, y necesita un heredero.

—¿Y por qué simplemente no deja embarazada a una mujer cualquiera? —argumentó Abel.

—La elegida tiene que poseer unas características especiales para poder engendrar al próximo señor de la noche —contestó el príncipe—. Debe ser lo suficientemente fuerte para no morir en el intento.

—Contamos con una pista importante —dijo Nahuel—. La elegida vive en el radio de acción de Sammael. Quiero que todos busquéis discretamente en la zona. Tenemos que dar con ella antes que él.

—¿Y cómo la encontraremos? —preguntó Ithurriel.

—La mujer tiene una marca de nacimiento peculiar —contestó Gabriel—, una estrella de David en la muñeca derecha.

—Tenemos que encontrarla y traerla al cuartel general —añadió el monarca—. Es el único sitio en el que podemos mantenerla a salvo. Cuento con vosotros. No me decepcionéis.

Una vez terminada la reunión, Nahuel y Gabriel se reunieron en la casa del primero. Por razones de seguridad, habían convertido un antiguo castillo en cuartel general y vivienda familiar, y las dos casas de invitados que había en el jardín habían sido convertidas en las viviendas de los dos hermanos.

—Nahuel, ¿estás bien? —preguntó Gabriel— Te noto preocupado.

—No sé si vamos a poder lograrlo esta vez, Gaby. Y si fallamos tendremos dos demonios sueltos por ahí.

—Y habremos perdido a tu primera inocente, ¿no es eso?

—Eso también —reconoció el monarca—. Desde que estoy al mando no hemos perdido a ninguna mujer, y no quiero que esta vez sea la primera.

—No te preocupes, tienes el mejor equipo que ha existido jamás. Papá no se cansa de repetirlo. ¿Por qué no hablas con él?

—Eso haré. Gracias, hermano.

—No hay de qué. Sabes que no tienes que llevar el peso del mundo tú solo, estoy dispuesto a ayudarte.

—Ya me ayudas más de lo que nadie puede imaginarse —sonrió pícaramente—. En esta generación hay dos albinos, así que lo justo es que haya dos reyes.

—¡Ah, no, hermano! El puesto de rey es todo tuyo. Con ayudarte me conformo. Yo no sirvo para eso.

—Algún día heredarás la corona.

—Ni en sueños. Pronto te casarás y formarás tu propia familia, así que no tendré que preocuparme.

—¿Sí? ¿Y cuándo voy a conocer a esa mujer? Con el trabajo que tenemos no nos queda tiempo ni para respirar.

—Cuando menos te lo esperes, Nahuel. Y yo estaré allí para recordarte esta conversación.

Nahuel aún sonreía cuando su hermano se marchó a su propia casa. Solo era un año menor que él, y estaban muy unidos aunque a veces, como en ese momento, le sacara de sus casillas. Además, desde que su padre le nombró nuevo monarca de los Weretigers, Gabriel se había convertido en su baluarte.

Se dirigió con paso decidido al dormitorio de sus padres. Su padre se encontraba sentado frente al escritorio revisando unos archivos. Se quedó mirándole un momento. Siempre le había parecido imponente, y aunque ahora era él quien tomaba las decisiones importantes, seguía sintiéndose un adolescente en su presencia. Su padre tenía ya trescientos años. Comparado con la edad humana acababa de entrar en la madurez. Aunque decidiese jubilarse tres años atrás, Nahuel siempre podía contar con él. El antiguo rey levantó en ese momento la mirada y, al verle, sonrió.

—¡Hola hijo! ¿Qué tal va todo?

—No muy bien, papá. Tengo la sensación de que esta vez nada va a salir bien.

—¿Por qué no iba a salir bien? —preguntó su padre sorprendido— Hijo, sois los mejores guardianes que han existido nunca. Todo va a salir bien.

—¿Y si fallo? ¿Y si no logro salvar a la chica, papá? Esta vez hay mucho más

en juego.

—Nahuel, puedes hacerlo... Tu hermano y tú sois capaces de hacerlo. No tienes que dudar de tus capacidades, ¿me oyes? Si no te hubiese creído capaz de enfrentarte a Sammael en cualquier circunstancia no te hubiese nombrado rey tan pronto. Así que deja de dudar de ti mismo, porque si sigues así es cuando realmente fallarás.

—Está bien, papá. Lo intentaré.

—Estoy muy orgulloso de vosotros dos, hijo.

—Gracias, papá.

—Nahuel, antes que vosotros dos, otros han tenido que enfrentarse a esta situación y han vencido. Siempre han podido eliminar a uno de los dos demonios. Y tú serás capaz de lograrlo.

Cuando su hijo salió de la habitación, el antiguo rey se quedó pensativo. El día que decidió retirarse y dejar el camino libre a su heredero sabía que pronto llegaría el día en que se tuviese que enfrentar el problema que tenían entre manos. Cada doscientos años Sammael buscaba una mujer que engendrara a su heredero, y ellos siempre habían podido evitar que eso ocurriese. La vez anterior le tocó a él, ahora eran sus hijos los encargados de evitarlo.

Sabía que en esta generación había dos monarcas. Nunca antes habían nacido dos albinos en la misma generación. Cuando vio por primera vez la transformación de su hijo menor supo que esta vez la corona sería compartida. Y se alegraba de que así fuera. Quizás ellos terminarían de una vez por todas con Sammael y pudiesen vivir en paz.

Tras ducharse, Nahuel salió de la casa. Necesitaba una copa, la tensión de los últimos días estaba ganando la batalla.

Fue al bar que regentaba su tío Nathan, el padre de Abel. Era el único sitio en el que los Weretigers podían ir a divertirse sin temor a ser descubiertos.

Sus primos estaban sentados en una mesa al fondo del local. Pidió una cerveza y se reunió con ellos.

—¡Ey, Nahuel! ¿Dónde te habías metido? —dijo Adriel.

—He ido a hablar con mi padre. Necesitaba consultar algo con él. ¿Y Gabriel?

—Está en la barra —contestó Abel riendo—, intentando ligarse a la camarera.

—¿Y qué hacéis vosotros aquí sentados sin seguir su ejemplo?

—No eres el más indicado para hablar, primo —contestó Amathiel desde atrás.

—Es mejor que te calles, enana —contestó Nahuel bromeando y revolviéndole el cabello con ternura—. Tú ya tienes edad de tener cachorros.

—Nuestro rey nos tiene tan absorbidas por nuestro trabajo que no tenemos

tiempo de conocer machos interesantes —dijo Uriel.

—Pero si tenéis trabajando con vosotras a los cinco mejores machos de la manada —bromeó Ithuriel—, ¿Qué más podéis pedir?

—¿Quizás que esos cinco machos no fuesen familiares nuestros? Eso sería un comienzo —contestó Amathiel.

—Bueno, chicos, yo me marcho —dijo Nahuel apurando su cerveza—. Mañana me espera un día largo.

—Espera, Nahuel —dijo su hermano acercándose—. Me voy contigo.

—Que os divirtáis —se despidió el rey de sus primos—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —respondieron todos al unísono.

Nahuel y Gabriel caminaron un buen rato en silencio. La noche estaba clara, y el cielo inundado de estrellas apaciguaba el alma atormentada de Nahuel.

—¿Qué pasó con esa chica? —le preguntó a su hermano un instante después.

—Bueno —sonrió—, no es mi tipo.

—Ya —respondió escéptico su hermano.

—Nahuel, no creo que seas el más indicado para decirme nada. Yo por lo menos me acerco a las chicas.

—Yo tengo demasiadas responsabilidades para pensar en ligar, Gaby.

—No me digas... como si yo no lo supiera. Alguna vez tendrás que tener un heredero, y lo sabes.

—¿Y para qué estás tú? Eres albino, a fin de cuentas.

—Sabes a qué me refiero, no te las des de listo.

—Lo sé, Gaby. No es que no lo intente, en serio. Es solo que aún no he encontrado a la chica adecuada.

—Espero que la encuentres pronto, Nahuel. Te hace falta una mujer que te caliente la cama y el corazón.

Un grito de angustia llenó el aire nocturno. Gabriel se transformó en el acto, y su rugido resonó en todas direcciones. Antes de que Nahuel pudiese completar la transformación, un golpe en el pecho le hizo detenerse. Bajó la vista y la vio. Y supo desde ese momento que la había encontrado. Y que encontrarla le traería serios problemas.

Capítulo 2

Aileana iba tan despistada que no vio al hombre con quien había tropezado. Cuando levantó la vista, quedó hipnotizada por los ojos más azules que jamás había visto. Su respiración se aceleró, y su corazón saltó en su pecho de manera extraña. El hombre la separó suavemente de él y la miró de arriba a abajo como si buscara algo.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí, sí. Lo siento. Iba despistada y no te he visto.

— ¿Has sido tú quien ha gritado?

— ¿Gritado? ¿Yo? ¡Yo no he sido! Corría a ver si podía ayudar a esa pobre mujer. — En ese momento apareció Gabriel en su forma humana.

— Nada, ni rastro. Ha desaparecido, pero la chica está bien — Miró a la mujer que su hermano sostenía entre sus brazos, alzó una ceja y sonrió—. Hola, soy Gabriel, y el machote que te abraza es mi hermano, Nahuel.

— Hola, encantada, soy Aileana. Debo marcharme, ha sido un placer conoceros.

— Espera, te acompaño — dijo Nahuel.

— No hace falta, de verdad — contestó la chica.

— Insisto. Acaban de atacar a una mujer cerca de aquí, y no puedo permitir que te pase nada malo.

— Pero...

— Puedes estar tranquila, Aileana. Con Nahuel estás a salvo — dijo entonces Gabriel.

Miró a uno y a otro, y sonrió. Aunque pareciese una locura, al momento supo que las palabras de Gabriel eran ciertas. No había lugar más seguro que los brazos de ese hombre.

— Está bien — aceptó.

— Hasta pronto, preciosa — contestó Gaby—. Ha sido un auténtico placer.

— Lo mismo digo.

— Informa a los demás del ataque — ordenó el monarca—. Luego nos vemos en casa.

— De acuerdo, hermano. Ten cuidado.

Caminaron un rato en silencio. Aileana miraba de soslayo al hombre que la

acompañaba. ¡Y qué hombre! Rondaba los treinta y cinco, quizás. Medía cerca de los dos metros, de pelo leonado con una suave melena a la altura de los hombros. Pero lo que más le impactó fueron sus ojos: de un azul tan claro y cristalino como el agua del mar. En ese momento el hombre volvió la cara hacia ella y sonrió. Tenía una sonrisa capaz de desarmar a cualquier mujer.

—Bueno, Aileana, ¿dónde ibas tan sola a estas horas?

—Venía del trabajo. Y llámame Leah, por favor.

—Un poco tarde, ¿no?

—La verdad es que sí. He estado haciendo horas extras para darme algún capricho—reconoció.

—Deberías coger un taxi cuando sales a estas horas. Las calles están llenas de peligros por la noche, como has podido comprobar.

—También hay buenas personas, como acabáis de demostrar.

—Cierto, pero no debes fiarte de que siempre vayas a dar con una buena persona.

—¿Y a qué os dedicáis? ¿Sois policías?

—Algo así —dijo él evadiendo la pregunta.

—Debéis dedicaros a algo por el estilo si vuestro trabajo consiste en salvar a mujeres en apuros.

—No solo salvamos mujeres, Leah. Pero sí, nos dedicamos a salvar a personas inocentes.

—Bueno, lo dejaremos ahí... por ahora —Se paró delante de un portal—. Vivo aquí. Gracias por todo.

Aileana extendió la mano para estrechar la de él, y Nahuel sintió una sacudida eléctrica al ver la marca que tenía en la muñeca: la mujer que tenía delante era la elegida por Sammael.

Se acercó despacio y la besó en la mejilla, aún en estado de shock por el descubrimiento que acababa de hacer. Una sacudida eléctrica le atravesó como un rayo cuando su piel entró en contacto con la de la joven. ¿Qué demonios había sido eso?

—De nada, Leah, ha sido un placer —contestó saliendo de su ensimismamiento—. Nos veremos pronto.

En cuanto Leah entró en el portal, Nahuel llamó a su hermano.

—Dime, capullo. ¿Pasas la noche fuera?

—Déjate de tonterías, Gaby. Es ella.

—¿Es quién?

—La elegida por Sammael. Tiene la marca.

—¡Venga ya! ¡No fastidies! ¿Estás seguro?

—Completamente seguro, Gaby. Quiero a Uriel y a Amathiel vigilando la casa. No se sentirá amenazada si ve rondando bajo su ventana a dos mujeres.

—Entendido. Las mando ahora mismo para allá.

—Me quedaré aquí hasta que lleguen.

—Menuda putada, hermano —susurró Gabriel antes de colgar.

Se escondió tras unos coches y se transformó. No quería que ella le viera merodeando cerca de su casa como un vulgar ladrón, porque seguro que llamaría a la policía. Lo único que esperaba era que nadie llamase a los del zoo...

Media hora después, Amathiel y Uriel se presentaron en el lugar. Encontraron a Nahuel dando vueltas como un loco bajo la ventana de Leah.

—Ya estamos aquí, Nahuel. ¿Todo bien?

—Sí, todo tranquilo —respondió cuando se transformó de nuevo en humano.

—¿Estás seguro de que es ella? —preguntó Uriel.

—Lleva la marca, Ury. No cabe la menor duda.

—¿Y no sería más seguro llevarla a casa con nosotros? —dijo Amathiel.

—No podemos hacerlo. Al menos no tan pronto. Apenas la conozco y lo último que quiero es que tenga miedo de mí.

—Sedúcela —dijo Uriel.

—¡Ury! ¿Estás loca? —contestó Nahuel riendo— ¿Cómo voy a seducirla? Tengo que protegerla, no complicarle la vida.

—¿Acaso no te gusta?

—¿Y eso qué demonios tiene que ver? Esto es trabajo, ¿entendido?

—Pero Nahuel...

—No hay peros que valga. El tema está zanjado. Y lo digo como rey, no como primo.

—Entendido, majestad —protestó su prima agachando la cabeza.

—Uriel, sabes que no me gusta tener que usar mi puesto de rey para que me hagas caso, no me tortures más.

—Lo siento, Nahuel, pero es que me preocupa que dejes tu vida en segundo plano por nuestro trabajo.

—Eso es asunto mío. Y ahora a trabajar. Sabéis cuán importante es este trabajo.

Nahuel necesitaba respirar. Todo el tema de la elegida estaba terminando con su cordura, así que hizo lo que más le relajaba: condujo hasta que las luces del alba asomaron por el horizonte.

Cuando llegó a la fortaleza se dirigió directamente a ver a su padre. Entró en la habitación sin tan siquiera llamar, y su padre levantó la vista del libro que tenía en las manos sobresaltado.

—¿Dónde te has dejado los modales que te hemos enseñado, hijo?

—Papá, la hemos encontrado —repuso casi sin resuello.

—¿Qué habéis encontrado a quién?

—A la elegida de Sammael.
—¿Y bien? ¿Dónde está?
—En su casa, vigilada por las chicas.
—¿Y qué demonios hace en su casa? ¡Tráela inmediatamente!
—Papá... ¡acabo de conocerla! ¿Cómo quieres que la traiga? ¿A rastras?
—¡Pues llévatela a la cama! Cualquier cosa es mejor que dejarla desprotegida.
—¡No voy a seducirla! ¡Dios, qué manía os ha dado con la seducción a todos!
—¿Qué ocurre, Hijo? Nunca habías tenido ningún problema a la hora de tomar medidas para proteger a una mujer inocente.
—Papá yo... ¡Joder, no puedo seducirla sin más!
—¿Te sientes atraído por ella? ¿Es eso?
—¡Si, maldita sea! Cuando la toqué sentí... Sentí como si un rayo me partiera en dos.
—¡Dios, Nahuel! Debes traerla de inmediato, ¿me oyes? —sentenció su padre con el rostro desencajado.
—¿Qué ocurre, papá?
—Es tu compañera, Nahuel.
—¿¿Cómo??
—Lo que sentiste al tocarla es la llamada. Debes traerla de inmediato, hijo. Esto es más serio de lo que creíamos
—¿Estás seguro de que es ella?
—Completamente. No podemos permitir que Sammael rapte a la futura reina de la manada, hijo. Haz lo que tengas que hacer.
—¡No puedo forzar las cosas!
—Acércate a ella, gánate su confianza y tráela a casa. Y hazlo cuanto antes, porque esta lucha acaba de convertirse en algo muy personal.
—Entendido —Nahuel salió por la puerta.
—Hijo —dijo el padre para sí—, espero de todo corazón que no falléis esta vez, porque el mundo estaría perdido con tres bestias fuera de control.
Sabía que si Nahuel perdía a su compañera en manos de Sammael, perdería el control y acabaría siendo una bestia que ni él mismo podría controlar.

--- ---

Aileana salió de casa temprano para ir a trabajar. La noche anterior no había podido pegar ojo, y estaba muy cansada.

No podía sacudirse de encima la sensación de que alguien la vigilaba entre las sombras, y eso la tenía aterrada.

Pensó en el hombre que había conocido la noche anterior. Nahuel. Bonito nombre. Su significado era Tigre, lo había buscado en Internet. Todo su cuerpo vibraba con tan solo recordarle. Si hubiese sido otro tipo de mujer le hubiese dicho que subiera a su casa, se habría lanzado a besarle y habrían terminado haciendo el amor en la alfombra del salón, pero ella no era así. Prefería las cosas a un ritmo más lento, una seducción en toda regla, con citas, flores y cenas románticas.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que chocó con algo duro.

--- ---

Nahuel no podía contener la risa. ¡Dios, qué despistada era! Era la segunda vez que veía a Aileana, y ambas veces había chocado con él. En ese momento ella levantó la vista y se ruborizó. ¡Qué bonita era! Se moría de ganas de besarla, llevarla a casa y hacerle el amor, pero debía contenerse.

Le llegaba por la barbilla, así que era bastante alta. Tenía una abundante melena caoba que le llegaba por debajo de los hombros, y unos ojos marrones grandes y expresivos. No era delgada, tenía las curvas necesarias en los lugares precisos. Pero la expresión aniñada e inocente de su cara era lo que más llamaba la atención de Nahuel. Decidió romper el hielo antes de cometer una locura.

—Parece que nuestro destino es tropezar el uno con el otro. Buenos días, Leah.

—Buenos días, Nahuel. Perdona, no te vi. Anoche no dormí demasiado.

—¿Insomnio?

—No... es que tenía la sensación de que alguien me vigilaba. No sé, quizás fuese paranoia mía. Últimamente me siento muy rara.

—¿Vas al trabajo? Te acompaño.

—Pero tú también tendrás que ir a trabajar, ¿no? Los rescatadores de mujeres trabajan a jornada completa.

—Ese es mi trabajo de noche, pero es un secreto —bromeó—. De día soy mi propio jefe, así que puedo llegar media hora tarde alguna vez.

—Vaya, como Superman. ¿Y a qué te dedicas? ¿También eres periodista?

—Nada tan entretenido. Mi padre es el dueño de los hoteles Apex, así que yo dirijo la empresa.

—¡Dios! No puedes estar hablando en serio —gimió tapándose la cara con las manos.

—¿Qué pasa? ¿Tienes algo contra los directores de hotel?

—¡Eres mi jefe! ¡Soy la recepcionista de uno de tus hoteles!

—¿En serio? —Soltó una carcajada— ¡Qué pequeño es Edimburgo!

—¡Yo no le veo la gracia! En mi vida he tropezado solo dos veces con un hombre, y ambas han tenido que ser con mi jefe —gimió avergonzada.

—¡Vamos, Leah! No es para tanto. No voy a despedirte por pisarme un par de veces.

—¡Vaya, gracias!

Una idea descabellada de formó en la mente de Nahuel. Si tan solo ella accediera... Funcionaría, tenía que funcionar aunque para ello tuviese que mentirle.

—Con una condición —dijo de repente.

—¿Perdón? —preguntó alejándose de él.

Nahuel soltó una carcajada al ver escrita en su rostro la conclusión a la que había llegado tras esas palabras.

—¡Eres una mal pensada! ¡Solo es una oferta de trabajo mejor!

—¿Una oferta de trabajo?

—Mi padre acaba de jubilarse como bien sabes, y necesita una secretaria personal.

—Pero yo soy recepcionista, no secretaria.

—Lo sé, lo sé. Pero tu trabajo consistirá en atender el teléfono y poco más. El único inconveniente es que tendrías que vivir en la casa familiar.

—En tu casa...

—¿Hay algún problema en eso? Te advierto que el que vivas allí no significa que no tengas tus días libres y que puedas tener las visitas que quieras. Vivirás en un apartamento exclusivamente tuyo.

—No, no es eso. Si no hay muchas visitas. ¿Y por qué me lo ofreces a mí? No soy la más indicada para el puesto.

—Me caes bien, Leah. Y ayer me dijiste que echabas horas extra, así que deduzco que el sueldo que ganas ahora no es suficiente. Es mi forma de salvarte de las garras de la noche.

—Visto así...

—¿Entonces qué me dices?

—Tendré que pensarlo, no puedo decidirlo en un minuto.

—No hay problema. Piénsalo y mañana me respondes.

—De acuerdo.

Cuando llegaron al hotel en el que trabajaba Leah, Nahuel se volvió hacia ella para despedirse.

—Bueno, te dejo trabajar. Yo tengo que ir a la central. Nos vemos mañana.

—¿Mañana? ¿Para qué?

—He pensado en llevarte a conocer a mi padre. Quizás así cambies de opinión. ¿Te recojo en tu casa a las ocho de la mañana?

—De acuerdo. ¿Recuerdas dónde es?

—Sí, claro. Pues entonces hasta mañana.

Nahuel pidió un coche y se fue directamente a sus oficinas de la central para

hablar con Gabriel.

—¡Gaby, la tenemos! —le dijo a su hermano entrando aprisa en el despacho.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

—¡No, hombre! A Leah. La tenemos.

—¿En serio? ¿Cómo lo conseguiste? ¿Te metiste en su cama?

—¡Joder qué manía! Es empleada nuestra —contestó mientras buscaba en el ordenador—. Aquí esta... Aileana Brodrick. Treinta y dos años, soltera. Natural de Inverness.

—¡Vaya, qué casualidad! —exclamó su hermano realmente sorprendido.

—¡Ah! Y hermano...

—¿Sí?

—Es ella.

—¿Es quién?

—ELLA.

—¿En serio?

—Eso dice papá.

—¿Me permites recordarte...

—No, no te lo permito. Le he ofrecido el puesto de secretaria personal de papá para poder traerla a casa sin que sospeche nada.

—¿Y desde cuándo ha necesitado papá una secretaria?

—Desde hoy. Por cierto, en cuanto ella llegue voy a necesitar una habitación en tu casa.

—¿Y eso por qué?

—Porque le he ofrecido mi casa como parte del contrato, Gaby. No te preocupes, espero mudarme pronto de nuevo a mi hogar... con ella.

—Sabes que no es justo, ¿Verdad?

—Cierto, pero es un mandato del rey. Eso te pasa por no aceptar el cargo cuando te lo ofrecí. Bueno, voy a casa a informar a papá.

—Nos vemos luego entonces.

—Adiós, Gaby.

—Y hermano... Te lo dije —añadió Gabriel con una carcajada.

Mientras Nahuel caminaba hacia su apartamento pensaba en los nuevos acontecimientos: Leah no solo era la elegida de Sammael, también era su compañera. Para un Weretiger su compañero era lo más importante, lo primero. Vivían por y para su pareja, no permitían que nada ni nadie los dañase. Podía ser humana, como Leah, de cuya unión nacía un híbrido que solo podría mutar siendo adulto.

Y que el rey y Sammael fuesen tras la misma mujer ponía las cosas muy, pero que muy difíciles.

Prefirió acercarse al despacho de su padre para informarle de los nuevos

acontecimientos. Cuando entró en el despacho, su padre levantó la vista de los papeles y le miró.

— ¿Alguna novedad?

— Tengo un plan para que la chica viva aquí.

— ¿Ah, sí? ¿Y cuál?

— Pues a partir de este momento necesitas una secretaria.

— ¿Y puedes explicarme por qué me metes a mí?

— Eras la única solución. ¿Sabes que es una de nuestras empleadas?

— ¿Ah, sí? ¡Qué casualidad!

— Aileana Brodrick. ¿La conoces?

— Creo que sí. Es recepcionista en el hotel del centro, ¿no es así?

— Sí. Le he ofrecido un aumento para que accediese. Y en él se incluye mi apartamento.

— ¿Contigo? ¿Y ha aceptado? — preguntó su padre escéptico

— ¡No, sola! ¿Pero qué demonios os pasa a todos últimamente? Me iré un tiempo a vivir con Gabriel.

— Sabes lo que la nueva situación significa, ¿verdad?

— Sí, papá. Soy consciente de todo lo que me juego esta vez.

— Ten cuidado, hijo.

Esa noche Nahuel estaba inquieto. No podía parar de pensar en la mujer que acababa de conocer. Aileana... Leah. Su nombre se enredaba en su lengua como caramelo fundido. Cuando se tropezó con ella casi lo deja sin respiración a causa del golpe, pero cuando sus labios rozaron su piel caliente, todo su cuerpo reaccionó en respuesta. Sus pupilas cambiaron, sus pulmones se llenaron involuntariamente de aire, su corazón empezó a palpar con más fuerza... Su instinto animal se despertó. Gracias a todos los años de meditación pudo controlar su transformación, pero lo que no pudo controlar fue su cuerpo humano. Si la mujer hubiese mirado hacia abajo se habría topado de primera mano con lo que ese inocente roce le había provocado. Le dolía todo el cuerpo por las ganas de poseerla en ese instante, las manos le cosquilleaban por el deseo de tocarla, de acercarla a su cuerpo y no dejarla marchar jamás.

Necesitaba tenerla cerca, no podía perder ni un minuto más. Si la dejaba pensar demasiado tiempo todo el asunto del ascenso, Sammael podría encontrarla. Y si él fallaba sería demasiado tarde, así que cogió el teléfono y la llamó.

— ¿Sí? — contestó una Leah soñolienta.

— Leah, soy Nahuel. Siento haberte despertado.

— Tranquilo, aún no estaba durmiendo. ¿Qué ocurre?

— Nada, no pasa nada. ¿Has tomado una decisión ya? — ella rió.

— ¡No me has dado tiempo! Ni siquiera me he cambiado de ropa aún.

— Te necesito, Leah. Si no fuese urgente no te lo pediría con tanto ahínco, de

verdad, pero mi padre va a terminar por volverme loco.

—Pero...

—Leah, es un trabajo mejor con un sueldo mejor y una casa nueva. ¿Qué es lo que tienes que pensar? —ella rió.

—Bueno, dicho así... suena muy bien, la verdad.

—Estupendo. Te recojo mañana a las ocho de la mañana para que te incorpores a tu nuevo puesto. Buenas noches.

—¡Ey! ¡Espera un minuto! ¡Aún no he aceptado!

—¿Pero lo harás?

—¡De acuerdo, trabajaré con tu padre! ¿Contento?

—No te imaginas cuánto. Te prometo que no te arrepentirás, Leah. Mañana te recojo en tu casa y te presento a mi padre.

—De acuerdo, y ahora déjame cenar y acostarme, acosador —bromeó ella.

—Buenas noches, preciosa.

Cuando colgó el teléfono, Leah sonrió. Nahuel era todo un elemento. Guapo hasta casi rozar la perfección, simpático, persuasivo... Sabía que la insistencia solo era producto de su desesperación por encontrar secretaria para su padre, pero no podía negar que una parte de ella quería que el motivo fuese que necesitaba tenerla cerca.

Capítulo 3

A la mañana siguiente Leah encontró a Nahuel en la puerta de su casa, tan puntual como era de esperar del dueño de la empresa, vestido con un impecable traje de corte italiano que le sentaba de muerte.

—Buenos días, Leah —Su voz fue un ronroneo que le puso la piel de gallina.

—Buenos días, señor.

—¿Señor? ¿He pasado de ser un acosador a ser señor? —ella sonrió.

—Ahora eres mi jefe.

—La verdad es que no. Tu jefe es el mismo que el mío... mi padre, así que seguiremos siendo amigos, y espero que me llames por mi nombre de pila —Leah se rió.

—Vale, vale... eres demasiado mandón, que lo sepas.

—Antes de ir a ver a mi padre te enseñaré tu nuevo apartamento, ¿te parece?

—Perfecto.

Cuando llegaron al castillo Aileana se quedó boquiabierta. Estaba rodeado por una gran muralla de piedra, y tras ella se extendían los jardines más fantásticos que hubiese tenido la oportunidad de ver jamás.

Rodeados por caminos de piedra se extendían cardos, campánulas, campanillas, nomeolvides, ranúnculos, amapolas... Parecía como si ante ella se extendiese una bella alfombra de tonos pastel.

—¿Te gusta? —le preguntó Nahuel divertido.

—¿Que si me gusta? Es... mágico. No sabía que vivíais en el castillo.

—Es herencia familiar. Hay una parte abierta al público porque forma parte del patrimonio de la ciudad, pero es la residencia familiar. Vamos, te enseñaré tu apartamento.

—¿Mi apartamento?

—Sí. En la parte trasera hay dos casas más pequeñas. Antiguamente se utilizaban para alojar en ellas a los invitados. La que ahora es tu casa la teníamos destinada a las visitas, y en la otra vivimos Gaby y yo.

—¿Vives con tu hermano? ¿Por qué no te has mudado a la otra casa?

—Bueno —Empezó a moverse incómodo—, no nos gusta a ninguno estar demasiado tiempo solos, así que...

—Entiendo —dijo ella sonriendo—. Tenéis miedo de los fantasmas.

—Más bien a los monstruos de debajo de la cama. Dan más miedo. Aquí es.

Llamarlo apartamento era quedarse muy corto. Era una casa de dos plantas con una pequeña entrada a modo de terraza. Estaba equipada con un par de bancos blancos de hierro forjado, una mesa de café a juego y un hermoso balancín. Al abrir la puerta principal, encontró las escaleras que subían al piso superior, en el centro de un acogedor hall enmoquetado con dos habitaciones a cada lado: a la derecha el salón y la cocina, y a la izquierda una preciosa biblioteca y el baño.

La planta de arriba estaba formada por un enorme dormitorio de matrimonio con un baño propio dotado de jacuzzi, dos habitaciones con dos camas cada una y otro cuarto de baño independiente.

—Menudo apartamento —dijo Leah—. Creo que es demasiado para mí. No creo que sea justo que lo acepte.

—No digas bobadas. Yo te lo ofrecí como parte del contrato y un poco en compensación por apartarte de tu casa. Mejor que lo disfrutes tú a que esté más tiempo cerrado.

—Pero...

—Bueno, si lo prefieres te vienes a vivir a mi casa, así no sería demasiado. Pero te advierto que vivirías con dos hombres pesados, desastrosos, bromistas...

—Eso es coacción —dijo ella riendo.

—Es solo una forma de convencerte de que no seas tonta y aceptes mi oferta sin rechistar. Y Ahora deberíamos ir a ver a mi padre, debe estar impaciente por conocerte.

—Está bien.

—Y ya si quieres discutes con él lo referente a tu residencia —bromeó.

—No dudes que lo haré.

—Aunque te informo de que no tendrás ningún éxito, él es más cabezota que yo.

El paseo por el interior del castillo fue mejor de lo que esperaba. Allá donde mirase había joyas históricas mezcladas con la más alta tecnología. Cuadros de Monet o Dalí se mezclaban con los de Ferguson o Leslie Hunter, entre otros.

En esta casa estaba muy presente la tradición escocesa, y sobre la gran chimenea del salón colgaba un hermoso kilt rojo con líneas verdes, amarillas y blancas.

—¿Eres un Bruce? —preguntó con la boca abierta. Él sonrió.

—Eso parece.

—¡Vaya! Otra sorpresa más. Es usted una caja de sorpresas, Nahuel Bruce, descendiente de Robert Bruce.

—Y eso que aún no me conoces —susurró acercando su boca al oído de la joven.

—Creo que conocerte será todo un reto para mí.

Llegaron al despacho, así que Nahuel no dijo nada. La verdad es que cada vez le gustaba más la personalidad de la chica.

El despacho del padre de Nahuel era tan imponente como el resto de la casa. Una gran chimenea adornaba la pared de enfrente, y a ambos lados hileras de estanterías repletas de libros cubrían las paredes. Delante de la chimenea, un gran escritorio de caoba. A la derecha, dos sillones mullidos acompañados por una mesa auxiliar. A la izquierda, una barra americana de caoba.

En ese momento el sillón del escritorio se volvió hacia ellos y allí estaba él, el padre de Nahuel, más imponente incluso que su hijo. Los ojos del mismo azul, un poco más alto, mucho más corpulento. Una cabellera blanca immaculada que le llegaba a las costillas recogida en una sencilla coleta. Un mechón de pelo suelto reposaba suavemente en su mejilla. Pero era la expresión de su cara, y su porte, lo que lo hacía impresionante. Digno descendiente del rey escocés. Tan poderoso como él.

El patriarca de los Bruce sonrió a Nahuel, y todo su poder se disipó en una cara aniñada, suave. Reflejaba mucho amor por su hijo, y mucha admiración también.

Se acercó dando pasos suaves cuan felino, sin tan siquiera rozar la moqueta. Abrazó a su hijo y le besó en la mejilla.

A continuación se volvió hacia ella con una mirada tierna y dulce, como si fuese consciente del temor que podía llegar a producir en las personas y evitase que ella lo sintiera.

—Así que tú eres mi nueva secretaria. Encantado de conocerla, señorita Brodrick.

—Lo mismo digo, señor Bruce.

—Déjate de formalismos que el pelo blanco es herencia familiar, no soy tan viejo como para llamarme señor. Simplemente Blake.

—¿Viejo? ¡Si no aparenta más de cuarenta años! Llámeme Leah, por favor.

—Bueno —interrumpió Nahuel—, os dejo. Tengo que ir un momento a la central. Leah, después te recojo y arreglamos lo de la mudanza, ¿te parece?

—De acuerdo. Hasta luego —contestó la joven.

—Adiós, hijo.

—Hasta luego a los dos.

Nahuel salió a toda prisa del despacho respirando un poco aliviado. Había convocado una reunión urgente esa mañana para informar de todo lo acontecido a su equipo, y ya llegaba tarde. Casi tropezó con Ithuriel, que iba transformado en guepardo.

—¡Ithuriel! ¡Dije que nada de transformaciones en la casa hasta nueva orden!

—Lo siento primo, llevaba prisa — se excusó volviendo a convertirse en humano—. No corras, tu madre ha suspendido la reunión.

—¿Mi madre? ¿Qué quiere?

—Ni idea, solo sé que me ha dicho que tengo dos minutos para informarte de que te quiere en su despacho en el acto. ¿Qué has hecho?

—¿¿Yo?? ¿Qué voy a hacer yo?

—Tú sabrás, pero ya sabes cómo se pone cuando está enfadada... parece un ogro.

—Iré a verla ahora mismo. Que nadie se vaya de la sala de juntas, en cuanto termine con mi madre empezaremos la reunión.

—De acuerdo, primo.

—Y adviérteles a todos que nada de transformaciones hasta que hable con ellos.

—¿Pero qué pasa? ¿Por qué no podemos transformarnos?

—Ya te enterarás —dijo alejándose corriendo por el pasillo.

El despacho de su madre no era otra cosa que una hermosa glorieta acristalada en medio del jardín. Cortinas de seda y sillones acolchados, mesas de cristal y jarrones con flores eran todo el mobiliario existente en la estancia. Recostada en uno de los sillones se encontraba Yvaine Bruce tomando una taza de té con pastas. Nahuel sonrió. Con su aspecto frágil y delicado nadie podía adivinar que Yvaine era más fiera que todos los Weretigers juntos. ¡Y eso que era humana! Era pequeña y delgada, a él apenas le llegaba al hombro. Su pelo rubio ondulado le llegaba al final de la espalda, y tenía los ojos grises, que dependiendo de su estado de ánimo podían volverse verdes o azules. Hoy estaban verdes, se avecinaba tormenta.

—Mamá, me ha dicho Ithuriel que querías verme.

—Y menos mal que te has dignado a venir, porque de lo contrario no me enteraría de nada de lo que pasa en esta casa —Nahuel sonrió.

—Mamá, sé que papá te lo cuenta todo, así que no seas exagerada. Además, con lo que has asustado a mi primo, habría sido capaz de traerme a rastras.

—Esa era mi intención, sin duda. ¿Hay algo que deba saber, Nahuel?

—Hemos encontrado a la chica. Se llama Aileana Brodrick, y casualmente trabajaba para nosotros. Así que con una oferta de trabajo la tengo aquí en casa como secretaria de papá y viviendo en mi casa. Sola.

—Todo eso ya lo sé, tu padre me lo ha contado. No es eso a lo que me refería.

—Papá te lo ha contado todo, no te hagas la inocente.

—Te repito que quiero que me lo digas tú.

—Papá cree que es mi compañera también.

—¿Solo él lo cree?

—Cada vez estoy más seguro de que tiene razón.

—Así que lo has sentido...

—Sí, mamá, lo he sentido y lo siento cada vez que estoy cerca de ella. Pero eso no cambia que Sammael quiera atraparla y tenga que pensar en protegerla antes que en mis intereses personales.

—Hijo, sabes que esta vez el asunto es más serio que de costumbre. ¿Estás seguro de que podrás afrontarlo?

—Tengo que hacerlo. Soy el rey.

—Sabes que solo tienes que decirle a tu padre que te sustituya por esta vez y lo hará.

—Mamá... no puedo hacer eso. ¿Qué clase de rey sería si a cada complicación que me surge llamo a papá?

—Un buen rey, hijo. Esto no tiene nada que ver con ser bueno o malo, tiene que ver con que es algo personal, y puede haber ocasiones en las que debas delegar tu poder para conseguir tus objetivos.

—Mamá, te prometo que si veo que algo no va a salir bien acudiré a papá, pero mientras pueda apañármelas con el equipo lo haré solo.

—Cambiando de tema, hijo. Tu compañera es humana, ¿verdad?

—Sí, y había pensado en ti para que la ayudes cuando llegue la hora de decirle quiénes somos.

—Tendré que conocerla.

—Ahora la he dejado con papá en el despacho. Solo tienes que ir hasta allí y entrar —dijo su hijo con una carcajada antes de irse.

--- ---

Aileana llegó a la conclusión de que el padre de Nahuel era perro ladrador y poco mordedor. Habían hablado de un montón de cosas, y le había explicado lo que esperaba de ella. Nada difícil, Solo contestar al teléfono y llevar su agenda. Acababa de ordenar que trajesen café cuando una mujer preciosa entró por la puerta. Nada más fijarse en ella supo quién era. Tenía los mismos rasgos que Nahuel, solo que los ojos eran de distinto color. Cuando la mujer se fijó en ella, le dedicó una mirada llena de admiración y respeto, como si la conociese de toda la vida.

—Cariño, he venido a conocer a tu nueva secretaria —dijo dándole un suave beso en los labios a su marido.

—Cielo, te esperaba. Te presento a Leah Brodrick. Leah, ella es mi esposa, Yvaine.

—Encantada de conocerla señora —dijo Leah.

—El placer es mío, querida. Y por favor, llámame Yvy. Me parece que tú y

yo vamos a ser muy buenas amigas.

—Sería un honor para mí.

Capítulo 4

Los Weretigers estaban reunidos en la sala de juntas esperando las nuevas noticias. Cuando entró su rey todos se pusieron de pie como muestra de respeto.

—Os he reunido porque hay bastantes novedades y debéis conocerlas —dijo el monarca.

—En primer lugar —continuó Gabriel— tenemos a la chica. Y está aquí, a salvo.

—Se llama Aileana Brodrick —añadió Nahuel— y ha pasado a ser la secretaria personal de mi padre.

—Entonces estupendo, ¿no? —comentó Abel— Vamos un paso por delante de ese cerdo.

—Ahora entiendo la prohibición de transformarnos —dijo Ithuriel.

—Lo segundo que tengo que deciros, es que esto se ha convertido en algo personal.

—¿Y eso por qué, Nahuel? —dijo Amathiel, volviéndose hacia su primo— ¿Es que ha atacado a alguien de la familia?

—No, tranquila —contestó él—. Aileana no es solo la elegida de Sammael. También es mi compañera.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Ithuriel— ¿Estás completamente seguro?

—¡Pues claro que está seguro, idiota! —dijo Adriel a su hermano— Eso es algo que no se puede dudar. Porque has sentido la llamada, ¿no es cierto, Nahuel?

—Sí, la he sentido. Así que hay que poner mucho empeño esta vez. Y como le he dicho a Ithuriel, nada de transformaciones por los pasillos a no ser que se trate de una amenaza directa de Sammael. No quiero que Leah os vea y se asuste. Tenemos que prepararla antes de decirle lo que somos.

La reunión acabó pronto, y Nahuel se dirigió a la glorieta del jardín. Sabía que su madre habría tomado a Leah bajo su ala a esas alturas, y no se equivocó. Las encontró charlando sentadas frente a un pastel de chocolate y una taza de té.

—Mamá, siento interrumpir, pero tengo que llevarme a Leah. Debe preparar sus cosas para mudarse lo antes posible.

—Bueno... ¡qué se le va a hacer! —replicó Yvaine— Espero que cuando vivas aquí repitamos la merienda. Me he divertido mucho, querida.

—Será un placer, Yvy —dijo Aileana—. Nos vemos pronto.

—Adiós, mamá.

—Hasta luego, cariño.

Cuando llegaron a casa de Leah, Nahuel se bajó del coche y la acompañó hasta la puerta. Cuando ella abrió, él la apartó a un lado y se coló dentro.

—Mañana por la mañana vendrá un camión de mudanzas para llevárselo todo —dijo.

—De acuerdo. Tendré espacio de sobra, no llevo muchas cosas.

—¿Y bien? ¿A qué te voy ayudando? —preguntó Nahuel levantándose las mangas de la camisa.

—¿¿Cómo?? ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! No voy a poner a mi jefe a remangarse las mangas para hacer mi mudanza. Me niego.

—Leah, no seas niña. No soy tu jefe, ¿recuerdas? Tu jefe es mi padre. Yo solo soy tu amigo, y los amigos se ayudan en las mudanzas, ¿no es cierto? Así que dime qué voy haciendo.

—Nahuel, solo te conozco de hace dos días, no pienso aprovecharme de ti de esa manera.

—Te recuerdo que me he ofrecido voluntario porque me ha dado la gana, nadie se está aprovechando de nadie.

—Gracias por el ofrecimiento, pero...

—Pero nada, Leah. Esta batalla me toca ganarla a mí.

—¡No es justo! Desde que te conozco ganas tú siempre —dijo ella riendo.

—Para eso soy el macho —bromeó Nahuel.

—Espero que no seas el macho dominante —dijo ella con una carcajada.

Nahuel solo sonrió y se puso a empaquetar cosas. Si ella supiera cuán verdad era lo que acababa de decir se caería muerta del susto.

No sabía cómo iba a decírselo llegado el momento, solo sabía que no la dejaría escapar por más que ella huyese de él. Ya no tenía la más mínima duda. Cuando la vio reír con su madre, supo que era la mujer adecuada para él. Cada vez que estaba cerca de ella su adrenalina se disparaba, sus pupilas se dilataban y solo tenía ganas de protegerla, de cuidarla, de hacerle el amor.

Sabía que su padre había tenido que lidiar con el mismo problema que él se traía entre manos. A fin de cuentas su madre también era humana.

Debería hablar con ellos, pero ahora su principal preocupación era alejarla lo antes posible del punto de mira del demonio.

Esta vez tendría que ganar costase lo que costase. Se jugaba más que ningún monarca del pasado. Se jugaba su futuro.

Capítulo 5

Caían las últimas hojas de los árboles del jardín. Aileana llevaba cerca de un mes en el castillo de los Bruce, y su trabajo como secretaria de Blake le dejaba mucho tiempo libre para pasear y visitar diferentes zonas de la casa. La familia Bruce era simplemente fascinante. Desde el primer momento la habían hecho sentirse parte de la familia, y nunca la dejaban demasiado tiempo a solas. Se había hecho muy amiga de Amathiel y Uriel, las únicas mujeres de la familia, aparte de la madre de Nahuel, que vivían en el castillo. Siempre estaban juntas: iban al cine, de compras... incluso la noche anterior habían ido a un pub a bailar y divertirse.

Aileana iba tan ensimismada en sus pensamientos que no se dio cuenta del enorme tigre albino que dormitaba al sol a pocos pasos de donde ella estaba. Levantó lentamente la vista... y gritó.

--- ---

¡Mierda, mierda, mierda! pensaba Nahuel para sí. Hacía tanto tiempo que no se transformaba que necesitaba estirarse y corretear un poco por el jardín. Aprovechó que ese día Leah tenía bastante trabajo con su padre para hacerlo, pero se quedó dormido.

¡Joder! ¡Él tenía que dar ejemplo! Leah estaba aterrada, paralizada en el sitio. Sintió un impulso irrefrenable de acercarse a ella y abrazarla, pero si hacía eso posiblemente se quedaría sin mujer antes incluso de conseguirla. En ese momento llegó corriendo Gaby. Él lo arreglaría todo... o eso esperaba.

--- ---

Cuando Gaby escuchó el grito de angustia de Leah, suspiró. Alguno de sus primos había metido la pata, seguro. Ahora tendría que inventar alguna excusa para explicar la presencia de un felino salvaje suelto en los jardines, y también por qué Leah no lo había visto hasta ahora.

Cuando llegó junto a la mujer, no pudo reprimir un ataque de risa. ¡El que había cometido el error era Nahuel! El recto, el precavido. Se acercó lentamente a su hermano y acarició su cabeza como a un gatito.

—Leah, tranquila, no pasa nada. No es peligroso, está domesticado.

—¿Domesticado? ¿Cómo puede estar esa bestia domesticada? ¿Y por qué nadie me advirtió que había un tigre suelto por ahí?

—Bueno, en realidad hay bastantes felinos rondando por aquí. Pero todos, Leah, absolutamente todos han sido domesticados. Ninguno te hará ningún daño.

—Gaby, los felinos salvajes siempre son salvajes —él soltó una carcajada.

—Leah, precisamente tú eres la que menos tiene que temer a este gatito.

—¡Gatito dice! ¿Y por qué precisamente yo no tengo que temerle?

—Ven, Leah, acarícialo. No te hará nada.

—Gabriel, no creo que sea buena idea.

—¿Confías en mí? Pues entonces ven aquí.

—Estoy muy asustada.

—No tienes que estarlo.

Nahuel veía que Leah le temía, y mucho. ¡Dios, si es que era normal! ¡Su lomo le llegaba a ella al pecho! Nadie sabía por qué doblaba el tamaño de un tigre adulto, pero así era.

Empezó a acercarse despacio, con la cabeza gacha en señal de sumisión. Cuando llegó a rozarla con las patas delanteras, se tumbó moviendo la cola. “Dios, un rey moviendo la cola como un perrito. Es ridículo” pensó. Pero debía ganarse la confianza de su compañera si quería que cuando le contase toda la verdad no saliera despavorida.

—Mira —susurró Gaby en ese momento—, le caes bien. Adelante, acarícialo detrás de las orejas. Le encanta.

Leah acercó muy lentamente la mano a la cabeza del animal. Cuando posó la palma de la mano en su cabeza el tigre ronroneó. Movía la cabeza al compás de sus caricias, y Leah no pudo más que reír. Tenía el pelo muy suave, como la seda, brillante. Pero era su olor lo que más le llamó la atención. Le resultaba familiar. Lo había olido antes, pero... ¿dónde?

--- ---

Nahuel parecía un volcán a punto de entrar en erupción. Las simples caricias de Leah estaban haciendo que su autocontrol pendiera de un hilo.

Se imaginaba esas mismas caricias sobre su cuerpo desnudo, su boca sobre su cuello, su cuerpo resbalando sobre el de ella. En ese momento acercó su cara a la suya, y el impulso de convertirse en quien realmente era fue tan fuerte que se desasíó de sus manos y salió corriendo.

—No te preocupes, Leah —dijo tranquilizador Gabriel—. A fin de cuentas es un gato grande, igual de independiente. Pero le has gustado.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. Ya tienes un fiel servidor en este castillo.

—¿Por qué es tan enorme? Nunca había visto un ejemplar tan grande.

—Bueno, nadie lo sabe. Será fruto del proceso evolutivo, supongo —dijo sonriendo y se fue.

Nahuel estaba en la ducha cuando Gabriel llegó al apartamento. El hermano pequeño sonrió. ¡Vaya calentón debía llevar el rey! Él no sabía qué se sentía, pero cuando su padre estaba transformado y su madre le acariciaba detrás de las orejas corrían a la habitación más cercana y se encerraban en ella durante horas.

Tenía toda la intención de burlarse de él. El haber tenido que comportarse como un gatito inofensivo tenía que haberle sentado fatal. Pero cuando lo encontró sentado en el plato de ducha temblando como una hoja no se atrevió a hacer ningún comentario gracioso.

—Nahuel...

—No hables. No digas ni media palabra. Ya lo sé.

—¿Estás bien?

—¡¿Que si estoy bien?! ¡Estoy encendido! Papá nunca nos dijo nada de esto cuando nos explicó todo lo referente a la maldita llamada.

—¿A qué te crees que salían corriendo a la primera habitación disponible cuando mamá le acariciaba? ¿A jugar a las casitas?

—¡Muy gracioso! ¡Pues claro que lo sé! Pero esto... Esto es demasiado. El deseo es insoportable.

—¿En serio es tan fuerte?

—¡Si no me hubiese ido la habría violado delante de ti!

—¡No digas tonterías! No serías capaz de algo así.

—Yo no estoy tan seguro, Gaby. Nunca me había sentido tan animal.

—Nahuel, óyeme bien. No somos animales, nunca lo hemos sido. Somos personas con un poder maravilloso destinadas a hacer el bien. Nunca habrías violado a ninguna mujer, y mucho menos a Leah. Será mejor que salgas de ahí, vas a acabar arrugado como una pasa.

—Aún necesito agua fría, Gaby.

—Vamos, sal de ahí y vayamos a por una copa al bar.

—No, tengo que ir a la central. Quizás eso me despeje un poco.

—Voy contigo.

—De acuerdo.

Humano. Una palabra que no podía aplicarse a ellos aunque su hermano dijese lo contrario. Mitad hombre, mitad bestia: Weretiger. La bondad de su ancestro había sido la causante de que se dedicaran a hacer el bien, pero cualquiera de ellos podría tomar el otro camino. Ni siquiera sabían si existían más como ellos en otros lugares del mundo.

Pero Gaby tenía razón. Jamás le habría hecho daño a Leah, por muy grande

que fuese su instinto animal. Ya no solo porque era su compañera, sino porque cuando él se acercaba siempre lo recibía con una de sus sonrisas de caramelo, y su dulce voz lograba apaciguarle.

Ya no era solo el instinto. Cada día que pasaba la iba conociendo un poco más, y sabía que en otras circunstancias también se habría fijado en ella. Tenía que hacer algo. Que su bella Leah estuviese en continuo peligro le ponía los pelos de punta.

Se acercó con paso decidido al despacho de su padre y entró sin llamar a la puerta. Leah se sobresaltó, pero Blake permaneció impassible.

—Esos no son los modales que te he enseñado, Nahuel Bruce.

—No es tu hijo quien viene a hablar contigo, papá. Y tiene que ser ahora. Es de vital importancia.

—Querida —dijo Blake volviéndose a Leah—, ¿podrías hacer el favor de mandar que nos trajeran un café a mí y una tila a mi hijo? Y por favor, que nadie nos moleste.

—De acuerdo. Llámame cuando terminéis —miró a Nahuel, que evitó su mirada.

—Hasta luego, Aileana —le contestó él.

¿Qué demonios pasaba? ¿Aileana? Nahuel jamás la había llamado así. Estaba demasiado serio, ¿y por qué había desviado la mirada? No entendía nada. Quizás se habían arrepentido de darle ese puesto. Sería mejor que se dirigiese ahora mismo a obedecer las órdenes de Blake.

--- ---

Nahuel se movía por el despacho como un animal acorralado, no podía esperar más. Necesitaba que su padre se ocupara de todo, porque iba a volverse loco.

Se llevaría a Leah a un lugar seguro donde Sammael no la pudiese encontrar nunca, su familia se ocuparía del demonio, y todos sus problemas terminarían.

Al poco rato entró Gaby con el café.

—Leah me ha mandado con esto. Cree que vais a pelearos y me ha pedido que haga de pacificador. Así que os exijo que me digáis qué demonios ocurre —dijo cruzándose de brazos.

—Siéntate, Gaby —dijo Nahuel—. A fin de cuentas a ti esto te afecta tanto como a papá.

—Bueno majestad —dijo Blake con sarcasmo— ¿Qué se le ofrece?

—Papá, deja el sarcasmo. Sabes que te he dicho eso para que supieras que el asunto era muy importante.

—¿Sammael ha vuelto a atacar? —preguntó su hermano.

—No, aún no —dijo—, pero no voy a quedarme de brazos cruzados a esperar que venga a llevarse a Leah. Así que he tomado una decisión.

—Estoy deseando oír de qué se trata —dijo su padre.

—Abdico.

—¿¿Qué?? —dijeron ambos al unísono.

—¿Te has vuelto loco Nahuel? —dijo su padre.

—No puedes estar hablando en serio —añadió Gabriel—. Me niego, ¿me oyes? No pienso ocupar tu lugar. ¡Ni lo sueñes!

—Llevo un tiempo pensándolo. No puedo quedarme de brazos cruzados a esperar que Sammael me arranque a Leah de mi lado. Voy a llevármela lejos de aquí, ya es hora de que Gabriel tome parte en las responsabilidades de albino.

—A ver, Nahuel —contestó su padre— ¿Qué ocurre cuando no estás cerca de Aileana?

—¿Cómo que qué ocurre? —dijo Gaby— ¿Eso qué tiene que ver...

—Cállate —alegó Blake—. Contesta, hijo.

—Pues que...

—La sientes, ¿no es cierto? Sientes dónde está, incluso sientes su estado de ánimo. Es como si estuvieses conectado a ella.

—Sí, papá, es verdad, pero...

—Sammael siente exactamente lo mismo, siente esa misma conexión. Por muy lejos que os fueseis, él siempre la encontrará. Estáis mejor aquí, es el único lugar donde puedes mantenerla a salvo.

—¿Y por qué no ha hecho nada aún si también la siente?

—Porque sabe que en cuanto ponga un pie cerca de esta casa estará muerto. Está esperando el momento oportuno para llevársela. Por eso nunca, ¿me oyes?, nunca puede estar sin uno de los nuestros a su alrededor. Por eso Amathiel y Uriel están siempre con ella. Por eso la tengo trabajando lo suficiente como para que no le queden fuerzas para salir sola a la ciudad. Si te la llevas de aquí estará expuesta aunque tú estés con ella.

—Papá, Sammael me teme. Si estoy con ella...

—¡Leah se ha convertido en tu punto débil! Ya eres vulnerable, Nahuel, no lo olvides. El Talón de Aquiles de los Weretigers es su compañero. Deberías saberlo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que me quede de brazos cruzados?

—Tienes que tener paciencia. Se acerca la hora, y se pondrá cada vez más nervioso, hasta que cometa un error. Mientras tanto... disfruta de tu mujer.

—Pero, ¿y si ella sale de la casa sin escolta? No es prisionera en esta casa, puede hacerlo.

—Pues habrá que evitar que eso pase —añadió su hermano—. Es hora de que hagas algo, sí, pero respecto a tu mujer.

—¡Ni que fuera tan fácil! Yo... no quiero que me tenga miedo.

—¡Pues no le digas lo que eres! No creí que tuvieses tantos problemas para llevarte a una mujer a la cama, hijo.

—Solo hay que ver la cara con la que te mira, hermano. No tendrás que hacer mucho para que caiga rendida en tus brazos —Nahuel se rió.

—Preocúpate tú por encontrar a la tuya, anda, y deja que yo me ocupe de enamorar a la mía.

—Hijo, ve a por ella y haz que no pueda separarse de ti, porque es la única forma en la que podremos protegerla.

--- ---

Aileana caminaba pensativa por los jardines. ¿Qué había hecho mal? Estaba segura de que iban a despedirla y estaba triste, muy triste. Le gustaba vivir en esa casa en la que sentía que tenía una familia. Y también estaba él: su adonis personal, el único hombre que le había llegado a quitar la respiración.

Esos ojos... esos ojos eran capaces de quitarle toda capacidad de razonamiento. Y esa tarde habían evitado mirarla, y ese gesto le había dolido mucho. Quizás habían sido imaginaciones suyas, pero había sentido algo especial entre ellos dos, una conexión especial. La indiferencia que le mostró esa tarde no tenía sentido para ella. Se sentó en un banco escondido entre las flores y dio rienda suelta a su llanto.

De repente, sintió algo cálido y suave en su regazo. Cuando levantó la vista vio al tigre albino que la miraba atentamente. Sonrió entre lágrimas y le acarició tiernamente detrás de las orejas. El tigre ronroneó, y ella no pudo más que abrazar al felino. Con lo grande y fiero que parecía se comportaba con ella como si fuese un gatito domesticado.

—Hola guapo. Vienes a consolarme, ¿no es eso? Te he gustado, ¿eh, pequeño? Pues creo que no nos vamos a ver muchas más veces. Creo que me van a despedir, y no sé por qué. Por eso es que estoy triste, porque me gusta mucho estar aquí. No quiero marcharme, no quiero tener que alejarme de ti, o de Nahuel. Me gusta estar con él, me gusta sentir que está cerca. Y no sé por qué, porque es arrogante como él solo. Pero creo que me gusta. Sí, definitivamente Nahuel me gusta. ¿Y qué voy a hacer al respecto, amigo? —El tigre ronroneó y acarició su mejilla con el hocico— Tú tampoco quieres que me vaya, ¿Eh? Pues creo que vas a tener que convencer a tu amo, porque me parece que no está muy contento conmigo.

--- ---

Nahuel estaba atónito. Leah estaba sentada en un banco llorando a lágrima viva, como si le fuera la vida en ello. Pero él creía que ella se sentía a gusto y feliz en esa casa... decidió hacer lo más prudente dadas las circunstancias: se convirtió en tigre y se acercó lentamente a ella.

Diez minutos después, se separó de ella y se perdió entre los árboles. Aún no daba crédito a lo que Leah había dicho. ¿De dónde demonios se habría sacado ella que quería despedirla? ¡Ah, claro! Cuando entró en el despacho esa tarde. Él desvió la mirada porque tenía los ojos transformados. Lo único que le faltaba era que ella descubriese su secreto. Pero también había dicho que él le gustaba. Eso era bueno, muy bueno. Eso haría las cosas mucho más fáciles.

Se transformó en humano y fue hacia donde había dejado a Leah. Pero ella ya se había marchado. Fue a su apartamento y la encontró sentada en el balancín de la entrada.

—¡Ey! Te he buscado por todas partes.

—Hola —contestó ella cabizbaja.

—¿Qué ocurre, Leah? ¿Estás bien?

—Lo sé, Nahuel. Sé lo que pasa.

—Pues dímelo para que lo sepa yo también.

—¿Cuándo tengo que irme?

—¿Irte a dónde? Leah, ¿es que quieres dejar el trabajo?

—¡Claro que no! ¡Me encanta mi nuevo trabajo!

—¿Entonces?

—¿No me vas a echar?

—¿¿Yo?? Cariño, ¿de dónde te has sacado esa tontería?

—No sé, como no me has querido mirar antes...

—¿Antes? ¿Cuándo, Leah?

—Cuando has ido a hablar con tu padre. No te hagas el tonto —Nahuel soltó una carcajada.

—Leah, lo de antes no tenía nada que ver contigo. Hubo un problema en uno de los hoteles, eso es todo. Cuando estoy enfadado suelo hacer tonterías como esa. ¿Me perdonas?

—No lo sé... me has hecho pasar un mal rato pensando que perdía el trabajo.

—Te invito a cenar a mi casa para compensarte. Echamos a mi hermano y te preparo una cena deliciosa. ¿Qué te parece? —ella rió.

—Que mejor dejemos tranquilo a tu hermano y cenamos en la mía aunque cocines tú. Te doy las llaves y vas cocinando mientras termino con tu padre.

—De acuerdo. A las ocho te quiero de vuelta. Voy a mostrarte mi más oscuro secreto: sé cocinar.

—Tendrás que hablar con tu padre si me quieres temprano, últimamente

tenemos mucho trabajo — dijo ella sonriendo.

—Lo haré. Y ahora me voy de compras —la besó en la mejilla—. Nos vemos luego.

—Hasta la noche.

—Por cierto, ¿te gusta la carne?

—Sí, me gusta.

—Perfecto entonces. Adiós.

Aileana estaba asombrada. Se tocó la mejilla donde hacía apenas un minuto habían estado los labios de Nahuel. Era la segunda vez que la besaba, y en ambas ocasiones había sentido como si miles de descargas eléctricas recorriesen su espina dorsal, haciéndola desear mucho más.

Sin darse cuenta se imaginó a Nahuel en su jacuzzi, en su cama... y el calor que sintió por todo el cuerpo hizo que se sonrosaran sus mejillas. Ese hombre desprendía sensualidad por todos los poros de su piel. Su olor, una mezcla de madera y sándalo, su sonrisa, y esos ojos... esos ojos tan cristalinos en los que Leah era capaz de perderse.

Tenía que parar. ¡Por Dios! ¡Nahuel era su jefe! No podía empezar a crearse fantasías en la cabeza. Que un hombre como Nahuel Bruce se enamorase de una mujer como ella solo ocurría en las películas y los cuentos de hadas.

Capítulo 6

Yvaine vio a su futura nuera acercarse por el sendero ensimismada en sus pensamientos y sonrió. Estaba segura de que su hijo había hecho alguna de las suyas.

Su esposo ya le había contado el disparate de abdicar, ¡menuda tontería! Gabriel era demasiado noble para ser rey. No poseía la fuerza y la determinación de su primogénito. Gaby era más consejero que mandatario. Su hijo menor podía ser tan fiero como el que más para proteger a los suyos, pero no tenía capacidad para dar forma a un plan y llevarlo a cabo. Si Nahuel decidía abdicar, sencillamente los Weretigers desaparecerían como defensores de la noche.

—Leah, querida. Vas ensimismada. ¿Ocurre algo? —dijo cuando la joven llegó a su lado.

—No, no —Leah se sonrojó aún más—, no pasa nada, de verdad, Yvy.

—Pues yo creo que sí pasa algo. Y que tiene que ver con el salvaje de mi hijo mayor. Te gusta, ¿verdad?

—Solo somos amigos.

—Querida, a mí me lo puedes contar. ¿Por qué cuando llega mi hijo te pones nerviosa?

—¡Yo no me pongo nerviosa! Es solo que... es tan imponente... y tan guapo...

—Mi marido impone más que mi hijo y a él no le temes —Leah sonrió.

—Yo no le temo a Nahuel, Yvy. Además, tu marido puede imponer mucho, pero cuando estás cerca parece más un cachorro inofensivo que un hombre peligroso —Yvaine soltó una carcajada.

—La verdad es que aún después de tantos años estamos muy enamorados.

—Me encantaría tener un amor como el vuestro, un amor de cuento de hadas. Pero soy consciente de que eso se da una vez cada cien años, y este siglo está el cupo completo, así que...

—Querida, nunca renuncies a tus sueños. Siempre pueden hacerse realidad.

—Ojalá yo estuviese tan segura de eso.

—Mi hijo es muy imponente, es cierto. Y guapo. Pero la mujer adecuada puede hacerle perder el sentido, y entonces será el hombre perfecto para ella. Te dejo, me reclaman mis deberes de esposa.

—Hasta luego, Yvaine.

—Hasta luego, cielo.

Aileana estuvo todo el día pensando en Nahuel. ¿Por qué se sentía tan rara en su presencia? Solo eran amigos, pero cada vez que él estaba cerca sentía su pulso dispararse y mariposas revolotear en el estómago. ¿Qué tenía ese hombre? Todos sus primos eran guapísimos, y con ninguno se sentía así.

Nahuel era amable con ella siempre, es verdad. Y la trataba como a una igual, con respeto. Y cuando sonreía... entonces parecía que el arco iris iluminaba la habitación. ¿Qué había querido decirle Yvaine? ¿Que se fijara en Nahuel? Era imposible no hacerlo.

Su belleza era impresionante. En el diccionario debían poner una foto suya al lado de la palabra "Adonis".

—Leah —dijo Blake sacándola de su ensueño— ¿Ocurre algo? Te veo distraída.

—No, no. Perdona, es solo que no me siento muy bien hoy —mintió.

—¿Quieres tomarte un descanso?

—No, estoy bien. Me tomaré un analgésico a ver si se me pasa.

—Vete a casa, anda. Seguiremos mañana.

—No hace falta, de verdad. Estoy bien.

—Insisto. Y llamaré a mi hijo para que no vaya a incordiarte. Ya sé que tenéis una cita esta noche, me amenazó con dejarme sin mi canal favorito en la tele si no estabas allí a las ocho.

—En serio, Blake, estoy bien. Es solo un pequeño malestar. Cuando descanse un poco se me pasará.

—Bueno, pues yo insisto en que termines lo que estás haciendo y te vayas a casa. Y es una orden, jovencita.

—Está bien, está bien —sonrió pícaramente—. Ya sé a quién ha salido Nahuel.

A las seis ya tuvo que darse por vencida. Su jefe era muy obstinado, y tuvo que desistir de intentar convencerle de que estaba bien. No podía decirle que lo que la tenía trastornada era el su hijo y los pensamientos que se le pasaban por la mente con él de protagonista.

Cuando llegó a casa no pudo hacer nada más que reír. Encontró al causante de su trastorno en la cocina, enfundado en un delantal de corazones y trasteando un montón de ollas al fuego.

--- ---

Nahuel no sabía que hacer un asado fuese tan difícil. Pero se había propuesto sorprender a Leah. Le había mentado, por supuesto. Él no sabía ni freír

un huevo, el chef de la familia era Gabriel.

Se quedó pensativo. Aileana, su compañera... Esa linda mujer cuya sonrisa no hacía sombra a los más bellos paisajes de Escocia. Con solo pensar en ella se le dibujaba una sonrisa en la cara. Y eso era todo un logro, pues últimamente no tenía muchos motivos para sonreír.

No podía sacarse de la cabeza a Sammael. Llevaba varias semanas sin atacar a ninguna mujer, y eso era muy sospechoso. ¿Qué estaría tramando?

Al oír la risa de Leah levantó la vista. Allí estaba... despeinada y descalza, con la camisa un poco abierta, relajada. Si no fuera porque debía andarse con mucho tiento la habría cogido en brazos en ese mismo momento para llevarla a la cama y enterrarse en ella de mil maneras distintas. ¿Pero qué demonios le pasaba? Como siguiese por esos derroteros iba a acabar poniéndose en evidencia.

—Hola preciosa. A la cena le queda aún un poco. ¿Por qué no subes y te das un baño? Te veo un poco cansada.

—La verdad es que sí que lo estoy, así que voy a hacerte caso.

—Buena chica.

Leah estaba demasiado cansada para subir las escaleras, así que decidió meterse en la ducha del piso inferior. Ya subiría después a vestirse. Como Nahuel estaba tan entretenido con la cena no creía que pudiese encontrarla en medio del pasillo con el albornoz como único atuendo. Llenó la bañera, echó sales al agua y se metió despacio en ella. El agua caliente relajó sus músculos doloridos, y en segundos estaba profundamente dormida.

--- ---

Leah tardaba. Llevaba más de una hora en el baño y no daba señales de vida. ¿Se habría quedado dormida? ¿Y si Sammael hubiese entrado? Casi sin darse cuenta estaba subiendo los escalones de dos en dos.

Leah no estaba en ninguna parte. Ni en el baño, ni en el dormitorio, ni siquiera la encontró en la sala de estar. Había registrado toda la planta de arriba. Estaba perdiendo el poco autocontrol que le quedaba. Si Sammael se la había llevado... solo le quedaba la esperanza de que se hubiese duchado en el cuarto de baño de abajo.

Bajó corriendo a la planta baja y abrió la puerta sin llamar. Y allí estaba por fin. ¡Qué alivio! Y el alivio le hizo fijarse en que estaba en la bañera... completamente desnuda. ¡Madre de Dios! Entró en combustión inmediata. Los pezones rosados de Leah asomaban por encima del agua espumosa. Estaba dormida, y debía estar soñando con algo bueno... muy bueno. En ese momento gimió, y él perdió todo atisbo de control. Se acercó a la bañera y la besó, y aún dormida ella respondió a ese beso. Su boca cálida se movía al compás de la de él.

¡Qué bien sabía! A fresas y menta, a miel y whisky escocés. A todos los placeres que Nahuel hubiese podido probar en su corta vida. Antes de que su cordura se disipase, se separó suavemente de ella, le acarició con ternura la mejilla, salió de la habitación y cerró suavemente la puerta.

--- ---

Aileana no podía dejar de temblar. ¿Qué es lo que había pasado hacía apenas un momento? Lo último que recordaba es que se había metido en la bañera. Debió de quedarse dormida, y soñó con Nahuel. Soñó que entraba al baño, se arrodillaba junto a ella y la besaba.

Y cuando despertó allí estaba él, besándola igual que en el sueño. Gimió al recordarlo, había sido el beso más erótico que le habían dado jamás. Estuvo tentada de alargar los brazos, arrancarle la ropa y provocarle hasta que le hiciera el amor, pero no tuvo el valor suficiente para hacerlo.

No tenía sentido que él hubiese hecho eso. ¿Por qué habría entrado al cuarto de baño? Ese comportamiento no era típico de él. Quizás pensó que se había quedado dormida en la bañera y se había ahogado.

Poco tiempo después Leah salió de su habitación ya vestida y bajó hacia la cocina. Nahuel había puesto una bonita mesa y un delicioso asado de cordero humeaba en el centro de la misma.

—Sí que has tardado en ducharte. Vamos, la comida se enfría.

—No me he duchado, me he dado un baño relajante —aclaró—. Jamás hubiera imaginado que supieras preparar un plato tan complicado.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes —dijo pasando por su lado—. Y me encantaría que quisieras descubrirlas —susurró junto a su oído.

—Por ahora voy a descubrir cuán buen cocinero eres. Tiene una pinta deliciosa.

Comieron acompañando la cena con un buen vino y una animada conversación.

Leah le habló de su infancia, de la pérdida de sus padres, de su matrimonio fallido. Él le habló de su trabajo, sus responsabilidades como cabeza de familia. Cuando terminaron de recoger los platos se sentaron frente a la chimenea con una copa de vino. Leah se sentía un poco mareada. No estaba acostumbrada a beber, y las dos copas que había bebido durante la cena le pasaban factura.

—Dime, Nahuel. ¿Cómo es que un hombre como tú no se ha casado aún?

—¿Un hombre como yo? —Sonrió— Bueno, digamos que aún no he encontrado a la chica adecuada.

—Pues no saben lo que se pierden —En cuanto se dio cuenta de lo que había dicho se sonrojó.

—¿Y lo sabes tú, Leah? —ronroneó él.

El vino se le había subido a la cabeza, y tenía la lengua más suelta de lo habitual. Se quedó mirándole un momento, y luego continuó. ¡Al diablo la prudencia!

—Eres guapo, atractivo, sensual, viril...

—Me parece que ya has bebido demasiado —dijo Nahuel sonriendo mientras le quitaba la copa de las manos.

—Si no fueses mi jefe...

—Si no fuese tu jefe ¿qué, Leah?

—Te habría seducido hace mucho tiempo.

—¿En serio?

—Eres el hombre más guapo que he tenido la suerte de conocer, y encima eres buena persona. Todos te quieren y te admiran. Es como si te creyesen superior a ellos, pero lo aceptasen.

—¿Todos? ¿Y quiénes son todos?

—Tus primos, tus primas, tu hermano, tus tíos...

—Cariño, soy el cabeza de familia desde que mi padre se jubiló. Todos dependen de mí.

—No es eso. Es como si...

—Leah, creo que el vino te está haciendo desvariar. Vamos —dijo cogiéndola en brazos—. Te llevaré a la cama.

—¿Y te quedarás conmigo? —preguntó enredando los brazos en su cuello.

—No es buena idea, Leah, así que me iré a mi casa.

—¿Me darás un beso de buenas noches?

—Sí, te daré un beso de buenas noches.

—Pero no en la mejilla. Quiero uno como el de antes.

—¿El de antes? —Nahuel no comprendía a qué se refería.

—Como el de la bañera. Estaba despierta, pero no quería que lo supieras porque no quería que el beso terminase. Ahora quiero que me lo des estando despierta.

—Leah, cariño, no creo que...

—Solo es un beso, Nahuel, no el fin del mundo.

Nahuel depositó suavemente en el suelo a Leah, haciendo que el cuerpo de la joven resbalara sobre el suyo. Cuando ella posó los pies en el suelo y estuvo seguro de que no perdería el equilibrio, tomó su cara suavemente entre sus manos y la besó. Pero ni por asomo iba a perder el control como antes. Este beso fue dulce y suave, destinado a tranquilizarla, no a seducirla. Leah no paraba de gemir, y eso a él le estaba matando. Sus brazos enredados en su cuello y sus pechos rozándose con el de él eran más de lo que podía soportar.

Sabía que aún no era el momento, debía parar. Ella no estaba preparada

todavía para saber toda la verdad. Que Dios lo amparase, su cuerpo estaba ganando el control de la situación por momentos. Pasó un brazo por detrás de su espalda y la levantó un poco del suelo para atraerla más cerca. Seguro que ella notaría su erección, pero ya no podía refrenarse.

El beso cambió. Nahuel empezó a beber de la boca de ella como si fuese un sediento en medio del desierto. Casi sin darse cuenta estaba desabrochándole la camisa para acariciar la piel cremosa de sus pechos. Pero recobró la consciencia lo suficiente para apartarse de Leah suavemente.

—Creo que será mejor que me vaya —susurró pegando su frente a la de ella.

—De acuerdo —asintió ella.

—Descansa un poco. Mañana tendrás un terrible dolor de cabeza.

—Ajá.

—Y Leah —dijo cuando estaba a punto de salir del dormitorio—, hay una cosa que debes recordar, cariño. Yo no soy tu jefe.

Capítulo 7

Nada más salir de la casa, Nahuel se transformó y salió a correr por las calles de Edimburgo. Necesitaba descargar la adrenalina que corría por sus venas. Había estado a punto de acostarse con Leah, pero ella estaba borracha, y no sería correcto que lo hiciera sin contarle toda la verdad. Le odiaría por el resto de su vida.

El grito de angustia de una mujer lo sacó de su ensueño. “Por fin”, pensó. Aceleró el ritmo y entonces lo vio. Una ráfaga de viento envolvía al ser más despreciable que había visto jamás. Negro como la noche, de dos metros de alto, con unas alas negras terminadas en garras que sobresalían de su espalda. Su cuerpo era humano, pero era su cara lo que causaba mayor pavor. Alargada, con orejas puntiagudas, mandíbula de pantera y ojos de serpiente rojos como la sangre. Sammael en todo su esplendor, el demonio de la noche en su forma original. Tenía a una mujer rubia agarrada, y por su aspecto aún no era demasiado tarde.

—¡Suéltala, Sammael! —gritó a su espalda.

—Vaya, vaya... ¿A quién tenemos aquí? —siseó el demonio— ¡Su majestad en persona! ¡Qué gran honor! La quieres, ¿no es así? ¡Pues ven a por ella!

Nahuel arremetió contra el demonio pillándolo por sorpresa. La chica fue a parar al otro lado de la calle. Bien, así estaría más segura. El odio de Sammael hacia el tigre blanco se veía en sus ojos rojos, pero sabía que no podía ganar esta batalla. El monarca era mucho más joven y ágil.

—Y dime, Nahuel. ¿Dónde te has dejado a tu joven enamorada? Espero que la hayas dejado en un lugar seguro. Con ella seré menos piadoso. La haré sufrir hasta su último hálito de vida.

—¡No te atrevas a tocarla! —rugió, pero al momento se arrepintió de haberlo hecho.

—Vaya, vaya... así que la pequeña perra es tu compañera... Esto se está poniendo interesante... Disfrutaré el doble cuando acabe con ella.

—Si te acercas a ella...

Pero ya era demasiado tarde. El descuido casi le cuesta la vida. Tropezó y Sammael aprovechó para atraparlo entre sus alas, y con las garras que destacaban en las puntas de estas, le arañó todo el lomo. El rugido de angustia de Nahuel resonó por toda la ciudad. Los Weretigers lo oyeron, y todos acudieron a socorrer a

su rey.

Cuando se vio rodeado por los demás felinos, Sammael desapareció. Nahuel estaba perdiendo mucha sangre. Su cuerpo empezó a transformarse y Gabriel se acercó rápidamente a socorrerlo. El cuerpo inconsciente de su hermano estaba rasgado en uno de los costados.

—¡Rápido! Hay que llevarlo a casa —gritó.

—La chica está bien —dijo Adriel—, pero necesitará cuidados médicos. Deberíamos llevarla a casa.

—Llévala tú, Adri. Los demás, corred a casa a avisar de lo ocurrido. Hay que proteger a Leah. Yo llevaré a mi hermano.

—De acuerdo, Gaby —dijeron los demás.

—Vamos hermano, no te mueras ahora, ¿quieres? No sirvo para ser rey, y tu mujer te está esperando en casa. Aguanta un poco más, Adriel te va a curar.

--- ---

Cuando al amanecer todos los primos de Nahuel entraron corriendo en la casa llevando a una mujer inconsciente, Leah sabía que algo malo le había pasado a Nahuel. Lo presentía, lo sentía en sus venas, pero nadie le decía nada. Simplemente le ordenaban que no saliera de la casa bajo ningún concepto. Después de lo que para ella habían sido horas, apareció Gabriel con un Nahuel inconsciente y sangrando.

Aileana no pudo ni rozarle. En cuanto Gaby apareció por la puerta pusieron a Nahuel en una camilla y se lo llevaron a toda prisa por el pasillo. Por más que intentaba zafarse de las manos que la agarraban no pudo ni tan siquiera mirarle a la cara. Poco a poco el mundo empezó a girar... y todo se oscureció.

--- ---

Blake por fin respiró tranquilo. ¡Menos mal que Leah se había desmayado! No podía agarrarla por más que quisiera. Ver a su hijo inconsciente le había dado una fuerza asombrosa. ¡Menos mal que era humana! Si hubiese sido una de ellos nadie habría podido frenarla. La cogió en brazos, la llevó a su habitación y la recostó suavemente en la cama.

—Yo me ocupo de ella, tío —dijo Uriel desde el umbral—. Ve a ver a Nahuel.

—Gracias, hija.

La puerta del quirófano estaba colapsada. Sentada en un banco se encontraba Yvaine hecha un mar de lágrimas. Blake se acercó a ella y la abrazó suavemente.

—Tranquila, mi amor, se va a poner bien —le susurró para tranquilizarla.
—Es muy joven, Blake. No puede morir.
—No se va a morir, tranquila.
—¿Y cómo estás tan seguro?
—Porque tiene a su compañera esperándole, por eso. ¿Te acuerdas cuando Sammael me atravesó con una espada? ¿Por qué crees que sigo aquí? Porque sabía que tú estabas esperándome.
—¿En serio se va a poner bien?
—Pues claro, mi vida. No te preocupes. Todo va a salir bien. Ya lo verás.

--- ---

Leah abrió lentamente los ojos. ¿Dónde estaba? Esa habitación no le sonaba de nada. Estaba adornada como el resto de la casa. Parecía que había ido atrás en el tiempo. Nahuel. Estaba herido y muy grave. Se levantó de golpe y unas manos la tumbaron suavemente.

—Tranquila, Leah —Era Uriel—. Nahuel está bien. Todo ha salido bien, y ahora está descansando. Y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Qué me ha pasado?

—Te desmayaste y mi tío te trajo aquí. Es su dormitorio.

—Quiero ir a verle —dijo sentándose en la cama—. Necesito ver a Nahuel.

—Leah, es mejor que descanses.

—¡No necesito descansar! ¡Necesito ver a Nahuel y ver con mis propios ojos que está bien! Uriel, o me llevas tú a ver a tu primo o te juro por Dios que registraré cada rincón de este maldito castillo hasta que lo encuentre.

—Me voy a meter en un buen lío por tu culpa, ¿lo sabes?

Pasaron por infinidad de pasadizos antiguos y laberintos de piedra hasta que llegaron al quirófano. Toda la zona estaba reformada, y poseía las más altas tecnologías. En la puerta de la sala se encontraba Gabriel, que se acercó en cuanto la vio.

—Uriel, deberías haber impedido que lo viera en ese estado.

—Me amenazó con buscarlo ella misma, Gaby. ¿Qué querías que hiciera?

—Leah, no creo que...

—Gabriel... apártate de la puerta. Voy a verle con o sin tu consentimiento, así que o me lo pones fácil o atente a las consecuencias.

—Acaban de operarlo y aún está dormido.

—Muy bien. ¿Me dejas pasar, o tendré que hacerlo a la fuerza?

—¡Está bien! ¡Haz lo que quieras! —exclamó alzando las manos— Ahora entiendo a mi hermano. Sois tal para cual.

Aileana entró a la habitación y vio a Nahuel tumbado en una cama,

profundamente dormido. A simple vista no parecía estar herido de no ser por las vendas que le cubrían el pecho. Un mechón de pelo le caía por la mejilla, así que Leah lo apartó con cuidado para poder besarle en los labios.

—Leah —Su voz era apenas un susurro.

—Estoy aquí. Vas a ponerte bien, ¿entendido? Tú y yo tenemos un asunto pendiente. Lo que ha pasado antes no ha pasado por casualidad, y me debes muchas explicaciones. Duerme por ahora, cariño. Yo cuidaré de ti.

—Vete... a... casa.

—Mi sitio está aquí contigo, no me discutas más. Esta vez la discusión voy a ganarla yo.

—Mi tigresa —dijo Nahuel sonriendo justo antes de quedarse dormido de nuevo.

Eran cerca de las 4 de la madrugada cuando Nahuel despertó y miró a su alrededor. Estaba en la sala de recuperación. Ahora lo recordaba todo. Había fracasado. Un pequeño descuido casi le cuesta la vida. Su padre tenía razón: Sammael conocía su punto débil. Se removi6 inc6modo, la herida le dolía a6n una barbaridad.

Volvi6 la cabeza y la vio. Dormida en el sill6n, estaba su Leah. Debía estar rendida. Alguien la había cubierto con una manta, seguro que Gaby. En ese momento su hermano entr6 sigilosamente por la puerta.

—Es toda una tigresa, hermano. Papá casi no podía con ella cuando te trajimos.

—¿En serio? —Sonri6— Bueno, no se podía esperar menos de mi compa6era, ¿no es cierto?

—Amenaz6 con buscarte por todo el castillo si no la traíamos a verte. No podíamos arriesgarnos a que descubriese el cuartel general.

—Está bien, hermano. ¿Y la chica?

—Está estable, pero cuando la trajimos había perdido casi toda la esencia. Tardará en recuperarse.

—Creo que es hora de decirle a Leah qui6n es y por qué está aquí.

—Es pronto para eso, Nahuel. ¡Si cuando te vio convertido casi le da un infarto!

—Me refiero a decirle qui6n es con respecto a Sammael. No podemos arriesgarnos más ahora que sabe de su existencia.

—Hermano... ¿C6mo consigui6 herirte? Nunca ha podido acercarse tanto a ti.

—Conoce mi punto débil y lo utiliz6 en mi contra, como papá me advirti6. Pero eso no volverá a ocurrir, la próxima vez que lo intente estaré preparado.

—¿Sabe que Leah es...

—A6n no sabe qui6n es respecto a él, pero sabe que es mi compa6era.

—Si quieres que te eche una mano cuando se lo digas no tienes más que decirlo.

—No, es mejor que se lo diga yo.

—Entonces te dejo descansar. Mañana hablamos.

—Hasta mañana.

Aileana despertó lentamente. Y, más que ver, sintió los ojos de Nahuel clavados en ella. Cuando levantó la vista, él le sonrió.

—¡Ey! ¿Cómo está mi enfermo favorito? —preguntó acercándose a él y sentándose al borde de su cama.

—Bueno... me duele todo el cuerpo, pero sobreviviré.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo te has hecho una herida así? Nadie me ha dicho nada.

—Tuve un accidente, eso es todo. Iba con la moto y fallaron los frenos, y al caerme me clavé una barra de hierro en el costado.

—Podrías haberte matado —susurró sintiendo un escalofrío.

—Pero no ha sido así, Leah. No pienses en lo que pudo haber pasado.

—Si te hubiera pasado algo yo... yo —Su autocontrol la abandonó y rompió a llorar.

—¡Eh, eh! Leah, no llores —La acercó a su pecho—. Cariño, estoy bien. No llores más.

—Cuando te vi cubierto de sangre creí que habías muerto y yo...

—No vas a librarte tan fácilmente de mí, ¿sabes? Tenemos una conversación pendiente. Leah, mírame —Le levantó suavemente la barbilla—. Nunca voy a separarme de ti, ¿entendido? Nada ni nadie va a separarme de ti.

Acercó sus labios a los de ella, y esta vez no pensaba contenerse, la necesitaba. La abrazó con cuidado, como si temiese que se rompiera. Sus labios se movían sobre los de la mujer de manera sensual, bailando algún tipo de danza erótica. Leah gimió a la vez que pasaba sus brazos por el cuello del hombre, y este la apretó contra sí, gesto que le hizo gemir a él, pero esta vez de dolor.

—Lo siento, lo siento. ¿Te he hecho daño? —se disculpó ella separándose de inmediato.

—No, no has sido tú —sonrió—, pero creo que vamos que tener que posponerlo hasta que me ponga bien —Le acarició la mejilla—. Deberías irte a descansar, pero a tu cama.

—Estoy bien aquí, en serio.

—Leah...

—No voy a marcharme, así que ahorra energía —replicó cruzándose de brazos.

—Está bien —suspiró derrotado—. Quédate, pero con una condición: acuéstate aquí, a mi lado.

—Puedo hacerte daño, Nahuel.

—No vas a hacerme daño. Solo tumbate a mi lado, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero si te duele no te quejes.

—No me quejaré, te lo prometo.

Cuando Yvaine bajó a ver a su hijo a la mañana siguiente, no pudo más que sonreír. Su hijo y su futura nuera dormían profundamente, abrazados el uno al otro como si temiesen que alguien pudiera robarles al otro de su lado. Su marido se acercó por detrás, la abrazó y depositó un suave beso en su nuca, haciéndola estremecer.

—Mira, mi amor. Creo que por fin vemos a uno de nuestros hijos a punto de casarse —susurró ella.

—No te precipites, querida. Aún hay mucho camino por recorrer.

—Si Sammael la raptase...

—Si eso ocurriese, cosa que no va a ocurrir, tendríamos serios problemas, porque Nahuel acabaría fuera de control.

—Tengo miedo, Blake. Tengo miedo de perderles a los dos.

—Eso no va a suceder, cariño. Ni él ni yo lo vamos a permitir. Lo dejé al mando porque estaba seguro de que sería capaz de lidiar con Sammael, pero esta situación es excepcional.

—¿Vas a volver a la congregación?

—Tengo que hacerlo. Nuestros hijos no podrán solos con todo lo que se avecina. Llevo tiempo pensándolo, y es lo mejor.

—Ten cuidado.

—Sabes que lo tendré.

Capítulo 8

La recuperación de Nahuel fue rápida, aunque también es cierto que los Weretigers cicatrizaban más deprisa que los humanos. Apenas dos semanas después del incidente ya estaba de nuevo reunido con la congregación al completo. Blake los había convocado a todos, y Nahuel no tenía ni idea de por qué.

Era muy inusual que Blake convocara a los Weretigers por su cuenta. Normalmente le comunicaba sus decisiones a Nahuel y este las transmitía al resto de la congregación, pero ese día incluso a él lo pilló por sorpresa. Debía ser algo referente a Sammael, y algo muy grave, de lo contrario el antiguo monarca no se saltaría la jerarquía tan a la ligera.

Cuando su padre entró transformado en león albino, todos los presentes se levantaron y bajaron la cabeza en señal de respeto. El rugido del antiguo monarca resonó por la habitación, y su voz, ronca debido a la transformación, captó la atención de todos los presentes.

—Como todos sabéis, ha ocurrido algo que nunca antes había sucedido: Sammael ha herido a Nahuel. Eso quiere decir que ya no le teme, se ha envalentonado, porque conoce su punto débil. Pero lo que es aún peor, su punto débil es primordial para la sucesión de Sammael, así que cuando lo sepa hará lo imposible por conseguirla.

Murmullos llenos de angustia e indignación llenaron la habitación, pero una severa mirada de Blake bastó para silenciarlos.

—Cuando dejé a Nahuel al mando no conté con esta situación insólita. Ni por un momento se me pasó por la cabeza que la futura reina y la concubina de Sammael fuesen la misma persona, porque jamás ha ocurrido algo semejante. Así que he decidido, como cabeza de familia, volver a tomar el mando de la congregación —Se volvió hacia su heredero—. Esto no significa que no confíe en ti, hijo. Es solo que sé que tú solo no puedes con esta situación.

—Lo sé, papá —dijo el aludido sonriendo a su padre.

—A partir de ahora yo doy las órdenes directas, es a mí a quien tendréis que rendir cuentas y a quien tendréis que obedecer. El único deber de Nahuel será proteger a nuestra futura reina hasta que nosotros consigamos acabar con Sammael.

—Papá —dijo Nahuel—, esta noche voy a decirle a Leah toda la verdad

acerca de Sammael y su relación con él. He estado pensándolo mucho, y creo que debería saberlo para estar prevenida.

—Creo que es lo mejor dadas las circunstancias, y también la preparará para el momento de decirle quiénes somos todos nosotros.

Cuando esa noche Nahuel se acercó a casa de Leah, aún no sabía cómo iba a explicárselo todo. Esperaba que no lo odiase por lo que le iba a decir. Esperaba que no lo odiase por lo que él era.

En cuanto abrió la puerta y vio la cara de Nahuel, Leah supo que algo ocurría. Él se acercó despacio, la besó suavemente en los labios y la abrazó soltando un suspiro. Se quedaron así largo rato.

—Nahuel, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Ven, vamos a sentarnos, tenemos que hablar.

—Nahuel, me estás asustando. Cuéntame ya qué pasa.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos?

—¿Cómo olvidarlo? Fue la primera vez que chocamos y me acompañaste a casa.

—Cuando te vi te pregunté que si habías sido tu quien había gritado, ¿te acuerdas?

—Sí, pero...

—Leah... Sé que lo que te voy a contar va a sonar increíble, pero tienes que creerme. Existe una especie de demonio, llamado Sammael, que mata a mujeres jóvenes. Lo hace de noche.

—Déjate de bromas, Nahuel.

—No es ninguna broma, cariño. Sammael existe, es completamente real. Roba la esencia vital de las mujeres que secuestra, y tú eres su principal víctima. Te quiere para dejarte embarazada y perpetuar su especie.

Al mirarle a los ojos supo que todo lo que le estaba contando era cierto. ¿Un demonio? ¿Existían esas cosas y la querían a ella?

—¿Por... por qué yo? —Nahuel le volvió la muñeca y pasó el pulgar por su marca de nacimiento.

—Esta marca te identifica como la única capaz de engendrar un hijo suyo y conservarlo hasta que nazca. Si te atrapa... ¡Dios, cariño! No quiero ni pensar en lo que ocurriría si te llegase a atrapar.

Leah no dijo nada, estaba en estado de shock. De todas las mujeres sobre la faz de la tierra, ¿por qué tenía que ser ella? ¿Estaba empezando a vivir! ¿Por qué el destino tenía que ser tan cruel?

Dos grandes lágrimas rodaron por sus mejillas. Nahuel se acercó a ella y atrayéndola a su regazo la abrazó con fuerza, borrándole el llanto a besos.

—¡Ey, cariño, no llores! No voy a permitir que te ocurra nada malo.

—¿Y cómo, Nahuel? ¡Es un demonio, por amor de Dios! ¿Crees que eres

capaz de detenerle? ¿Te crees Superman?

—Confía en mí. Si te lo he contado es solo para que entiendas las decisiones que he tomado para poder protegerte.

—¿Qué decisiones?

—Voy a mudarme ahora mismo a vivir aquí contigo. Dormiré en el sofá si es lo que quieres, pero voy a convertirme en tu sombra. De ahora en adelante no saldrás de esta casa sin que mi hermano, mis primos o yo te acompañemos. Pondremos cámaras de vigilancia por toda la casa, y si yo tengo que salir, quiero que o bien vengas conmigo o bien que entres en el castillo. No quiero que estés sola en los jardines.

—Cautiva como una delincuente —sentenció con una sonrisa triste.

—Es la única solución para mantenerte a salvo hasta que acabemos con él, cariño —contestó el atrapando su cara entre las manos.

—¿Acabemos? ¿Quiénes?

—Cuando nos conocimos me preguntaste que si era policía y yo te contesté que algo así. Formo parte de un grupo especial destinado a terminar con Sammael.

—Pero es un demonio... ¿Cómo?

—No te preocupes por eso ahora. Lo único que tienes que hacer es descansar. No tengas miedo, no permitiré que te haga daño.

Nahuel no podía dormir, aunque Leah hacía rato que había conseguido conciliar el sueño. Al final había tenido que dormir con ella en la cama, estaba demasiado asustada para poder hacerlo sola. Nahuel había tenido que despertarla varias veces durante la noche por las pesadillas, y ella siempre se agarraba a su pecho como si le fuera la vida en ello.

La luz de la luna se filtraba por las cortinas e iluminaban el rostro níveo de la muchacha. Se dio la vuelta para mirarla. Su Leah, un ángel que había aparecido en su vida para alejarle de las garras de la soledad. Le acarició suavemente la mejilla antes de besarla suavemente en los labios.

Ahora que ella sabía el peligro que corría todo sería mucho más fácil. Y que hubiese insistido en que durmiese con ella era una bendición para Nahuel. Tenerla cerca apaciguaba su alma, tranquilizaba al tigre. Si algo le ocurriese, Nahuel enloquecería. Nunca permitiría que Sammael le hiciese daño. Nunca.

Capítulo 9

Hacía ya una semana que Aileana conocía la existencia de Sammael y su conexión con ella. Nahuel había dejado su trabajo en la empresa familiar en manos de Gabriel para ocuparse por entero de su protección, y la verdad es que ella lo agradecía. Siempre estaba pendiente de sus necesidades, de animarla cuando se venía abajo. Siempre estaba cerca de ella. Menos ese día.

Leah sabía que había en el castillo una joven. Había sido atacada por el demonio y estaba siendo atendida. Esa mañana Adriel le había comunicado a Nahuel que la chica había despertado, y fue a toda prisa a verla. Leah suponía que era para interrogarla, así que no le dio la mayor importancia.

Estaba sentada en un banco del jardín leyendo con Adriel a pocos pasos de ella, y entonces lo vio. Nahuel tenía a la chica abrazada mientras paseaban juntos a unos pocos metros de ella. Y un sentimiento que nunca antes había experimentado empezó a roerle las entrañas. Estaba muy, pero que muy celosa. Jamás había sentido tales ganas de acercarse a alguien para arrancarle los pelos de cuajo.

En un arrebato de ira, cerró el libro que tenía en las manos y entró en su casa dando un portazo.

--- ---

Nahuel estaba a punto de perder la paciencia. La chica a quien Sammael había atacado el día de su accidente estaba débil, pero no para coquetear con él. Había insistido en que la llevara a caminar por los jardines mientras le contaba lo que había sucedido el día de los hechos, pero llevaba ya media hora con ella y aún no había dicho nada relevante.

No podía evitar preocuparse por Leah. Aunque estaba con Adriel, no podía estar tranquilo si no la tenía a la vista. Por las noches dormía junto a ella, pero no había hecho intento de tocarla... ni ella tampoco. Los problemas que llevaba sobre sus hombros no le permitían pensar en él ni en su compañera, y suponía que la noticia de ser la concubina de un demonio tampoco dejaba a Leah con ánimos de pensar en él como en algo más que en su protector.

En ese momento Leah apareció en su campo de visión. Estaba sentada en un banco al sol leyendo un libro. ¡Qué guapa era! Su pelo rojo ondeaba al compás de

la brisa, y el brillo de sus ojos le hacía ver que estaba relajada y feliz. Y entonces levantó la vista y lo vio... y su mirada se oscureció. Podría haber destruido Escocia entera con esa mirada. Sintió un escalofrío cuando ella cerró el libro de un golpe y se marchó.

Adriel salió a toda prisa detrás de Leah, pero su primo se lo impidió.

—Déjalo, Adri. Ya voy yo. Quédate con la muchacha —dijo aprovechando para desasirse de su abrazo.

—¡No sé qué ha pasado, primo! De repente se levantó y se fue, y no me dio tiempo a alcanzarla.

—Yo me ocupo. Lleva a la mujer a su habitación.

—Entendido.

Nahuel tenía una leve idea de lo que había pasado, y sonrió satisfecho. La reacción de Leah al verle con otra mujer significaba que sentía algo por él, y pensaba sacar partido de la situación. Lo único que lamentaba es que ella hubiese pasado un mal rato. Intentó abrir la puerta de la casa, pero estaba cerrada por dentro.

—¿Leah? Vamos, ábreme la puerta, cariño.

—¡No me da la gana! ¡Y no me llames cariño!

—Leah, ¿qué es lo que te pasa?

—¡Déjame en paz!

—¡Si no abres la maldita puerta no podré saber qué demonios te pasa!

—Deja a los demonios en paz, Nahuel Bruce. Bastante tengo con que uno de ellos me persiga.

—Venga, preciosa. Ábreme.

—He dicho que no quiero.

—Muy bien... si no entro por las buenas, entraré por las malas.

—¡No te atrevas, o no volveré a hablarte en mi vida!

Nahuel estaba aguantando la risa apoyado en el quicio de la puerta del salón. Mientras ella discutía a través de la puerta, él había entrado por la ventana, y estaba disfrutando enormemente de las vistas. Con los brazos en jarras, Leah le gritaba a la puerta como si realmente fuese él quien estuviese delante.

Antes de que ella pudiese siquiera respirar, Nahuel la sujeto con fuerza por detrás, inmovilizándola.

—Y ahora, mi pequeña tigresa, me vas a explicar a qué viene este enfado. Esta mañana me has despedido con una sonrisa, y cuando me has visto en el jardín me has echado una mirada que habría matado a un ejército entero.

—A mí no me pasa nada. ¿Dónde has dejado a tu amiguita?

—Mi amiguita, como tú la llamas, estará ahora mismo descansando en su habitación.

—¿No vas a ir a hacerle compañía?

—Estás celosa, ¿verdad, cielo? —preguntó aprisionándola contra la pared.

—¡Yo no estoy celosa de nadie!

—¿Ah, no? ¿Y por qué estás enfadada conmigo? ¿Y por qué me hablas como si lo estuvieses?

—¡No digas bobadas! Puedes hacer con tu vida lo que quieras, eres libre de pasear con tu novia por donde te apetezca.

—¿Mi novia? ¿De dónde te has sacado esa gilipollez? ¡Ni siquiera me gusta!

—No me tienes que dar explicaciones, es tu vida y puedes hacer con ella lo que te dé la gana.

—Pero yo quiero dártelas, cariño —dijo acercando su cara a menos de un suspiro de la de la joven—. Es la mujer que Sammael atacó la noche que me hirió, y solo quería saber qué recordaba.

—¿Ah, sí? —La valentía la había abandonado por completo, ahora se sentía como una tonta.

—Sí —Le rozó apenas los labios con los suyos—. A mí la única mujer que me interesa en el mundo eres tú.

A Leah no le dio tiempo de responder. Nahuel saqueó su boca como si le fuese la vida en ello.

El beso se convirtió en una lucha de voluntades que no estaba dispuesto a perder. Apretó a la muchacha contra sí como si pretendiese fundirse con ella, y cuando la voluntad de Leah se desmoronó se separó despacio, pero sin soltarla.

—Dime por qué estabas enfadada conmigo.

—Ya sabes por qué. Lo sabías cuando has venido a buscarme —reconoció.

—Pero quiero que me lo digas tú.

—No me ha gustado verte abrazar a otra mujer.

—¿Me crees si te digo que no siento nada por ella? ¿Que incluso estaba un poco cansado de ella?

—No lo sé ... nunca me había sentido así, y no me gusta nada.

—Cariño, soy el cabeza de familia y como tal mi deber es ocuparme de la gente que está bajo mi techo. No será la primera ni la última vez que cosas como esta ocurran, pero yo solo tengo ojos para ti. No quiero que tengas celos de nadie, porque no tienes por qué.

—Ahora me siento como una tonta —dijo abochornada.

—Pues yo me siento muy satisfecho. Tengo que irme, mi padre me espera ¿Dejarás la puerta abierta para que entre esta noche o tendré que colarme de nuevo por una ventada?

—Si es que la encuentras abierta...

—Leah...

—No —sonrió—, te dejaré la puerta abierta.

—Muy bien —La besó suavemente en los labios—. Hasta la noche.

Eliana se sentía como una tonta. Debería haber pensado que Nahuel solo cumplía con su deber, pero verlo con esa mujer hizo que sintiera fuego en las entrañas.

Nahuel se había convertido en una parte muy importante de su vida, y no podía soportar verle con otra mujer.

Decidió hacerle una cena especial para compensarle por el mal rato que le había hecho pasar. Salió al jardín en busca de alguien que la acompañase al supermercado, pero no encontró a nadie, así que decidió ir sola a comprar las cosas necesarias. No iba a tener la mala suerte de que el demonio la abordase en la cola de la carnicería, ¿verdad? Cogió las llaves de su coche y se dirigió a la ciudad, metiéndose de cabeza en las fauces del lobo.

--- ---

Nahuel subió de nuevo a los aposentos de Tayra, la mujer atacada por Sammael. Adriel se encontraba con ella, tal y como él había ordenado. La verdad es que estaba muy orgulloso de sus primos y su hermano, eran los mejores Weretigers que habían existido nunca. Siempre había habido una oveja negra en la familia que se pasara al bando de Sammael, pero en esta ocasión todos le eran fieles a él, quizás porque eran todos familia, o quizás porque había conseguido convertirse en un buen monarca con la ayuda de su padre. Cuando Adriel le vio, se acercó con cara de alivio.

—Menos mal que apareces, tío. Estoy un poco harto de ella. ¡Nada más que habla de ti y de lo guapo que eres! Voy a terminar por aborrecerte —bromeó—. ¿Qué tal todo con Leah?

—Está todo arreglado, ha sido solo un malentendido.

—Así que ha tenido un ataque de celos al verte con Tayra —dijo con una carcajada—. Es toda una leona, va a ponerte de rodillas.

—Digna reina de los Weretigers, ¿no?

—¡Y que lo digas! —contestó su primo— Me voy a seguir la ronda por los jardines. Hasta luego.

—Adiós.

En cuanto Nahuel entró en la habitación, los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. “Menuda actriz está hecha” pensó.

—Bueno, Tayra, estás completamente recuperada, así que si no tienes nada más que añadir respecto del ataque le diré a mi primo que te lleve a casa.

—¿No me vas a llevar tú? ¿Y si me vuelven a atacar?

—Te va a acompañar es un miembro de confianza de mi casa, no tienes de qué preocuparte. Gracias por la ayuda que nos has prestado. No es mucho, pero toda ayuda es bienvenida.

— ¿Eso es todo?

— Si no tienes más que añadir...

— ¿Y qué hay de nosotros?

— ¿Nosotros? No existe un nosotros, Tayra. Yo estoy enamorado de otra mujer.

— La del jardín, ¿no? ¿Cómo puedes estar enamorado de esa...

— ¡No te consiento que le faltes el respeto a mi mujer! Comprendo que estés despechada, pero eso no te da derecho a insultar a nadie, así que en cuanto te vistas te llevarán a tu casa, y no quiero verte más por aquí.

Dicho esto, Nahuel se dio la vuelta y salió de la habitación, dirigiéndose con paso decidido al despacho de su padre.

— ¿Estás ocupado, papá?

— Para ti nunca estoy demasiado ocupado —dijo apartando a un lado los papeles que estaba revisando— ¿Se ha marchado ya la chica a la que atacó Sammael?

— En breve alguien se la llevará de aquí por fin, no me está causando nada más que problemas.

— ¿Qué ha ocurrido?

— Por su culpa he discutido con Leah.

— ¿Con Leah? ¿Por qué?

— Lleva todo el día insinuándose, y Leah la ha visto hacerlo. Me ha costado horrores convencerla de que Tayra no significa nada para mí.

— Así que se ha puesto celosa... eso es buena señal.

— Sí, claro que es buena señal, pero no me gusta discutir con ella. Cambiando de tema. ¿Por qué no me habías dicho que el instinto de protección hacia tu compañera es tan fuerte? Cuando Tayra ha intentado insultar a Leah me ha faltado muy poco para destrozarla allí mismo.

— Lo siento, Nahuel, nunca os hablé de ello porque entre la guerra con Sammael y el negocio familiar no encontré el momento adecuado. ¿Hay algo más que necesites saber?

— Papá, las dudas se centran en temas que no pienso discutir contigo —dijo sonriendo—, pero gracias por el ofrecimiento.

— Tu compañera es como una parte de ti mismo, y por defenderla darías la vida. No puedes controlar el instinto de convertirte cuando algo o alguien intentan dañarla. Son muchos años de experiencia los que te hacen poder controlarlo, o un entrenamiento como el que os he inculcado a vosotros. Cuando estás cerca de ella sientes un deseo de poseerla digno de un felino salvaje, y hacerle el amor es mejor que cualquier experiencia que hayas experimentado nunca. Si existe el Edén, se queda en nada comparado con eso.

— ¿En serio?

—¿Por qué crees que tu madre y yo nos encerramos tantas veces en el despacho?

—¿Y para ella será igual?

—Es igual para los dos. El día que decidas avanzar un paso y acostarte con ella, tiene que saberlo todo de ti, es muy importante que lo sepa.

—¿Por qué?

—Porque hay momentos en los que tu yo humano y tu yo felino se mezclarán, y puedes matarla de un infarto.

—¡Eso deberías habérmelo contado antes, papá! ¿Qué hubiese pasado si ya me hubiese acostado con ella?

—Te conozco, Nahuel. Sé que aún no lo has intentado siquiera.

—Deberías hablar de todo esto con Gaby, papá. Ahora. Él no es como yo, y apuesto que en cuanto conozca a su compañera se la llevará a la cama.

—En cuanto le vea se lo contaré, te lo prometo.

En ese mismo momento, Gabriel entró corriendo en el despacho. En cuanto Nahuel vio la cara de desesperación de su hermano supo que algo iba mal, muy mal.

—Leah ha desaparecido —dijo Gaby entre jadeos.

Nahuel se convirtió en tigre de inmediato y lanzó un rugido de alerta. Todos los Weretigers llegaron corriendo en el acto hasta donde se encontraban.

—¡Leah ha desaparecido! ¡Todos a buscarla! —rugió— No quiero veros a ninguno hasta que no la tenga aquí sana y salva.

Corrió por las calles de Edimburgo como alma que lleva el diablo.

No hubo un solo rincón en el que no buscara. Le dio igual que le vieses, que le atrapasen. Tenía los cinco sentidos en encontrarla.

¿Qué le pasaba a esa dichosa mujer? Sabía que Sammael la quería a ella, sabía que si la encontraba estaba muerta. ¿Por qué habría salido? ¿Acaso no le había creído y había huido de él? Llegó a la esquina del supermercado, y la vio por el cristal del escaparate. Suspiró aliviado, pero el suspiro se le quedó atascado en la garganta al ver al hombre que estaba junto a ella. El rugido de guerra del rey resonó en todas las calles de la ciudad, y todos los Weretigers acudieron a la llamada.

Capítulo 10

Leah había pensado prepararle a Nahuel un plato de salmón, y ya solo le quedaba comprar el pescado. Se dirigió a la pescadería cuando un hombre chocó con ella y le hizo tirar todo lo que llevaba en los brazos. Al levantar la vista, un escalofrío le subió por la espina dorsal. Esos ojos... esos ojos le resultaron muy familiares. El hombre de la discoteca. El viento helado. Sammael.

El miedo le paralizó las piernas, pero el instinto de supervivencia tomó el mando, y se comportó como si no supiese de quién se trataba.

—Disculpa, querida, no te vi —dijo el demonio con un susurro que le puso la piel de gallina.

—No pasa nada, no se preocupe.

—Te ayudo a recogerlo todo.

—No hace falta, puedo sola.

—Insisto, no todos los días se me da la oportunidad de ayudar a una mujer preciosa como tú. Por cierto, soy Seth Cameron.

—Hola —Leah estaba desesperada por salir corriendo de allí.

—¿No me dices tu nombre, cielo?

—No hablo con desconocidos, disculpe.

—No seas descortés, preciosa —Le cogió la mano y le dio un beso en la muñeca—. Dime cómo te llamas.

El rugido de Nahuel le hizo congelarse. ¡Maldito fuera! En su forma humana Sammael tenía todas las de perder, y por desgracia solo podía convertirse en demonio de noche. ¡Malditos fueran todos y cada uno de esos gatos! En ese momento apareció Nahuel en su forma humana, cogió a la chica y la atrajo hacia sí.

—Leah, cariño, ¿te encuentras bien? —Leah se abrazó con fuerza al pecho de su chico.

—Sí, estoy perfectamente. Vayámonos a casa, por favor.

Sammael los vio alejarse por la calle. Vaya, vaya, vaya... La cosa se ponía interesante. De entre todas las mujeres de Edimburgo, el recipiente necesario para reproducirse no era otra que la compañera de su mayor enemigo. Cuando amenazó a Nahuel con capturar a su compañera ni por un momento imaginó que fuese la misma mujer que él necesitaba para llevar a cabo su plan. El conseguirla era todo un reto que él estaba más que dispuesto a aceptar. Mataría a dos pájaros

de un tiro: su perpetuidad y la venganza.

--- ---

Nahuel no pronunció palabra hasta que llegaron a la casa, y apretaba la mandíbula con furia contenida. No podía reprochárselo, había sido una imprudente y ahora Sammael sabía dónde encontrarla.

¡Dios, qué miedo había pasado! Cuando vio aparecer a Nahuel seguido de todos sus primos sintió tal alivio que casi se le doblan las rodillas.

Había estado muy cerca de la muerte y lo sabía. Jamás volvería a salir de la casa sin escolta.

--- ---

Nahuel no se había atrevido a hablar en todo el trayecto de vuelta a casa, porque tenía miedo de perder el control y convertirse delante de ella. Ahora Sammael lo sabía todo. Ya no había más forma de defenderla que teniéndola encerrada en el castillo. Había estado a punto de perderla. Gracias al cielo que ella había sido prudente. De no haber sido así ahora estaría muerta. Llegaron a la casa que ya compartían y subió a darse una ducha fría para calmar sus nervios.

--- ---

Cuando Nahuel subió al piso de arriba, Leah se metió en la ducha del piso de abajo y se frotó la piel como si le fuera la vida en ello. Estaba asqueada. No podía concebir que un hombre tan guapo fuese una bestia de tal calibre. Ahora entendía que las mujeres se dejasen atrapar por él, y ahora sabía quién era. La noche de verano en la discoteca, ahí fue la primera vez que le vio. Si no llega a ser porque estaba harta de los hombres habría sucumbido y ahora estaría muerta. La recorrió un escalofrío y se echó a llorar.

--- ---

Nahuel bajó las escaleras mucho más calmado. Tenía que explicarle a Leah quién era el hombre que estaba con ella en el supermercado, y ella tenía que explicarle muchas cosas. Aún no entendía la reacción de ella cuando lo vio. Parecía asustada, como si supiera quién era Sammael.

Aún no había llegado al último peldaño y la escuchó llorar en el baño. Cuando entró, la vio encogida en el suelo de la ducha con el agua cayéndole por el cuerpo. La levantó de allí, la envolvió en una toalla y la cogió en brazos. Se sentó

con ella en el sofá y la abrazó hasta que dejó de llorar.

—Era él, ¿verdad? —susurró ella.

—Sí, era él. No debiste salir sola de casa, Leah, me has dado un susto de muerte.

—Lo siento mucho, de verdad, pero quería prepararte algo especial y no encontré a nadie que me acompañara. Creí que solo salía de noche —sollozó—, creí que estaría a salvo.

—Shh, tranquila, ahora estás a salvo.

La meció suavemente entre sus brazos hasta que Leah se tranquilizó. Cuando la tormenta amainó, le levantó suavemente la barbilla para que le mirase a los ojos.

—Aunque solo puede mostrar su verdadera forma de noche, puede atraparte en cualquier momento, debes tener cuidado. ¿Cómo has sabido que era él, Leah?

—No es la primera vez que le veo.

—¿Cómo que no es la primera vez que le ves?

—Este verano me encontró. Estaba en una discoteca y me dijo que era suya, a lo que le contesté de malas formas y me alejé. Pero esa noche entró en mi habitación y me tocó. Entonces creí que era un sueño, pero ahora...

—¿Qué te hizo, cariño? —Nahuel a duras penas contenía las ganas de destrozar a Sammael.

—No me hizo daño, solo me acarició el pelo y me besó. Pero al darme cuenta de que fue real me he sentido tan ultrajada como si me hubiera violado. No puedo soportarlo, me da asco.

—Tranquilízate, mi vida. No te hará nada malo, te lo prometo. Pero no puedes salir de casa. Ya sabe quién eres.

—Lo sé, pero ¿Cómo piensas defenderme de un demonio, Nahuel? Eres tan solo un humano.

—Ven conmigo —dijo levantándose—. Hay algo más que debo mostrarte.

—Pero Nahuel...

—Vamos, Leah.

Nahuel guió a Leah por estrechos pasadizos hasta llegar a una puerta blindada. Tras ella se encontraba el cuartel general. A la derecha un sinfín de armas adornaban las paredes, y a la izquierda tres ordenadores inmensos descansaban sobre un escritorio de caoba. En el fondo, alrededor de una gran mesa rectangular, estaban reunidos todos los primos de Nahuel y también sus padres. En cuanto entraron, Yvaine se acercó a ella y la abrazó con gesto maternal para sentarla en el sillón que presidía la mesa.

—Aileana se ha topado hoy con Sammael —comenzó Nahuel—, así que ya sabe quién es ella. Y no solo eso, en verano se acercó por primera vez a Leah en dos

de sus formas. Lo que no logro comprender es por qué sigue viva después de eso.

Un murmullo general se extendió por toda la habitación. A una señal de Blake, el murmullo se extinguió.

—Leah necesita saber cómo la defenderemos del demonio —continuó Nahuel—. Necesita saber quiénes somos.

—¿Estás seguro? —preguntó su padre.

—Lo estoy, papá. No hay otra manera.

—Sabes que aún no está preparada —protestó su madre.

—¿Y cómo demonios la defenderemos, mamá? —dijo él— ¿Escondiendo lo que somos?

—Está bien, Majestad —dijo Blake con intención.

—¿Majestad? —dijo Leah— ¿Cómo que majestad? ¿Y qué es eso de lo que me tengo que enterar? ¡Nahuel, dímelo ya! Sea lo que sea no puede ser peor que ser perseguida por un demonio horrible que me quiere preñar para luego matarme.

—¿Recuerdas al Tigre que merodea a menudo por los jardines, cariño?— dijo Nahuel agarrándola de las manos.

—Sí —sonrió—, nos hemos hecho muy amigos.

—En realidad no os habéis hecho amigos. Ya erais amigos antes de vuestro primer encuentro, de hecho.

—¿Cómo? No entiendo...

—Verás, Leah, es que ese tigre... Ese tigre soy yo.

—¡Vamos Nahuel, no estoy para chistes ni historias! Dime de una vez qué ocurre.

—Mamá, ten cuidado por si se desmaya —dijo el aludido separándose de ella.

—Muy bien.

Nahuel empezó su transformación sin apartar sus ojos de los de Leah. Sus manos se convirtieron en grandes garras, su espalda se curvó, los rasgos de su cara se afilaron, su cuerpo se cubrió de pelo atigrado. En su boca empezaron a crecer colmillos, sus ojos se volvieron más grandes, su pupila se contrajo. De la base de su espalda comenzó a salir una larga cola. Cuando la transformación se completó, un rugido fiero escapó de su garganta.

Aileana no podía moverse, su cuerpo no le respondía. De no ser porque estaba sentada se habría caído redonda al suelo.

Yvaine la agarraba de los hombros con gesto protector y tranquilizador a la vez, como si ella supiese lo que la joven estaba sintiendo en ese momento. De pronto, en respuesta de una mirada del tigre de bengala, todos y cada uno de los presentes fueron transformándose en felinos salvajes de todo tipo. Yvaine le acercó entonces un vaso de agua que ella bebió con avidez.

—Tranquila, cariño —dijo Yvaine—. Sé que la primera impresión puede dejarte sin sentido, pero si te calmas podremos explicártelo todo.

¿Explicarle? ¡Estaba sumida en una pesadilla atroz! Su mundo se desmoronaba por momentos, todo lo que había creído una vez se perdió en el hecho que acababa de conocer.

—Yo... necesito salir de aquí —susurró.

Nahuel intentó acercarse, pero le detuvo un gesto de su madre.

—Te acompañaré a casa, cielo —contestó la mujer.

Aileana no protestó, estaba demasiado conmocionada como para protestar. Yvaine la condujo lentamente por los jardines hasta la casa, y le preparó una tila antes de sentarse a su lado.

—Leah, ¿estás bien?

—¡No lo sé! Necesito digerir todo esto. ¡Dios! sois como hombres lobo, ¿no es cierto?

—Ellos son Weretigers, un tipo de cambiantes.

—¿Un tipo? ¿Hay más?

—Hay varios tipos, Leah. Entre ellos los licántropos.

—¿Y tú? ¿En qué te conviertes tú?

—Yo soy humana, cielo —cogió las manos de la joven entre las suyas y la miró con ternura—. No los juzgues por su apariencia, Leah, ellos no eligieron ser lo que son.

—Pero es que todo esto es tan... irreal.

—Creo que si te cuento su historia podrás entenderles un poco mejor. El primer Weretiger fue maldecido por una bruja, y desde entonces todos sus descendientes sufren la maldición. Todos y cada uno de ellos se ha dedicado a hacer el bien, Leah, nunca le han hecho daño a nadie que no lo mereciera. Y las últimas generaciones han dedicado su esfuerzo a vencer a Sammael.

—¿Y por qué Blake ha llamado a Nahuel majestad?

—Porque mi hijo es el rey, el jefe de la manada. Y antes que él lo fue mi marido.

Rey... estaba enamorada de un ser sobrenatural que gobernaba sobre los de su especie. ¡Esto era surrealista!

—¿Es difícil convivir con ellos?

—¡Oh, sí! Mucho, pero no por su naturaleza. Mis tres hombres son cabezotas como ellos solos, y siempre quieren llevar la razón, y el rango que ocupan entre los de su especie no ayuda mucho. Aunque entre tú y yo, en esta casa la que manda soy yo.

—¿Por qué no se convertían? ¿Porque estoy aquí?

—¡No, no querida! Ellos son humanos en su mayor parte. Humanos con un poder especial y maravilloso. Tienen que darse unas condiciones específicas para

poder transformarse, pues si lo hacen como en el despacho quedan exhaustos.

—¿Por eso Nahuel no ha venido tras de mí?

—Nahuel no ha venido porque yo se lo he impedido. Sé que necesitas tiempo para asimilar todo esto, pero si es cierto que ahora mismo todos deben estar durmiendo.

—Yvaine, si me disculpas creo que me voy a la cama. Todo esto me ha dejado exhausta, y necesito pensar a solas.

—Lo entiendo, cielo. Yo también pasé por lo mismo. Ven a verme siempre que lo necesites, cuando estés preparada te contaré mi experiencia.

—Gracias por todo, de verdad.

—De nada. Y ahora sube a descansar.

Nahuel se movía por el despacho igual que un tigre enjaulado. Hacía apenas unos minutos que se había despertado. Hubiese esperado ira, rechazo e incluso miedo, pero de la reacción de Leah no sabía qué pensar. Ella era fuerte y podría asimilarlo bien, ¿pero eso dónde le dejaría a él como hombre? ¿Tenía posibilidades de conquistar su corazón? Quizás ya la había perdido para siempre.

Yvaine entró en ese momento y le sonrió tranquilizadora.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—¿Cómo quieres que esté, mamá? Creo que la he perdido para siempre.

—¿Por qué eres tan alarmista? La muchacha está en estado de shock, espera a que se recupere para hacer juicios sobre sus sentimientos.

—¿Es que no viste su cara?

—¿Tengo que recordarte que yo estuve en la misma situación hace tiempo? ¡Solo está conmocionada, nada más! Dale tiempo para que lo asimile, verás como todo sale bien. No te precipites.

—¿Y qué hago mientras tanto? ¿Volverme loco?

—Déjale espacio. No estés tan pendiente de ella, deja que sea ella quien se acerque a ti de nuevo. Eso siempre funciona.

Capítulo 11

Amaneció un lunes lluvioso. ¡Lo que faltaba! Hacía más de dos semanas que sabía quién era realmente Nahuel, y él no se había dignado a visitarla ni una sola vez. ¿Pero qué se creía ese estúpido arrogante? Que ella hubiese salido a toda prisa de la habitación no significaba que les tuviese miedo. De hecho, ya había hablado con todos los demás y les había explicado su reacción de aquel día. Pero a Nahuel no le había visto desde entonces ni de lejos. Ahora era Gabriel quien se ocupaba de su protección, y cada vez que había solicitado hablar con él le habían dicho que estaba ocupado.

Ese día no podría salir a pasear por los jardines. Tocaba aburrirse sola en casa. Gabriel había ido a su despacho en el hotel porque había ocurrido algo serio, y si no era allí donde estaba Nahuel... ¿Dónde demonios se escondía? ¡Ni siquiera Blake le decía nada acerca del paradero de su hijo! Ahora que no había secretos entre ellos y podían tener una relación, el estúpido no se acercaba a ella.

¡Gracias a Dios que estaba Yvaine! Pasaba la mayor parte del tiempo con ella, pero hoy tampoco se encontraba en la casa porque había ido a visitar a su hermana.

Dispuesta a no compadecerse ni un minuto más, se dirigió a la gran biblioteca familiar. Un buen libro frente a la chimenea acompañado de una gran taza de chocolate caliente la animarían. Llevaba todo el día encerrada en su casa y se iba a volver loca.

La biblioteca de los Bruce era el sueño de cualquier adicto a la lectura. Estantes que cubrían cada centímetro de pared estaban inundados de todo tipo de libros, la gran chimenea blanca coronada con el escudo real escocés la transportaban a la época medieval, y los dos sillones mullidos que completaban el conjunto eran los más cómodos que Leah había visto en su vida.

Bajó a la cocina a por una taza de chocolate, subió a elegir un libro y se sentó tranquilamente frente al fuego. El calor del chocolate colándose por su garganta la reconfortó. Las llamas de la chimenea la hechizaron casi sin darse cuenta, y antes de que pudiese percatarse del movimiento que se producía en el otro lado de la sala se quedó profundamente dormida.

--- ---

Nahuel llevaba cerca de dos semanas evitando a Leah, y le estaba costando la vida hacerlo. Había decidido darle tiempo, dejarle espacio, pero su paciencia estaba agotándose. Necesitaba tenerla cerca y poder tocarla, abrazarla, besarla. ¡Y qué demonios! También necesitaba hacerle el amor. Se pasaba las noches en vela fantaseando con estar enterrado entre sus muslos, con las miles de cosas que quería experimentar con ella, con cada centímetro de su piel. Más de una noche había tenido que salir a correr para quemar adrenalina y no terminar frustrado y dolorido.

Había puesto a Leah bajo el cuidado de Gaby, y él se había estado escondiendo como un cobarde. La realidad era que tenía miedo. Sabía que Leah se había tomado muy bien su naturaleza animal, la había visto muchas veces divertirse con los demás convertidos en animales, Pero lo que él quería era distinto. Él no se conformaba con una relación cordial, quería mucho más, y no sabía si estaba preparado para escuchar una negativa de los labios de su compañera.

Esa mañana lluviosa decidió trabajar en la biblioteca. La chimenea ayudaba a pasar mejor un día encerrado en casa. Se sentó en el gran escritorio con un montón de papeles que debía revisar, y en ese momento entró la causante de su desasosiego. Leah... hasta pronunciar su nombre le sabía a ambrosía. La vio subirse a una escalera a coger un libro. Al levantar los brazos el vestido que llevaba se levantó y pudo vislumbrar el encaje de sus braguitas. A Nahuel se le hizo la boca agua y se puso duro como una piedra.

La muchacha se sentó en el sillón a leer, no le había visto, y él se dedicó a alimentarse de su visión. Podía pasarse horas así, tan solo mirándola. Leah bajó poco a poco la cabeza hasta el brazo del sofá, subió los pies y cerró los ojos, profundamente dormida.

Nahuel se levantó sigilosamente y se acercó a ella. ¡Dios, qué guapa era! Acarició suavemente su cara con la punta de los dedos, a lo que ella respondió con un ronroneo. Nahuel sonrió, parecía una gatita traviesa dormida. La cogió en brazos para llevarla a su dormitorio, pero lo pensó mejor. Estaba lloviendo, y no podrían salir de la casa sin mojarse, así que se dirigió a su habitación actual, una de las muchas habitaciones de invitados que poseía el castillo.

Había sido imposible vivir con Gabriel. Su hermano era el ser más desordenado del planeta, y él adoraba el control, así que era raro el día que no terminaban discutiendo.

Cuando la soltó en la cama, ella abrió levemente los ojos, y sonrió al verle.

—Nahuel... Te echaba de menos.

—Duérmete, cariño.

—No has venido a verme ni una sola vez —le reprochó la joven.

—He estado muy ocupado, lo siento.

—¿Ya no me quieres?

—Leah, duérmete.

—Acuéstate conmigo. Te necesito.

Nahuel suspiró derrotado, porque él también la necesitaba. En cuanto se metió bajo las sábanas, Leah se abrazó a él y suspiró. Sabía que estaba medio dormida, así que no le hizo mucho caso a la conversación que acababan de tener.

Sonrió. ¿Que no la quería? ¡No podía vivir sin ella! Cada minuto que pasaban alejados le parecía un infierno. Se moría de ganas de formar una familia con ella, de envejecer junto a ella, pero aún era demasiado pronto para decírselo. O al menos eso creía él. Suspiró, la abrazó con fuerza y se quedó profundamente dormido.

--- ---

Un estruendo sacó a Aileana de su sueño. Un trueno. Abrió lentamente los ojos y allí estaba él, imponente aún cuando dormía, pero sus rasgos dulcificados a causa del sueño.

Se recostó en el cabecero de la cama a contemplarle. ¡Dios, lo amaba! ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ese momento? Su naturaleza no le afectaban lo más mínimo, porque le había demostrado que era un hombre bueno y amable. Se acercó muy despacio y rozó suavemente los labios del hombre con los suyos.

--- ---

A Nahuel le despertó el roce de la sábana en los labios. No, la sentía a la altura de su cintura. Abrió los ojos despacio y se encontró con los ojos que todas las noches inundaban sus sueños. Alargó la mano, cogió a su amada por la nuca y acercó salvajemente su boca a la de la joven.

El deseo se desató como un caballo desbocado. De un solo movimiento se recostó sobre ella, saqueando su boca como si estuviese sediento y ella fuera el único oasis en mitad del desierto. Cuando Leah lo rodeó con sus brazos para atraerlo hacia sí, Nahuel perdió el control por completo.

No podía parar... necesitaba estar dentro de ella, sentirla a su alrededor y oír sus gemidos de placer. ¡Al diablo con todo! La necesitaba... no podía esperar más.

--- ---

Leah no sabía qué había ocurrido. Nahuel estaba casi dormido, y al instante

siguiente se había adueñado de su boca sin tan siquiera darle tiempo para respirar. Su boca sabía a menta y miel, y su cuerpo caliente se ondulaba sobre el de ella haciéndola jadear. Sintió el bulto de su erección en el muslo... y ya no pensó más, simplemente actuó.

Le rodeó el cuello con los brazos en un intento de atraerle hacia sí, y toda la pasión reprimida estalló.

Los brazos de Nahuel se mezclaban con los suyos en la prisa por desnudarse. Por fin le sintió sobre ella, piel con piel, sin nada que los separase. Las manos de Nahuel acariciaban su muslo, sus costillas... Deseaba que continuase, que acariciase sus pechos y le hiciera el amor... pero Nahuel se separó de ella.

--- ---

¿Pero qué demonios estaba haciendo? ¡No podía aprovecharse así de ella! Lo que Leah había empezado como un beso inocente se estaba convirtiendo en pasión desenfrenada, y a eso se añadía su naturaleza... ¡Por supuesto que quería hacerle el amor, pero no así! ¡Aún había cosas que debía contarle! Tenía que contarle que si se entregaba a él sería para toda la vida, una vida mucho más larga y plena de la que estaba destinada a vivir. Debía conocer los pros y los contras de unirse a él, las consecuencias de llevar a sus hijos en su vientre, y el juramento eterno que se dirían en la ceremonia de emparejamiento. La besó suavemente en la frente, luego en los labios, y se levantó, quizás el mayor sacrificio que había hecho en su vida.

La cara de estupefacción de Leah estuvo a punto de conseguir que lo mandara todo a la mierda y le hiciese el amor sin importar las consecuencias.

—Nena, lo siento, no puedo hacer esto. No así.

—¿Qué pasa?

—Nada, es solo que... ¡Dios, Leah! No es el momento. Aún no.

—Entiendo —contestó apartando la mirada.

—Cariño, ya sabes que te quiero, pero las cosas no pueden precipitarse. Tenemos que centrarnos en Sammael, y hay muchas cosas que debes saber antes de dar este paso.

—¿Qué cosas?

—Aún estás asimilando todo esto, no creo que...

—¡Maldita sea, Nahuel! ¡Puede que seas el rey de los Weretigers, pero eso no tiene nada que ver conmigo! Yo elijo lo que me conviene y lo que no. Dime qué es eso tan terrible que tengo que saber y déjate de dar rodeos.

—Leah, los Weretigers tenemos una esperanza de vida de trescientos años.

—Trescientos... ¡Por Dios bendito! Y tú... ¿cuántos tienes?

—Cien años.

—Cien... ¡Joder, Nahuel!

—Equivalen a treinta y cuatro años humanos —aclaró él.

—Bueno, yo tengo treinta y dos años, no es una diferencia tan grande.

—Cariño, son casi cien años de diferencia —dijo él sonriendo.

—Para mí son solo dos, no me llesves la contraria. Reconozco que es una información... impactante, pero tampoco como para que no quiera estar contigo.

—No, eso no es lo más importante. Eres mi compañera. Si me acuesto con cualquier otra mujer no hay diferencia con un humano cualquiera, pero si tú y yo hacemos el amor significaría que estamos atados de por vida. No hay marcha atrás.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que tendrás que casarte conmigo, porque el vínculo que existe entre tú y yo es muy especial. Significa que serás la madre de mis hijos, y cuando esto suceda, tu esperanza de vida se alargará irremediamente hasta ser como la nuestra.

—¿Puede ocurrirme algo malo?

—¡No! ¡Claro que no! Piensa que mi condición es fruto de la magia, y esa magia es la que entra en juego. Un cachorro de Weretiger no puede crecer sin su madre, así que...

—¿Hay algo más que deba saber?

—No, ya te lo he contado todo. No habrá más secretos, te lo prometo.

—Nahuel, ¿tú me amas?

—Eso no tiene nada que ver con esto —dijo desviando la mirada.

—¿Me amas?

—Leah —dijo Nahuel tomándola de las manos—, eres mi compañera. No hay nadie a quien pueda amar más que a ti. Si sintieras lo que yo siento cuando te tengo cerca... Mi instinto va a acabar conmigo. No puedo dormir bien, no puedo pensar con claridad... solo quiero estar dentro de ti. Y sí, quizás es una locura, pero desde que chocaste conmigo aquella noche estoy enamorado como un loco de ti.

—Entonces no te vayas. Hazme el amor, Nahuel.

—No sabes lo que me estás pidiendo. No habrá vuelta atrás, Leah. No es una decisión que puedas tomar a la ligera.

—Nahuel Bruce... hazme el amor.

—Cariño...

—Nunca en mi vida he estado más segura de nada. Te quiero, y quiero estar contigo. Todo lo demás no importa.

Nahuel miró en lo más profundo de sus ojos, y la calma se instaló en su corazón. Tantas inseguridades, tantos miedos, no habían servido para nada. Su mujer había aceptado todas las barbaridades que llevaba sobre sus hombros con naturalidad, y le amaba, pues de lo contrario no estaría tan segura de querer pasar el resto de su vida junto a él. No había dudado ni tan siquiera un instante.

Sonrió aliviado y la besó con ternura, enmarcando su cara con ambas manos para tenerla más cerca, demostrando todo lo que sentía por ella.

Y el tigre que llevaba dentro hizo lo que el hombre no se atrevía a hacer. Aprisionó a Leah entre sus brazos y devoró su boca, hambriento y salvaje, lleno de amor y lujuria, un beso de hombre con alma animal. La desnudó sin prisas, deleitándose en cada porción de piel que dejaba al descubierto, recorriendo con su lengua el mismo camino que segundos antes hacía con las manos.

De un solo movimiento la levantó en brazos para llevarla al jacuzzi del cuarto de baño. La besó, la llevó al límite una y otra vez, y cuando la tuvo temblando de deseo, se enterró en ella de una sola estocada. Nada podía compararse a ese momento. Jamás había experimentado tal conexión, tal complementación con otra persona. Abrió los ojos despacio, y se encontró con los de ella mirándole fijamente, con su boca entreabierta, con su respiración entrecortada, y supo que no había sobre la faz de la tierra nada más hermoso que ella en ese preciso instante.

Comenzó a mecerse despacio, y sus sentimientos se entremezclaron con los de ella. Las uñas de Leah se clavaron en su espalda, sus dedos en las caderas de ella. Las investidas aumentaron de ritmo, de fuerza, de intensidad... y el orgasmo los arrasó al unísono, uniendo ambos corazones en un solo latido.

--- ---

Nahuel se despertó lentamente. Sintió a Leah acurrucada a su lado, respiró hondo y sonrió. Tenía mucha suerte, quizás demasiada para su bien.

Su padre les había contado infinidad de veces cómo su madre huyó de él cuando descubrió su naturaleza y todo lo que Blake había tenido que hacer para convencerla de que la amaba.

Su mujer, sin embargo, era toda una guerrera, de eso no había duda. Inteligente, fuerte... digna de él sin ningún tipo de duda. Le acarició la mejilla con ternura. No sabía cómo iba a acabar todo con respecto a Sammael, pero de algo estaba completamente seguro: no iba a permitir que la separase de su lado.

—¿Qué pasa, Nahuel? ¿A qué viene esa cara? —dijo Leah al despertarse y verle con el ceño fruncido.

—No te preocupes, cariño, no es nada. Solo pensaba en cómo podemos acabar con Sammael.

—Estás preocupado, ¿no es cierto?

—Claro que lo estoy, nena. No voy a permitir que se acerque a ti de nuevo.

—Ahora es diferente. Ahora sé quién soy yo y quién es él. Ahora sé quiénes sois vosotros. No volveré a salir sola, te lo aseguro. Y si no estás tú siempre habrá algún Weretiger para protegerme.

—Aún así no voy a arriesgarme, no puedo perderte. Tengo que encontrar la manera de acabar con él lo antes posible.

—Muy bien, pero ahora mismo no puedes hacer nada. Ahora estás aquí, conmigo, así que deja de pensar en Sammael y ven aquí —ronroneó gateando sobre su cuerpo desnudo.

—No, no señorita —dijo él sonriendo—. Es casi la hora de cenar, y estoy hambriento. Además, nadie nos ha visto en todo el día y quizás estén preocupados. Cenaremos con el resto y después tú y yo continuaremos con lo que teníamos entre manos, pero en casa.

—En casa...

—Sí, en nuestra casa, porque para traerte aquí y poder protegerte te mentí. Nunca he vivido con Gaby, entre otras cosas porque es un desastre. Estás viviendo en mi casa, y yo he estado durmiendo en esta habitación todo el tiempo que no he dormido contigo.

—Bueno, no habrás echado de menos tu hogar... Apenas has salido de él —dijo Leah burlona.

—Cierto, aunque yo esperaba estar mucho menos tiempo fuera.

—Serás...

Nahuel soltó una carcajada y le dio una palmada en el trasero antes de levantarse y comenzar a vestirse.

—Vístete, Leah, que llegamos tarde.

Cuando llegaron al salón, no hizo falta dar ninguna explicación. Cenaron entre bromas, y bastante más tarde fueron de la mano hasta su hogar, donde Nahuel se encargó de demostrarle lo salvaje que podía llegar a ser.

--- ---

Sammael se retorció en su guarida. Hacía meses que buscaba a la mujer, y por culpa de esos endemoniados gatos aún no había conseguido atraparla. El tiempo se acababa, si no conseguía incubar antes del solsticio de invierno todo estaría perdido, y para ello apenas quedaban un par de meses. Debía atrapar a la mujer lo antes posible.

Se rió con ganas. Sería doblemente satisfactorio incubarla, pues sería a su vez la madre de su hijo y la perdición de Nahuel. Tenía un plan. Quizás era algo arriesgado, pero podría conseguir llevarlo a buen puerto.

Solo tenía que encontrar otra mujer adecuada para incubar. Entonces podría intentar desviar la atención de los gatos y capturar a la mujer del rey. Pero para ello necesitaría ayuda...

Capítulo 12

Laren Ferguson llevaba días sin ver a su jefe. Desde que había aparecido aquella mujer, Nahuel apenas pasaba tiempo en el despacho, y eso la irritaba. Desde que entró a trabajar en las oficinas de los hoteles Apex, había estado enamorada de Nahuel Bruce, pero él nunca le había dedicado ni una sola mirada. Era invisible para él, ni tan siquiera se había parado alguna vez a hablar con ella. Ella era solo la chica de los recados, y se ponía en contacto con ella a través de su secretaria personal.

Desde hacía unos meses solo se hablaba de una cosa entre los Bruce: Aileana Brodrick. Leah, Leah, Leah... Estaba aborreciendo a esa mujer con toda su alma. En las dos últimas semanas la mujer había llamado a su jefe en las contadas ocasiones en las que aparecía por la oficina, y a él se le iluminaba la mirada cada vez que contestaba al teléfono.

Debía ser su novia, porque se le llenaba la boca llamándola cariño, amor, vida. Y cada vez que usaba alguno de esos apelativos cariñosos a Laren se le destrozaba un trocito de corazón. Se pasaba los días pensando en Nahuel, soñaba con que sus manos la acariciaban, con sus besos, sus abrazos... y con que le hacía el amor.

Si Nahuel no aparecía por la oficina, ella se pasaba todo el día triste y decaída, y cuando llegaba a casa se tumbaba en su cama y lloraba hasta quedarse dormida. Cuando esa mañana no vio aparecer a Gabriel, se le iluminó el semblante, porque sabía que siempre que su hermano faltaba a trabajar era Nahuel quien le sustituía. Pero al verlo entrar con ella colgada de su cuello, todo su mundo de desmoronó en mil pedazos.

--- ---

La luz de la mañana se filtró por la ventana despertando a Nahuel. Se desperezó, como el felino que era, y miró a Leah sonriendo. Su mujer estaba acurrucada junto a su pecho hecha un ovillo. Sentía que estaba en el mejor momento de su vida. Si dejaban a un lado a Sammael, todo era como debía ser: Perfecto.

Esa mañana tenía que ir irremediabilmente a la oficina. Desde que Leah

apareciese en su vida había dejado todo en manos de su tío Duncan, el hermano menor de Blake, y su hermano Gabriel. Y lo estaban haciendo realmente bien, dicho sea de paso, pero había unos cuantos documentos que debía firmar personalmente.

Acarició la mejilla de Leah y la abrazó con fuerza. No quería dejarla sola, así que la llevaría a la oficina con él.

—Me estás asfixiando, cariño —dijo ella entre risas.

—Lo siento —sonrió y la besó con ternura—. Buenos días. Hoy vas a venir conmigo a la oficina. Hay unos papeles que debo firmar, y ya de paso veo cómo va todo.

—¿Tengo que ir?

—Por supuesto, todos los demás están ocupados y no pienso dejarte sola.

—Nahuel, en serio, ¡no sé por qué no puedo quedarme en casa! —protestó Leah—. No pienso salir del castillo, y allí está tu padre.

—Quiero que estés conmigo, Leah. Aún no he tenido bastante de ti, y te necesito cerca.

—Pero tienes que trabajar y yo solo voy a ser una molestia —Nahuel se volvió a mirarla.

—Tú nunca serás una molestia para mí, ¿queda claro? Además, cuando termine todo lo que tengo que hacer puedo encerrarte en mi oficina y hacer mis fantasías realidad.

—Mmm... suena interesante.

—Pues andando, que ya llego tarde.

Cuando llegaron a las oficinas de Nahuel, Leah hizo amago de sentarse con su secretaria, pero él dio un tirón de su brazo, atrayéndola hacia sí y aprisionándola en un abrazo.

—¿A dónde crees que vas, Leah?

—Pues a sentarme a hablar con tu secretaria mientras terminas esos asuntos tan importantes que tienes que hacer.

—Ni lo sueñes... no vas a apartarte de mi lado ni un segundo.

—¡Oh, eres imposible! Pero si por perder el tiempo conmigo no puedes terminar todo lo que tienes que hacer, no te quejes.

—Pasar el tiempo con mi mujer no es perderlo, amor mío.

Cuando Laren escuchó de los labios de Nahuel lo que con tanto temor había sospechado, todos los documentos que llevaba en las manos se esparcieron por el suelo, atrayendo la atención de la pareja. Nahuel se agachó de inmediato a recogerlos y la mujer se acercó a ella.

—¿Estás bien, Laren? —preguntó Nahuel.

—Sí, sí. Lo siento señor Bruce, recogeré todo esto inmediatamente.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —repitió la odiosa mujer— Estás

muy pálida. ¿Has desayunado?

—Estoy bien, se lo aseguro. Ha sido solo un golpe de calor, nada más.

—Laren, deberías descansar un poco, mi mujer tiene razón —dijo Nahuel entregándole los papeles— ¿Por qué no te tomas el resto de la mañana libre?

—Gracias, señor Bruce, pero me encuentro perfectamente.

—Por lo menos ve a comer algo. Mi secretaria puede sustituirte por una hora.

—De acuerdo. Gracias.

Laren apenas había salido de la torre de oficinas cuando rompió a llorar. ¿Por qué tenía que haberse enamorado de ese hombre? En el fondo se su alma sabía que era un amor imposible, pero la evidencia que acababa de ver la hizo desmoronarse por completo.

Vagó sin rumbo lo que a ella le parecieron horas, y entró en la primera cafetería en la que se fijó. Necesitaba tomarse una tila para poder calmar sus nervios, recomponerse y volver al trabajo. Su situación económica no le permitía perder el tiempo con tonterías, y no podía perder el trabajo. Sus padres habían muerto un año atrás y la habían dejado en la ruina y con una hermana pequeña a su cargo. Apenas llegaban a fin de mes con lo que cobraba, y de no ser por una amiga que se encargaba de recoger a la niña del colegio tendría un gasto extra con la niñera.

Se sentó en un reservado a tomarse su bebida. Estaba sumida en sus pensamientos, y no se dio cuenta de que alguien se paraba a su lado. El hombre carraspeó para llamar su atención, y cuando levantó la vista se encontró inmersa en los ojos más verdes que hubiera visto jamás. Un hombre alto, moreno y guapísimo ocupaba todo su ángulo de visión. Cuando el desconocido dio por terminada la inspección de Laren le sonrió.

—Perdona —dijo el desconocido— ¿Te importa que me siente contigo? No me gusta comer solo.

—¡Claro! Pero yo no voy a estar mucho tiempo, tengo que volver al trabajo.

—Bueno, Algo es algo. Al menos estaré acompañado hasta que llegue mi comida. Soy Seth Cameron, un placer.

—Yo soy Laren Ferguson —dijo ella estrechando su mano.

—No he podido evitar notar que has estado llorando. ¿Por qué está triste una mujer tan bonita como tú?

—No quiero aburrirte con mis problemas, pero gracias por preguntar.

—No me molesta, en serio, quiero saberlo.

—Digamos que soy víctima de un amor no correspondido. Y acabo de darme cuenta de ello.

—Pues ese hombre debe ser estúpido por no querer a una mujer como tú.

—Eres muy amable, pero estoy bien. En serio.

—No es amabilidad, cielo —dijo el demonio cogiéndole las manos—. Si me dieras la oportunidad te haría la mujer más feliz del planeta.

—¿Por qué dices eso? No me conoces de nada.

—¿Sabes lo que es el amor a primera vista? —Ella asintió— Pues eso es lo que he sentido por ti —le besó la muñeca—, por eso me he lanzado a conocerte, lo de comer ha sido solo una excusa, lo reconozco.

—¿Eso te funciona con todas?

—Eso no se lo he dicho nunca a ninguna. Y pienso demostrártelo si me das tu teléfono.

En situaciones normales Laren lo hubiese mandado a paseo, pero estaba muy deprimida y necesitaba sentirse querida y especial, así que le apuntó su teléfono en una servilleta. Nunca antes se había sentido tan deseada, nunca había tenido una relación con un hombre, primero debido a las creencias de sus padres y más tarde porque no tuvo tiempo de pensar en sí misma.

Terminó su tila, se despidió del desconocido y volvió al trabajo. Ahora se sentía un poco mejor. Aunque aún no estaba mentalizada de que Nahuel nunca sería suyo, por lo menos empezaba a comprender que siempre se puede ver el sol a través de las nubes.

--- ---

Sammael estaba pletórico. Su plan estaba saliendo según lo previsto, y de entre todas las mujeres del mundo había ido a encontrarse con una enamorada de su enemigo. El despecho y la ira de la muchacha serían de gran ayuda en su maquiavélico plan. Tan solo tenía que seducirla y hacerla creer que la amaba para poder usarla según lo previsto.

Amar... ese sentimiento estúpido e inútil que hacía que los hombres se volviesen débiles y manejables. El amor era una auténtica pérdida de tiempo, para lo único que servía era para complicarse la vida. Aunque para él era productivo... hacer que una mujer lo creyese enamorado de ella le servía para poder alimentarse con mayor facilidad.

En esta ocasión, el amor iba a ser el detonante de la destrucción de Nahuel Bruce y todos sus gatos. Por fin veía cerca el momento de poner en el mundo a otro demonio que lo sustituyese cuando él muriese.

Acabar con su enemigo sería una satisfacción mayor que la que sentía al follar mientras se alimentaba. Mezclar el orgasmo con el placer de la comida era algo difícil de superar.

Su venganza estaba cada vez más cerca. Un poco más de paciencia, eso era todo lo que necesitaba.

Salió a la calle en busca de algo de comer. Una mujer virgen le serviría.

Verla sufrir mientras la violaba sería la mejor forma de celebrar su inminente éxito.

Capítulo 13

La congregación se había reunido para repartir las tareas de vigilancia. Era la primera vez que Leah iba a presenciar el trabajo real de Nahuel y su familia, y estaba nerviosa. Sabía que era un trabajo muy peligroso. El demonio ya había herido a Nahuel una vez, así que podía volver a hacerlo, pero sabía que ellos no podían permitir que el demonio matase a más mujeres inocentes.

Nahuel se sentó a la derecha de su padre, y Gabriel a su izquierda. Leah se sentó en la otra punta de la mesa con Yvaine, y los demás Weretigers a ambos lados de los hermanos. Vistos desde esa perspectiva los Bruce eran imponentes: altos, guapos, seguros de sí mismos. Los tres albinos parecían empequeñecer al resto, y sin embargo todos eran tratados por igual.

Cuando Blake se puso en pie, todos los presentes agacharon la cabeza como muestra de respeto por su anterior monarca.

—Bien. Como todos sabéis ya, Sammael va detrás de Leah y hay que extremar las medidas de seguridad del castillo. Abel, ¿te encargas tu?

—Por supuesto, he instalado un nuevo sistema de vigilancia. Nunca se ha atrevido a acercarse hasta aquí, pero esta situación es excepcional y no sabemos lo que puede llegar a hacer.

—Perfecto —dijo Blake—. Por lo pronto los demás os encargareis de las rondas nocturnas por la ciudad. Gaby y Uriel, zona norte. Nahuel y Amathiel zona sur. Ithuriel y Adriel os encargareis de las zonas del puerto. Yo me ocuparé de la seguridad de Leah. Quiero que salgáis de aquí siendo humanos, y no os convirtáis a no ser que sea estrictamente necesario. No podemos llamar la atención.

—Vale papá —dijo Gaby sonriendo—, pero la última parte sobra.

—Siempre es bueno recordarlo. Y ahora a trabajar.

Una vez que todos salieron de la habitación, Nahuel se acercó a Leah, la besó en la frente y la llevó abrazada hasta su casa, donde se sentó en el sofá con ella sentada en su regazo. Permanecieron así largo rato, en silencio, tan solo empapándose de la presencia del otro.

—Nahuel, ten mucho cuidado —dijo ella poco tiempo después deshaciéndose de su agarre.

—Cariño, no va a ocurrirme nada —Sonrió y volvió a abrazarla.

—No puedes estar seguro. Ya te ha herido una vez, y puede volver a

hacerlo.

—Leah, la otra vez me hirió porque me sorprendió con la guardia baja. Esta vez es distinto. Además, no voy solo, Amathiel estará conmigo.

—Amathiel es una chica —Nahuel rió.

—Si ella te oyese le daría un ataque de risa. Te quedan muchas cosas que aprender de nosotros, Leah. Las mujeres de mi especie son tan fuertes como los hombres, incluso más cuando tienen cachorros.

—¿Cachorros? —dijo horrorizada— ¿Vamos a tener cachorritos de tigre correteando por ahí? ¿Y cómo los mantendremos a salvo?

—Nuestros hijos serán humanos, Leah. Si ambos fuéramos Weretigers tendríamos que tener cuidado con que no se transformaran delante de las personas, pero nuestros hijos no se transformaran hasta la pubertad.

—¿Porque soy humana?

—Exactamente. Gaby se transformó a los quince años, y yo a los catorce. Mis primos sí se transformaron apenas nacieron, porque mis tíos son todos Weretigers.

—¿Eso supuso algún problema para vosotros?

—La verdad es que no. Muchas burlas cuando jugábamos, muchas trampas de mis primos, pero nada más. Y cuando yo me transformé por primera vez todos tuvieron lo que se merecían —dijo con sorna.

—¿Te vengaste?

—El ser albino tiene sus ventajas —dijo con una sonrisa diabólica—. Somos los más fuertes de la raza, y por si eso no fuese suficiente también tuve la ventaja de mi tamaño animal. Como norma los Weretigers somos iguales a los felinos normales, con la excepción de que tenemos cinco dedos en cada pata y que podemos andar erguidos, pero yo tengo más del doble del tamaño de un tigre, y nadie sabe por qué. Mis abuelos creían que era porque yo sería el que acabaría con la maldición, pero eso es solo una leyenda más.

—Quizás sea así, quizás al terminar con Sammael termines con ella.

—Ya existían los Weretigers antes de que apareciera ese demonio en la tierra. Y la verdad es que me sentiría raro si no pudiese convertirme. Si derrotamos a Sammael aparecerá otro mal en el mundo al que tengamos que destruir, así que seguiremos teniendo una misión como cambiantes.

—Pues espero que pienses un poco en nuestro futuro y no te dejes matar por ahí.

—Cariño —dijo el hombre besándola tiernamente—, nada ni nadie me impedirá volver a casa. Ahora tengo una razón de peso para volver.

Ella sostuvo su cara con ambas manos y le besó. Empezó como un beso inocente, pero la pasión se desbordó y ya no hubo marcha atrás. Nahuel agarró sus nalgas con fuerza, atrayéndola hasta su erección. Leah gimió, y le sacó la camiseta

con desesperación, necesitada de sentir su pecho, de que el vello que cubría sus pectorales le cosquilleara en los pezones.

Nahuel la levantó en brazos, y ella enredó sus piernas en su cintura. No llegaron al dormitorio: la pasión pudo más que ellos y acabaron haciendo el amor apoyados contra la pared del pasillo.

Cuando el atardecer se acercaba, Nahuel salió de la casa dejando atrás a Leah, llorando aterrada. No quería pensar demasiado, así que se acercó al castillo para refugiarse en Yvaine. Nada más verla llegar, Yvy le abrió los brazos, y refugiada en el pecho de la mujer, dio rienda suelta a sus lágrimas.

—Tranquila, mi niña, al principio siempre es así. Te acostumbrarás con el tiempo, te lo prometo.

—No creo que pueda hacerlo —dijo entre hipidos—. Tengo tanto miedo...

—Volverá bien, no te preocupes. Siempre vuelven sanos y salvos. Es el mejor equipo de vigilancia que ha existido desde la aparición de Sammael.

—Quiero creerte, pero...

—¿Sabes? —Yvaine cambió de tema para que su nuera se tranquilizara— Una vez atacó a Blake y le hirió de muerte. Yo creí que lo perdía, y casi muero del susto. Blake acababa de decirme qué eran, y yo, en vez de aceptarle tal y como es, le desprecié y me alejé tanto como pude de él.

—¿Huiste? ¿Por qué?

—Porque era muy joven, insegura y tonta. Tenía miedo de Blake, de su naturaleza cambiante. Creí que corría peligro, que sería capaz de despedazarme cuando se convirtiese en león. Y la única manera que encontré de escapar fue despreciándole, diciéndole que le odiaba aunque en el fondo estuviese muriendo de amor por él. Que su compañera les repudie es para ellos como si le quitasen parte de su alma. Y yo se la quité a Blake.

—Por eso Nahuel tenía tanto miedo de contármelo, ¿no es cierto?

—Sí, pero yo sabía que tú eras más fuerte que yo, y que le entenderías. Blake estaba tan hundido que se pasaba las veinticuatro horas del día borracho. Por esa época yo trabajaba de camarera en un bar de carretera, y una noche, cuando salí del trabajo, le encontré esperándome. Discutimos y eché a correr, pero Sammael me atrapó. Blake intentó salvarme, pero su estado no se lo permitió. Sammael lo hirió con una espada y casi pierde la vida. Gracias al cielo los demás Weretigers estaban buscándole y consiguieron salvarnos a los dos.

—Debiste pasarlo muy mal. Cuando Nahuel estuvo herido creí morir yo también.

—El remordimiento y la culpa me mataban por dentro, Leah. No hacía más que pensar en que si yo no hubiese sucumbido a mi miedo y hubiese sido menos cobarde él no se estaría muriendo. No me separé de su lado ni un momento. Fueron los dos meses más largos de mi vida. No dormía, apenas probaba bocado.

Mi único objetivo era quedarme ahí, mirándole, y rezar porque despertase. Cuando por fin abrió los ojos y me miró, rompí en llanto y me abracé a él con todas mis fuerzas. Le dije que le amaba y que no podría vivir sin él, y él me respondió con una frase que nunca se borrará de mi memoria: “Amor mío, no temas. No voy a morirme, porque ahora tengo una razón de peso para volver”.

—Es lo mismo que me ha dicho Nahuel antes de marcharse.

Yvaine soltó una carcajada que hizo sonreír a Leah.

—Bueno, Nahuel es digno hijo de su padre y ha escuchado esta historia infinidad de veces. No tienes que preocuparte, tu macho volverá por ti. Aún os quedan muchas cosas por hacer juntos.

—Gracias, Yvaine. Gracias por estar ahí cuando te necesito.

—Querida, sé por lo que estás pasando porque yo también pasé por lo mismo. Lo mínimo que puedo hacer es ayudarte.

--- ---

Nahuel iba montado en su Harley por las calles de Edimburgo. Eran cerca de las cinco de la madrugada y no habían tenido ningún incidente. Amathiel le seguía de cerca en su descapotable. Con suerte sería una noche tranquila.

Miró por el espejo retrovisor a su prima, que lo saludó con la mano. Un rugido rompió el silencio de la noche. Adriel. Dieron la vuelta tan rápido como le permitieron las ruedas y se dirigieron al puerto. Desmontaron y se transformaron. En unos pocos segundos llegaron a la zona donde se encontraba su primo. Sammael tenía una mujer cogida por el cuello mientras Adriel intentaba sin éxito salvarla.

Con un gesto de cabeza, instó a Amathiel a que se acercara a su primo. Él sorprendería al demonio por detrás. Se acercó sigilosamente entre los barriles y las cajas que habían esparcidas por el suelo y aguardó el momento adecuado.

--- ---

Adriel divisó a su rey de inmediato y sabía lo que pretendía. ¡Maldito fuese su primo! ¡Siempre se arriesgaba demasiado! Ahora tenía una mujer en la que pensar, ¿no se daba cuenta? Puso todo su empeño en entretener al demonio para que no lo descubriese.

—Vamos, Sammael, suelta a la chica. Pronto estarán todos aquí, sabes que no tienes ninguna oportunidad.

—¿Y tu rey, Adriel? ¿Ahora prefiere follar a salvar a mujeres? Vaya, vaya... parece que ese coño debe mantenerle caliente por las noches...

—¡Eso no es asunto tuyo! ¡Suéltala de una puta vez!

—Devolvedme a mi mujer y soltaré a esta.

—¡Jamás! —gritó Amathiel enfurecida— Nunca permitiremos que te acerques a ella.

—¡Qué conmovedor! Ya la tratáis como a un miembro de vuestra repugnante familia... Pues espero que estéis preparados para perderla, porque es mía y no vais a impedir que la utilice para mi plan.

En ese instante Nahuel lo agarró por el cuello, haciendo que soltase a la joven, quien corrió despavorida a los brazos de Adriel.

—¿En serio crees que voy a dejar que le pongas un dedo encima a mi mujer? —dijo el rey con los dientes apretados por la ira— ¡Tendrás que pasar sobre mi cadáver, desgraciado! ¡Acabará contigo antes de que puedas siquiera respirar cerca de ella, te lo juro!

El demonio se transformó en viento, y huyó de las manos de Nahuel. ¡Mierda! Debería haber apretado más fuerte, así no habría conseguido escapar. Pero no era el momento de compadecerse. Se transformó en humano y se acercó a Adriel, quien negó con la cabeza, señal de que la chica no lo había visto transformado.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó a la joven— ¿La ha lastimado ese desalmado de alguna forma?

—¿Qué... qué era eso?

Amathiel, se acercó a ella sosteniendo un medallón entre sus dedos, y lo hizo girar a la altura de los ojos de la joven.

—Ahora olvidarás todo lo que ha pasado esta noche. Nos olvidarás a nosotros y al demonio, y lo único que vas a tener presente es que no debes salir de noche sola bajo ningún concepto —bajó el medallón—. Ya está, chicos. Ya sabes lo que hacer cuando la dejes en su casa, Adriel.

—Sí, tranquilos —respondió el aludido pasando el brazo por los hombros de la víctima—. Nos vemos luego.

Cuando Nahuel llegó a casa al amanecer, se encontró a Leah sentada en la ventana envuelta en una bata. Su pelo ondeaba al viento, y sostenía un libro entre sus manos. Su pequeña tigresa le estaba esperando. Era la visión más maravillosa que había tenido jamás, y podía acostumbrarse a ella muy pronto. Subió los escalones de dos en dos, y cuando entró en la habitación, su mujer lo examinó de arriba a abajo para comprobar que no le había pasado nada malo.

—Leah... —rió intentando abrazarla, sin éxito— ¿No crees que primero deberías darme un beso y dejarme que te abrace? Estoy bien, solo cansado, y lo único que necesito es un beso, una ducha y acostarme contigo.

—El baño lo tienes preparado, y el beso te lo daré en cuanto compruebe que no estás herido —contestó ella sin dejar de examinarlo.

Sentir las manos de Leah por todo su cuerpo no hacía sino encenderle. Se

estaba excitando por momentos, y con el subidón de adrenalina que llevaba no iba a llegar ni a la puerta de su cuarto antes de hacerle el amor.

—Como sigas así voy a tumbarte en la alfombra para echarte un buen polvo, y apesto a sudor, así que no será agradable olerme. Ven, acompáñame al baño.

Una vez Nahuel se metió dentro de la bañera, llena de agua caliente y espuma, Leah le enjabonó con cuidado el cabello con movimientos circulares, a lo que el hombre respondió con un ronroneo. Le bañó con cuidado, con amor, con ternura. Cuando Nahuel salió del cuarto de baño, se encontraba muy relajado, más de lo que había estado en mucho tiempo. Pero ahí no acabaron los cuidados de Leah.

En el dormitorio había una mesa con platos de queso, jamón y fruta. Comieron juntos entre besos y caricias, y poco después se tumbaron abrazados en la cama. En cuanto Nahuel puso la cabeza en la almohada, cayó en un sueño profundo.

Se despertó varias horas más tarde abrazado a su mujer. Sonrió. Nunca había dormido tan bien como aquella noche. Ahora entendía mejor a su padre.

Entendía por qué después de una larga noche sonreía al llegar a casa, mientras él lo único que quería era dormir en la cama más cercana. Besó suavemente a Leah en los labios. Ella abrió lentamente los párpados, y al verle sonrió.

No hubo palabras entre ellos, no hacían falta. Nahuel se apoderó de su boca, Leah le pasó los brazos alrededor de los hombros, y el animal encerrado en el cuerpo del hombre hizo el resto. Nahuel saqueó su lengua, se alimentó de sus pechos cremosos, acarició cada poro de su piel. Leah gemía, se retorció pasando sus manos por la espalda de su hombre, enredaba las piernas en sus fuertes muslos.

Cuando se enterró en ella, el tigre tomó el control. Sus ojos cambiaron, sus facciones se confundían con las del felino... Leah jamás había visto algo tan bello y erótico como la expresión de Nahuel al mirarla: completamente salvaje, y llena de ternura.

Cada vez era diferente, cada vez era mejor a la anterior. Hicieron el amor sin prisas, acompasando sus respiraciones, siendo un solo ser. Nahuel cogió entonces su muñeca, y mirándola a los ojos, besó esa marca que la convertía en una mujer maldita, consiguiendo que los ojos de ella se llenasen de lágrimas.

Tiempo después, Leah jugaba con el vello del pecho de Nahuel. Se sentía tranquila, sabía que estaba a salvo. Entre los brazos de su hombre nada ni nadie podrían lastimarla. Mientras Nahuel estuviese cerca de ella no tenía nada que temer.

—¿Ha habido algún ataque esta noche? —preguntó.

—Sí, en la zona de Adriel, pero logramos salvar a la chica.

—¿Y cómo conseguís que las mujeres a las que salváis no hablen de vosotros? Por muy asustadas que estén, ver a un hombre convertirse en animal no es algo que se pueda olvidar fácilmente.

—Nos aprovechamos de su miedo, Leah. Al estar en estado de shock son susceptibles, y Amathiel las hipnotiza, haciéndoles olvidarse de todo.

—Pero habrá personas a las que no podáis hipnotizar.

—Por ahora nos ha funcionado siempre. Quizás las mujeres con las que no funciona tienen tanto miedo que no hablan, no lo sé. Por lo pronto ninguna nos ha delatado.

—Lo que importa es que has vuelto sano y salvo.

—Lo extraño ha sido que en cuanto he conseguido que Sammael suelte a la muchacha, ella ha ido a refugiarse en los brazos de Adriel. Generalmente se acercan a Amathiel o Uriel, por eso de que son mujeres.

—Quizás lo conocía, o a lo mejor se sentía más segura en los brazos de un hombre.

—Quizás tengas razón. Voy a llamarle en cuanto me levante. Me extraña que no esté aquí todavía.

—Quizás no le oíste llegar.

—No le huelo, no está en casa.

—A veces se me olvida que eres medio tigre.

—Y este tigre tiene que ir a trabajar aunque no tenga ningunas ganas —se levantó de la cama y se vistió—. Hoy quiero que descanses, ¿de acuerdo? Y no quiero que me esperes levantada toda la noche.

—Me es imposible dormir sabiendo que estás ahí fuera expuesto al peligro de nuevo.

—Al menos inténtalo, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo. Y ahora vete a trabajar, que yo pueda dormir un poco —bromeó.

—Yo tampoco he dormido, gatita... Tu voracidad sexual me lo impidió —dijo él dándole un beso—. Me ha encantado la sorpresa, cariño. Gracias.

—Ten cuidado —él rió.

—Vida mía, voy a la oficina. Ahí no va a pasarme nada.

—Puedes tener un accidente de tráfico, te puede caer una maceta en la cabeza, pueden darte un tiro...

—Leah...

—Está bien, está bien. Pero no digas que no va a pasarte nada.

Cuando Nahuel salió por la puerta, Leah se desperezó en la cama sonriendo. Estaba feliz, muy feliz. Su vida había mejorado notablemente desde que conocía a Nahuel. Exceptuando el detalle de que era perseguida por un demonio,

no podía ser más perfecta. Tenía un hombre que la amaba y la protegía y una familia que la adoraba. No se podía pedir más.

Se levantó y se dirigió a la ducha. Cuando se acercó al salón de la casa principal, se encontró con un Adriel sonriente. Se acercó a ella, la levantó en el aire y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¿Qué te pasa que estás tan contento? —preguntó riendo.

—Me alegro de que estés aquí y de que Nahuel sea feliz. Me alegro de que Sammael no se salga con la suya.

—Nahuel estaba preocupado por ti.

—Lo sé, he estado hablando con él antes de que se fuera a la oficina. Hubo un problema con la mujer de anoche, y me ha costado mucho trabajo solucionarlo.

—¿Qué ha pasado?

—No le hizo efecto la hipnosis de Amathiel, debe ser una mujer fuerte. He tenido que persuadirla de que no hable de nosotros.

—¿Corréis peligro? —preguntó asustada.

—No, tranquila. He logrado que me dé su palabra de que no nos descubrirá.

—¿Cómo puedes estar seguro? A fin de cuentas ella no tiene nada que perder...

—Tranquila, Leah... no va a decir nada.

—Aquí hay más de lo que me cuentas...

—Te prometo que no hay nada más. ¿Quieres hacerme un favor? Mi secretaria se ha puesto enferma y no puede venir a la consulta. ¿Por qué no te vienes conmigo y me echas una mano?

—¡Pero yo no tengo ni idea de medicina!

—Solo tendrás que atender el teléfono y tomar notas. No es difícil.

—De acuerdo, pero llama a Nahuel para que no se preocupe.

—Sí, tranquila, en cuanto lleguemos le llamo.

La tarde se pasó muy rápido. La verdad es que no entendía cómo podían llevar ese ritmo de vida. Su parte animal debía tener mucho que ver con ello. Independientemente de su relación con Nahuel, para Leah los Weretigers eran héroes. Salvaban a mujeres inocentes sin pedir nada a cambio. Honrados y amables. Y todos eran dignos de ser admirados. Su herencia licántropa les había dejado también cuerpos esculturales y caras de ángeles. Todos y cada uno de ellos tenían los ojos claros, aunque de diferentes tonalidades. Y era en sus ojos donde se veía la bondad y la amabilidad que emanaban.

Los Weretigers eran sin duda una especie excepcional. Quizás la bruja les echó una maldición, pero los hombres habían conseguido hacer de ella una bendición.

Capítulo 14

Laren estaba nerviosa. Llevaba toda la semana hablando con Seth por teléfono, y esa noche había consentido en salir con él a cenar. Que un hombre tan guapo estuviese interesado en ella le extrañaba, pero se sentía llena de vida y feliz. Quizás consiguiese olvidar a Nahuel Bruce y acabaría enamorándose de Seth.

Salió a toda prisa de la oficina porque quería ir a comprarse un vestido bonito y llamativo. Después de mucho buscar se decidió por un vestido negro atado al cuello con escote en V. acompañó el conjunto con unos zapatos de tacón de aguja y un bolso a juego. Se recogió el pelo en un moño italiano, se maquilló un poco y se puso perfume. Cuando se miró al espejo sonrió. Cuando se arreglaba realmente estaba espectacular. Debería arreglarse más a menudo.

Había quedado con Seth a las siete. Cuando bajó las escaleras de su casa lo encontró en la puerta apoyado en un descapotable negro. Estaba impresionante. Vestido con un sencillo pantalón de ejecutivo negro y una camisa del mismo color, con una cadena de oro como único adorno. Nada más verla sonrió, se acercó a ella y la besó en los labios.

—Cielo, me dejas sin respiración. Estás realmente preciosa.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

—¿Nos vamos?

—Claro.

La llevó a un local oscuro iluminado por bombillas de color rojo, donde las mujeres apenas llevaban ropa y los hombres las miraban como si se tratase de ganado. Empezó a sentirse incómoda y a arrepentirse de haber quedado con Seth. ¿Qué era eso? ¿Un prostíbulo?

En cuanto les vieron entrar, les condujeron a la parte de atrás del local, a una habitación enorme, iluminada como el resto del local, donde tenían preparada una mesa para cenar. Al fondo se vislumbraban unas cortinas de seda, detrás de las que apenas se veía una cama de forma circular llena de cojines.

—Seth, esto no me gusta, llévame a casa —dijo muy asustada.

—Tranquila, querida, este negocio es mío, no tienes nada que temer.

—¿Esto es tuyo?

—Sí. Hoy día lo que más vende es esto, y si quiero mantener mi ritmo de vida no tengo más remedio.

—Pero...

—Preciosa, yo solo tengo ojos para ti. Esta parte del local está reservada a los clientes que pagan bien, no es mi sala privada. Si te soy sincero, es la primera vez que estoy en esta zona.

—¿En serio?

—Te lo juro.

La cena estaba planeada para seducir. Un menú afrodisíaco de principio a fin.

Durante toda la velada Seth se dedicó a seducirla, y en los postres la hizo vibrar de deseo jugando con el chocolate fundido por las partes de su cuerpo que quedaban al descubierto. Coronó la cena con una copa del mejor cava que Laren hubiese probado nunca, y entre sorbo y sorbo Seth la besaba como jamás habían hecho.

Casi sin darse cuenta Laren estaba tumbada en la cama bajo el peso del hombre. Se sentía ebria de deseo, o quizás fuese el champán. Pero cuando Seth acarició su pecho desnudo no se quejó. Tampoco cuando estuvo desnuda ante él, ni cuando este se colocó entre sus muslos abiertos. Pero cuando se sintió invadida y el dolor fue insoportable, la nube de inconsciencia se disipó. ¿Qué estaba haciendo? ¡Apenas conocía a ese hombre y le había permitido entrar en ella!

Las lágrimas corrían sin control por sus mejillas, pero el hombre no parecía darse cuenta de ello. La embistió con fuerza, sin pausa, sin tener en cuenta sus sentimientos. Cuando todo acabó, se levantó de la cama y se vistió sin dedicarle ni siquiera una mirada.

—Me has hecho daño —dijo ella entre sollozos.

—Siempre es así la primera vez. Luego te acostumbras y es mucho mejor, no te quejes tanto.

—Podías haber sido más considerado.

—Laren, tú me has pedido que lo hiciera, no te vengas a quejar ahora.

—¿Que yo te lo he pedido?

—Con tus gestos, con ese vestido. Con tus miradas. Estabas deseándolo.

—Pu... puede ser. Pero no sabía que dolería tanto.

—Vamos, te llevaré a casa.

Sammael conducía en silencio. Estaba cabreado consigo mismo, había metido la pata hasta el fondo. Si quería utilizar a la mujer para sus fines tenía que dejar al lado su propio placer y tratarla mejor. Pero disfrutaba tanto infringiéndoles dolor...

Cuando se dio cuenta de que la chica era virgen no había podido contener a su demonio interior. Verla llorar de dolor hizo que tuviese un orgasmo el doble de intenso. Sin embargo, debería haber rectificado, debería haberla abrazado y pedido perdón. Pero con solo pensar en ello le daban ganas de vomitar.

Cuando paró en la casa de la joven, se bajó del coche dispuesto a pasar la noche con ella. Era un pequeño precio a pagar por la satisfacción de destruir a Nahuel, pero por la cara de Laren no iba a tenerlo fácil.

—¿A dónde vas? —le dijo la chica al verlo salir del coche.

—A dormir contigo, por supuesto.

—No creo que sea buena idea. Estoy cansada y dolorida.

—Laren, querida, déjame compensarte por lo de antes. Sé que no me he portado como debería, pero cuando me he dado cuenta de que eras virgen ya era demasiado tarde.

—¿En serio?

—Mi amor, yo no te mentaría. Deja que te demuestre lo satisfactorio que puede llegar a ser para los dos.

—De acuerdo, sube.

Sonrió para sí. Esta estúpida era más fácil de manipular de lo que creía. Aún no habían cerrado la puerta de su apartamento cuando la apretó contra la pared para darle un beso apasionado.

Debía esmerarse si quería tener éxito en su plan maquiavélico. La desnudó deprisa, la hizo enloquecer con su lengua, y cuando la mujer llegó al orgasmo la penetró hasta que gritó de placer. Él no pudo correrse. Si la mujer no sufría no era lo mismo. La abrazó hasta que se quedó dormida y vomitó. Las náuseas eran terribles. Tratar bien a una mujer iba en contra de su naturaleza. Eso era cosa de los gatos.

Vagó sin rumbo por la casa hasta que encontró una puerta cerrada. Paredes rosas decoradas con princesas le hicieron reír de puro deleite. ¡No podía estar teniendo tanta suerte! En la cama, una cabellera rubia como el oro asomaba entre las sábanas. Cuando retiró la tela, descubrió un rostro angelical apoyado en la cama. La niña debía tener seis o siete años. Se acercó y lamió la cara de la pequeña. ¡Qué bien sabía! Si Laren se oponía a ayudarlo en sus planes utilizaría a la niña para persuadirla. Comerse a la niña como postre le vendría muy bien.

Se vistió y volvió a su club. No podía alimentarse libremente, pero allí había mujeres que le permitían un bocado de esencia a cambio de sexo duro. Era un pobre sustituto de una buena comida, pero cuando los gatos le pisaban los talones era lo único que podía hacer.

Solo tuvo que dar una orden a su hombre de confianza. Mientras se desnudaba y se tumbaba en la cama con un vaso del mejor whisky escocés, una docena de mujeres se arrodilló alrededor de la cama.

La orgía terminó al alba. Volvió con paso firme a la casa de la joven. Tuvo el tiempo justo de desnudarse y meterse en la cama antes de que Laren despertara. Le hizo el amor una vez más antes de irse. Cuando entró a su guarida, vomitó.

Cuando las náuseas cesaron, se desnudó y se metió en su cama. Necesitaba

dormir. Tanto esfuerzo físico le estaba pasando factura.

--- ---

Laren fue a trabajar muy contenta. La noche anterior había sido un poco extraña, pero había acabado bien. Seth la había tratado con ternura la segunda vez, y también por la mañana. Era cierto que su negocio no era muy lícito, pero si él no se inmiscuía en esos asuntos no tenía por qué quejarse. No sabía que la primera vez que hacías el amor fuese tan terrible. Su madre había muerto antes de explicarle todos los entresijos de las relaciones de pareja, pero si Seth decía que era normal debía tener razón.

Tampoco se atrevía a quejarse. Que un hombre tan espectacular como él quisiera estar con ella era excepcional, y no pensaba perderlo por sus quejas. Con el tiempo todo cambiaría, Seth acabaría enamorándose de ella y todo sería mucho mejor.

Debía concentrarse en el trabajo, pero esa tarde tenía hablar con Seth. No podrían verse en casa muy a menudo. La pequeña Ivette dormía en su habitación y tuvo suerte de que no se despertase. Si hubiese entrado en su habitación cuando estaban haciendo el amor, el mundo se le habría caído a los pies.

Cuando esa mañana la despertó para ir al colegio, miró su carita y sonrió. Adoraba a su hermana, era como una hija para ella. Por suerte cuando sus padres murieron la niña era demasiado pequeña para darse cuenta de nada, y lo único que sabía era que sus padres estaban en el cielo con Dios.

Si tenía un poco de suerte, se casaría con Seth y podría darle a su hermanita un hogar lleno de amor y tranquilidad, ese hogar que estaba desesperada por poder ofrecerle, y por el que trabajaba como la que más. No debía quejarse, porque si lo hacía podía perder la oportunidad de ser feliz.

Capítulo 15

Aileana tomaba notas en la consulta de Adriel. Desde que hacía un par de semanas le había ayudado en una emergencia, había tomado por costumbre llevarla consigo, y Leah no podía estar más contenta. Sola en esa enorme casa y sin nada que hacer, iba a acabar volviéndose loca, y allí podía entretenerse mientras ayudaba. Y además seguía estando protegida. Como su trabajo lo desempeñaba en la consulta, al lado de Adriel, no había peligro de que Sammael entrase y la raptase.

Esa tarde había estado muy ajetreada. La época de gripe había comenzado y muchas madres con sus hijos enfermos hacían cola en la sala de espera. No daban a basto, porque a pesar de que era una clínica de pago, Adriel atendía a personas pobres que le pagaban con lo poco que podían. En una cesta en la parte de atrás de la consulta se amontonaban alimentos caseros, manualidades, dibujos de niños... Leah no se sorprendía del comportamiento de Adri. Sabía que era un hombre bueno.

Un estruendo en la sala de espera puso al león en alerta: de repente los ojos de Adriel cambiaron, su espalda se erizó, sus dientes se afilaron. Leah le puso una mano en la espalda.

—Tranquilo, puede ser una madre desesperada.

—Quédate aquí y no salgas pase lo que pase —Su voz sonó ronca a causa de la transformación.

—No lo haré.

Adriel salió al pasillo y lo que encontró le revolvió el estómago. Un niño de apenas diez años había sido atacado por un animal, y todo el costado lo tenía destrozado. El estruendo había sido causado por la madre del pequeño que lloraba desconsolado.

—¡Ayúdale, por favor!

—Tranquila, se va a poner bien, se lo prometo.

Cuando Leah vio entrar a Adriel con el niño en brazos se horrorizó. Dos lágrimas corrieron por sus mejillas mientras ayudaba al hombre a poner al pequeño en una camilla con sumo cuidado.

—¿Qué puedo hacer?

—Llama a Amathiel y Gabriel. ¡Deprisa!

No tuvo que repetírselo dos veces. Llamó a la casa familiar, y cuando habló con Amathiel se acercó donde se encontraba el pequeño. Estaba inconsciente, gracias a Dios. Por suerte las heridas eran poco profundas, y el niño se pondría bien.

—¿Quién ha podido ser capaz de hacer una barbaridad así?

—Sammael —contestó el hombre con los dientes apretados—. Mira este corte, es idéntico al que le hizo a Nahuel.

—¡Pero es de día!

—Está intentando provocarle.

—Pero, ¿Por qué?

—Porque te quiere cazar y el tiempo se le acaba. Necesita dejarte embarazada antes del solsticio y no sabe cómo hacer que bajemos la guardia.

—Todo es por mi culpa...

—¡No, Leah! —dijo zarandeándola— Escúchame bien: tú no tienes nada que ver en esto, ¿me oyes? Sammael es un demonio y disfruta infringiendo daño a los demás. No es por tu culpa, sino por la suya, y te juro que le haré pagar el daño que le ha hecho a este niño. Cuando venga Gabriel quiero que te pongas a salvo, ¿me oyes? Vete a casa con Amathiel y no salgas bajo ningún concepto del castillo.

—De acuerdo.

—Gaby y yo le curaremos, te lo prometo. Gaby es cirujano, por eso le llamé. Sabe mejor que yo cómo curarle, pero cuando vea lo que le ha hecho perderá los estribos. Su instinto protector es demasiado fuerte cuando se trata de niños y no puede controlarse. Así que debemos cerrar las puertas para que nadie lo vea convertirse.

—Entendido.

Tal y como Adriel había previsto, al ver al pequeño un rugido de angustia salió de los labios de su cuñado, y la conversión fue casi inmediata. Daba vueltas por la habitación como un gato encerrado, y su voz, ronca debido a la transformación, sonaba como un lamento.

—¡Lo mataré! ¡Juro por Dios que acabaré con ese bastardo!

—Gaby —dijo entonces Leah—, debes calmarte. Si no vuelves a transformarte en humano no podrás curarle y Sammael se saldrá con la suya.

—Tienes razón —Se fue tras la mampara y volvió a salir en forma humana, ataviado con una bata—. Estoy perdiendo un tiempo valioso. Amathiel, lleva a Leah a casa.

—No —dijo Leah—, aquí puedo ayudar. Decidme qué tengo que hacer.

—¡He dicho que vuelvas a casa! —gritó Gaby— Lo último que nos hace falta es que te atrapen.

—¡Escúchame bien, gato del demonio! —dijo Leah enojada— ¡No vuelvas a hablarme en ese tono! Yo no tengo la culpa de que el pequeño haya sido atacado y

aquí estoy segura. Si puedo hacer algo por ese niño pienso hacerlo, y no vas a ser tú quien me lo impida.

Antes de que a Gabriel le diese tiempo a replicar, Nahuel entró en la habitación como una exhalación. Nada más verlo, Leah se refugió en sus brazos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el monarca.

—Sammael lo ha atacado —contestó Amathiel—. Las marcas son inconfundibles, es la misma herida que te hizo a ti. Gracias a Dios son solo superficiales y podrán curarlo —bajó la voz hasta que apenas fue un susurro— y Gaby y Leah han discutido.

—Entiendo —acarició el cabello de Leah—. Cariño, vayámonos a casa. Ya no podemos hacer nada aquí.

—Pero...

—Nena, confía en mí. Es mejor que nos vayamos.

Cuando se montaron en el coche, Nahuel se volvió hacia su mujer.

—¿Qué ha pasado con Gaby?

—Nada.

—Leah...

—Estaba alterado y necesitaba que le parasen los pies, eso es todo.

—No se lo tengas en cuenta, mi amor. Gabriel es muy protector con los niños, y ver que Sammael es capaz de todo con tal de vencernos le altera.

—Lo sé, y no se lo tendré en cuenta. Pero ese gato del demonio y yo vamos a tener unas palabritas en cuanto le vea.

—Eres una mujer increíble, ¿lo sabías?

—Soy solo una mujer. Vosotros sí que sois increíbles.

—No, eres MI mujer, mi reina —le acarició la mejilla con ternura—. No hemos vuelto a hablar de ello, pero ¿sabes lo que significará casarse conmigo?

—Nahuel, sé lo que es, veo a tu madre todos los días y ella es muy feliz. Y no se arrepiente de nada. Con eso me basta. Y si alguna vez tengo alguna duda sobre lo que tengo que hacer, solo tengo que pedirle consejo.

—Puedes hablar conmigo también... Me voy a poner celoso de mi madre —ella rió.

—Amor mío, no tienes que estarlo. Pero ella me puede aconsejar desde la propia experiencia.

—Lo sé, pero no cometas los mismos errores que mi madre, por favor. No te alejes de mí cuando algo te asuste, háblalo conmigo. Jamás tengas miedo de mí, Leah, porque nunca te haré daño, por muy enfadado que esté.

—Yo no tengo miedo de ti, nunca lo he tenido.

—Me alegro. Y ahora vayámonos a casa.

—De acuerdo.

Cenaron con Blake e Yvaine, y más tarde se fueron juntos a casa. Pasaron

largo rato charlando frente al fuego de la chimenea. Nahuel preparó el jacuzzi, se metieron dentro y bebieron vino a la luz de las velas. Hicieron el amor despacio, sin prisa. Se secaron entre risas y se durmieron abrazados.

--- ---

Gabriel recorría las calles de Edimburgo buscando a Sammael. La sangre le hervía de furia. Los niños eran pequeños ángeles que Dios ponía en la Tierra para hacer feliz a las personas, y que ese demonio se hubiese atrevido a tocar a uno de ellos hacía que su instinto animal se despertara de forma alarmante.

Giró la esquina y lo vio. Erguido en la entrada de un club de alterne, sonreía a una joven mientras la arrinconaba contra la pared. Se transformó en humano y se puso tras de él.

—¡Sammael! ¡Suéltala, bastardo!

—Vaya, vaya... mira a quién tenemos aquí... el rey cobarde envía al hermano menor para matarme...

—¡Suéltala he dicho!

—No puedes detenerme, Gabriel. Tú no eres nadie.

—¿Cómo te has atrevido a tocar a un niño inocente, desgraciado? ¡Te mataré por lo que has hecho!

—No tienes ningún poder sobre mí, no eres más que la sombra de tu hermano.

—¿En serio crees que vas a conseguir algo con eso? No tengo celos de mi hermano, Sammael, me siento orgulloso de ser su sombra. En cuanto pase el equinoccio estarás acabado. Tú sí que no eres nada.

Sammael se separó de la mujer, que salió a correr despavorida. Mientras se acercaba a Gabriel comenzó su transformación. De su espalda salieron dos alas negras como la noche, su piel fue convirtiéndose en escamas oscuras, su boca empezó a alargarse y transformarse en un hocico puntiagudo.

Gabriel se transformó de inmediato. Empezaron a mirarse fijamente, andando en círculos, al acecho. Antes de que Gaby pudiese darse cuenta Sammael le atacó con una de sus garras. Le abrió el costado de arriba a abajo. El grito de dolor resonó en toda la ciudad, y todos y cada uno de los Weretigers salieron en estampida hacia el rugido de angustia.

Rodearon a Gabriel en actitud amenazante. Sammael sabía que no tenía ninguna posibilidad de salir airoso de una lucha contra los cinco felinos que habían acudido al lugar, así que sonrió sarcásticamente, se envolvió en sus alas y se convirtió en una ráfaga de viento.

Gaby estaba tirado en el suelo sin apenas fuerzas. Había cometido un error, lo sabía, y lo iba a pagar con su vida.

Miró al demonio que le acechaba, pero su visión se nubló. Lo último que sintió antes de perder el sentido fueron los brazos de alguien que lo levantaba, y el rugido de sus primos rodeándolo.

--- ---

Un rugido de angustia les despertó. Nahuel saltó de la cama, se vistió a toda prisa y salió de la casa. Aileana le seguía de cerca. Algo malo ocurría, ambos lo sentían debajo de la piel. Cuando llegaron al castillo sus sospechas se vieron confirmadas. En los brazos de Ithuriel descansaba Gaby sangrando, inconsciente. El rugido de dolor de Nahuel se le atragantó en el alma. Cogió a su hermano de los brazos de su primo y lo bajó a toda prisa al quirófano. Blake e Yvaine bajaron al escuchar a su hijo rugir. Cuando Yvaine vio el estado de su hijo pequeño se desmayó.

Leah se ocupó de Yvaine mientras intentaban salvar a Gabriel. ¡Dios! Deberían haberlo imaginado.

La furia que había sentido cuando vio al niño fue tan grande que lo había llevado a enfrentar él solo a Sammael, y casi le había costado la vida. Se arrodilló en el suelo y rezó.

--- ---

Cuando Nahuel puso suavemente a su hermano en la cama de operaciones, Gaby abrió los ojos. Hizo un gesto de dolor, pero logró sonreír a su hermano.

—He fallado, hermano.

—No, Gaby. No has fallado. ¿Recuerdas que a mí también me pasó lo mismo? Todos cometemos errores, y tú te vas a poner bien.

—No, no voy a recuperarme y lo sabes. Las heridas son demasiado profundas. Me dejé cegar por mi ira y Sammael me venció. Cuida de Leah, es una buena chica.

—Gaby, no se te ocurra volver a hablar así, ¿me oyes? ¡No vas a morirte! ¡No te lo permitiré! No puedes dejarme solo, Gaby. ¡No puedo hacer esto solo! Te necesito conmigo, así que no te vas a morir.

—Te quiero mucho, hermano. Eres el mejor. Claro que podrás hacerlo sin mí.

Gaby perdió de nuevo el conocimiento. Apartaron a Nahuel de su lado mientras Adriel y Amathiel intentaban operarlo. Nahuel estaba aturdido. No podía perder a su hermano. Siempre había podido contar con él. ¿Cómo iba a poder vivir sin él? Sería como vivir sin una parte de su alma. Se sentó en una silla y dejó salir toda la desesperación que sentía en aquel momento.

--- ---

Blake entró en la habitación en la que se encontraba su esposa. Ella y Leah estaban abrazadas llorando. Dios, todo esto no podía estar pasando, era antinatural que un padre viese morir a su hijo. Pero como cabeza de familia debía mantener la calma. Su alma estaba rota, pero no podía desmoronarse. Se acercó a su esposa y la abrazó dulcemente mientras ella estallaba de nuevo en llanto.

—Leah, ve con Nahuel. Te necesita.

—De acuerdo.

En cuanto se acercó a él, Nahuel se abrazó a su cintura y rompió a llorar. A Leah se le partía el alma de verle así. Tan fuerte y poderoso, y sin embargo tan indefenso en esos momentos. Si algo le pasaba a Gaby ella misma mataría al demonio con sus propias manos.

Las cuatro horas que duró la operación les parecieron interminables. Nahuel estaba destrozado, no concebía la vida sin su hermano. Debería haber supuesto que Gaby actuaría así. Todo era culpa suya. No había protegido a su hermano por culpa de su estúpido egoísmo. Se había volcado tanto en su relación con Leah que había descuidado el otro pilar de su vida. Si Gaby moría... entonces no se lo perdonaría jamás. Se separó bruscamente de la mujer. Debía poner orden en su vida y ocuparse de sus obligaciones como monarca. Tendría que apartarse de ella si no quería perder a más seres queridos.

--- ---

Leah se quedó atónita al ver el rechazo de Nahuel. ¿Qué le pasaba? Se había separado de ella de repente, como si le quemara.

No debía darle mayor importancia. Nahuel estaba en estado de shock, y la espera estaba acabando con la paciencia de todos.

Adriel salió del quirófano. Estaba cansado, se le notaba en el rostro. Aún no se había quitado la mascarilla cuando Nahuel se acercó a toda prisa.

—Adri...

—Está estable. La operación ha sido un éxito, pero ha entrado en coma. Ahora todo depende de él, primo. Nosotros no podemos hacer nada más que esperar.

—¿Puedo verle?

—Aún no, es mejor que esperes unas horas. Te avisaré cuando podáis pasar.

Nahuel se derrumbó en una silla y apoyó la cabeza en ambas manos. Leah se acercó a él para abrazarlo, pero él se apartó.

—Déjame.

—Nahuel, ¿qué te ocurre?

—¡Todo esto es culpa tuya! Si no hubiese estado tan ocupado jugando entre tus faldas esto no hubiera sucedido.

—¿En serio? ¿Jugando entre mis faldas? ¿Eso es lo que has hecho?

—Si hubiese estado donde tenía que estar habría sabido cómo actuaría mi hermano y lo habría detenido.

—Yo no tengo la culpa de que esto haya pasado, Nahuel Bruce. Si alguien tiene la culpa es Gabriel, porque aún sabiendo de lo que es capaz ese desalmado ha ido a buscarle el solo.

—¡Cállate!

—¡No pienso callarme! Si no quieres volver a saber nada de mí perfecto, pero no voy a consentirte que me echés la culpa de lo que ha ocurrido.

Dicho esto, salió de la habitación. Las lágrimas inundaban sus mejillas mientras corría por el jardín. Tenía que salir de allí. ¿Pero dónde podía ir? Sammael estaba al acecho, quería atraparla y asesinarla. Desesperada, se derrumbó en medio de las rosas y estalló en llanto.

--- ---

Blake miraba por la ventana. ¡Dios, cómo se había complicado todo! Debería haber imaginado que su hijo actuaría guiado por la rabia, pero él les había enseñado a ambos que debían controlar sus instintos en esas ocasiones.

Gabriel había sido imprudente y temerario, y ahora pagaría las consecuencias. Adriel acababa de informarles de que todo había salido bien, aunque Gaby estaba en coma. Pero era fuerte, saldría de esta. Su mujer acababa de quedarse dormida, estaba exhausta. La tensión había sido demasiada para ella. Se sirvió una copa, tenía que calmarse un poco. Aunque intentase aparentar serenidad en el fondo estaba destrozado.

Miró hacia los jardines, y vio a Leah derrumbarse entre los rosales. Algo muy grave debía haber pasado, y conociendo a su hijo mayor intuía qué. Bajó a prisa las escaleras para ir al encuentro de la joven.

--- ---

Leah no sabía qué hacer. No podía seguir cerca de Nahuel, pero tampoco tenía dónde ir. Si salía del castillo estaría indefensa, y no quería morir. Aún le quedaban muchas cosas por hacer.

Sintió una mano cálida en el hombro y levantó la vista. Blake. Debía haberla visto desde la ventana. Hundió la cara en su pecho y comenzó de nuevo a llorar.

—Shh... Tranquila, tranquila. Cuéntame qué ha ocurrido.

—Quiero irme de aquí —dijo entre hipidos—. No puedo permanecer cerca de él ni un minuto más. No me quiere.

—¿Quién?

—Me echa la culpa de lo que le ha pasado a Gaby. No quiere que me acerque a él.

—Entiendo. Pero querida, no puedes marcharte. Sammael lo tendría muy fácil.

—Ya lo se...

—¿Por qué no te vienes al castillo? No tendrás que verle si no quieres, pero al menos estarás más segura.

—¿Me prometes que no tendré que verlo?

—Si no quieres... te lo prometo.

—De acuerdo.

Ayudó a Leah a trasladarse a una habitación contigua a la suya. Cuando Yvaine despertó y se enteró de lo ocurrido, acogió a Leah bajo su ala. Su hijo era estúpido, y pensaba darle una buena lección.

Capítulo 16

Gabriel abrió los ojos lentamente. Sentía todo el cuerpo pesado. Intentó hablar, pero tenía la boca seca. Volvió la cabeza con cuidado. Un mareo, perfecto. Vislumbró la habitación en la que se encontraba. La sala de recuperación.

Ahora lo recordaba. Se había pasado de listo y Sammael le había herido. Después de eso... nada. Intentó de nuevo girar la cabeza. Nahuel. ¡Vaya pintas! Parecía como si no hubiese salido de allí en semanas. ¿Cuánto tiempo había pasado? Para él apenas habían sido unas horas. Intentó hablar, sin éxito. Solo salió de sus labios un gemido, lo suficiente para que su hermano levantara la cabeza y saliera a toda prisa al pasillo.

Nahuel no sabía dónde se encontraba Adri, pero debía encontrarlo. Después de seis semanas, Gaby por fin había despertado. En cuanto su padre le vio, bajó a toda prisa a ver a su hijo. Su madre no podía mirarle a la cara, y lo entendía. Él había tenido la culpa de todo, era un incompetente como rey y como hermano mayor.

Adriel entró por la puerta en el momento en el que él mismo salía. Necesitaba un baño y dormir, pero lo que más necesitaba era ver a Leah.

No la había visto desde el día del accidente, y no podía reprochárselo. Se había comportado como un auténtico cerdo. Ella no tenía la culpa de nada, pero había sido quien había pagado su mal humor y su desesperación. Suponía que aún le duraba el enfado, porque no había bajado a ver a Gaby ni una sola vez. Seguramente alguien la informaría del estado de su hermano, pues de no ser así habría ido a verle. Sonrió. Era orgullosa y peleona. Su vida junto a ella iba a ser muy entretenida.

Entró en la casa, pero allí no había nadie. Estaría en el castillo. Decidió ducharse y cambiarse de ropa antes de ir a buscarla. Lo único que faltaba es que se acercara con ese aspecto. Dios... llevaba días sin bañarse, no había querido perder el tiempo en ello por si Gabriel despertaba.

Abrió el armario... y el mundo se le derrumbó. No había signos de que Leah

siguiere viviendo en esa casa. Abrió cajones, puertas... y todo estaba vacío. Leah le había abandonado, y lo que es peor, estaba indefensa en alguna parte. Si le había ocurrido algo... ¡Dios! No quería ni pensarlo. Salió a correr hacia el castillo, su padre debía haberla puesto a salvo.

Entró en el despacho como una exhalación. Blake apenas levantó la vista de los documentos que estaba revisando.

— ¿Y bien? Nahuel, estoy muy ocupado, así que si no es muy importante...

— ¿Dónde está Leah?

— No quiere verte — las palabras de su padre aligeraron un poco la preocupación que sentía.

— ¿Dónde está? ¿Está bien?

— Está en un lugar seguro, lejos de ti. Como tú querías.

— ¿¿Yo?? ¿De qué demonios me estás hablando?

— Fuiste tú quien la alejó de tu lado, ¿recuerdas? La culpaste de todo y la dejaste a un lado. Llevas seis semanas encerrado como un imbécil en el cuarto de Gabriel sin tan siquiera preocuparte de dónde se encuentra o cómo está ella. Si Sammael la hubiese atrapado no te habrías dado ni cuenta, Nahuel, así que ahora no me vengas con esas.

— Yo no la he culpado a ella, sino a mí...

— “¡Todo esto es culpa tuya! Si no hubiese estado tan ocupado jugando entre tus faldas esto no hubiera sucedido” — repitió sus palabras con sorna—. Has dejado escapar la oportunidad de ser feliz con tu compañera, ahora no hay marcha atrás. Ella está muy dolida y no quiere ni oír hablar de ti.

— Tengo que hablar con ella...

— No, Nahuel, no vas a hablar con ella. Has tenido mucho tiempo para acercarte a ella y pedirle disculpas y no te ha dado la gana. No voy a decirte dónde se encuentra, no pienso permitir que le hagas más daño.

— Pero yo... la quiero, papá. No puedo vivir sin ella.

— Eso deberías haberlo pensado el día que la despreciaste y la humillaste, ahora es demasiado tarde. Vete a casa y descansa. Le diré que quieres verla, pero solo si ella accede a verte te lo permitiré.

— De acuerdo.

Su hijo salió cabizbajo de la habitación. Blake estaba bastante satisfecho con el resultado de la visita, todo salía según lo previsto.

Debía enseñar a su hijo a separar los problemas de su relación con Leah, o de lo contrario ella iba a ser muy desdichada.

Yvaine entró por la puerta secreta que unía su habitación con el despacho, se sentó sobre sus rodillas y le besó.

— ¿Y bien?

— Todo va según lo previsto, mi amor. Nahuel cree que Leah no está en

casa, y sabe que no quiere verle y que no voy a permitirle que lo haga. Con suerte en un par de días habrá aprendido la lección.

—Me alegro, porque esa muchacha lo está pasando realmente mal. Me tiene muy preocupada, apenas prueba bocado.

—Aprenderá la lección, ya verás. Y ahora —dijo metiendo la mano por debajo de su falda— hay algo que debes hacer por mí.

—¿El qué? —preguntó desabrochando el pantalón de su esposo.

Tras la carcajada que se oyó después de que Blake le explicase al oído detalladamente su petición, en el despacho no se oyó nada más.

--- ---

Nahuel se duchó y se afeitó, pero no pudo conciliar el sueño. Bajó a ver a Gaby, que ya se encontraba sentado en la cama. Al verle sonrió.

—¡Ey, hermano! ¿Dónde está mi cuñada? Voy a tener que hablar muy seriamente con ella —bromeó—. No ha venido a verme hoy.

—Gaby... Leah se ha ido.

—¿Que se ha ido? ¿Por qué?

—Porque fui un auténtico capullo, por eso.

—¿Qué le has hecho?

—La culpé de no haber sido capaz de evitar tu accidente y no he ido a verla en seis semanas.

—¿Pero es que has perdido la cabeza? La culpa de mi accidente la he tenido yo, por ser imprudente a pesar de las veces que papá nos ha repetido lo mismo. ¿Cómo se te ocurre culparla a ella?

—Pero si yo hubiese estado más pendiente de ti...

—¡Nahuel, no eres responsable de mí! ¡Tengo ochenta y nueve años, no soy ningún cachorro!

—Pero yo soy el rey.

—¡El rey, no Dios! Tú das las órdenes, no eres responsable de los actos de los demás. Ni siquiera Dios lo es —suspiró resignado—. Deja de martirizarte, ahora lo que tienes que hacer es ir a verla y pedirle perdón. De rodillas si hace falta.

—Papá no me deja verla, no quiere decirme dónde se encuentra.

—No se lo reprocho, yo tampoco te dejaría y te habría dado una buena paliza por tratarla así. Te has comportado como un capullo y un cobarde.

—Lo sé, lo se... Tengo que encontrarla.

—¿Y qué demonios haces aquí? ¡Sal a buscarla! Te agradezco enormemente tu compañía, pero ahora mismo prefiero una enfermera preciosa con muchas ganas de complacerme, así que lárgate.

Subió de nuevo al despacho de su padre y entró sin llamar. Encontró un lío

de ropa tirada por el suelo y a una pareja de enamorados pillados por sorpresa. Se dio la vuelta, pero no pudo contener las carcajadas.

—Creo haberte enseñado que antes de entrar a una habitación cerrada se debe llamar primero —replicó su padre de mal humor.

—Bueno, si no os comportaseis como adolescentes estas cosas no ocurrirían.

—¿Envidia? —dijo su padre una vez vestido— Quizás si no hubieses sido tan estúpido ahora tú estarías haciendo lo mismo.

—De eso quería hablarte, papá. Necesito saber dónde está Leah.

—¿Ahora? —explotó Yvaine— ¿Después de tratarla como un trapo viejo del que uno se desprende quieres que te digamos dónde está? ¡Me sorprende haber criado un hijo así!

—Mamá, sé que estás enfadada conmigo por lo de Gaby, pero...

—¿Por lo de Gaby? ¿En serio? ¡Estoy furiosa contigo por cómo has tratado a Leah! ¿Cómo se te ocurre? ¡Es tu compañera! ¡Debes tratarla con respeto, no como si fuese una camisa vieja que se tira a la basura!

—¿No es por Gaby? —preguntó Nahuel sorprendido.

—¡Por supuesto que no! ¿Tú que tienes que ver con lo irresponsable que ha sido tu hermano?

—Yo creía...

—Creías muchas cosas y todas eran erróneas, y por culpa de imaginar tonterías has perdido a tu mujer.

—Lo sé, mamá, pero necesito verla y pedirle perdón.

—No voy a permitirte, Nahuel Bruce. No voy a consentir que sigas haciéndole daño, no se lo merece.

—No pretendo hacerle daño. Lo único que quiero es compensarla por todo el daño que ya le he causado.

—La verás si ella quiere que la veas y en las condiciones que ella decida, no de otra manera.

—Lo que sea, mamá. Pero por favor, necesito verla.

—Intentaré interferir —dijo su madre con mirada tierna— pero no te prometo nada.

—Gracias, mamá —dijo dándole un fuerte beso en la cara—. Incluso desaliñada eres la mejor.

Nahuel se resignó a la espera. Tenía que dormir un poco, pero no podría hacerlo en la cama que había compartido con Leah. El perfume de su piel impregnaba la casa, su presencia estaba presente en cada rincón. Podía recordar momentos felices con ella en todas las estancias. Habían hecho el amor en todos los lugares posibles. La necesitaba tanto como necesitaba respirar. Su mundo sin ella estaba vacío y triste.

Dormiría una habitación de invitados. El castillo estaba repleto de ellas,

pero su favorita era la contigua al cuarto de sus padres, quizás porque había sido su dormitorio cuando eran niños. Recordó las innumerables veces que Gaby y él corrieron a la cama de sus padres en mitad de la noche alegando que tenían miedo, pero lo que realmente querían era dormir en el colchón de plumas entre las dos personas que más querían. En ese momento dejaban de ser los reyes de los Weretigers para convertirse en papá y mamá, y les contaban historias hasta que se dormían.

Abrió la puerta sumido en sus pensamientos y casi le da un infarto: allí, de pie y desnuda, se encontraba su amada. La sensación de alivio casi consigue hincarlo de rodillas en el suelo, pero el jarrón que le pasó a pocos centímetros de su oreja derecha le hizo volver a la realidad.

—¡Fuera! —gritó su banshee.

—Leah —Otro objeto pasó peligrosamente cerca de su cara, así que cerró la puerta—. Leah, amor mío...

—¡Lárgate! ¡No quiero verte!

—Pero princesa...

—¡No me llames princesa! Ya no somos nada, ¿me oyes?

—Pero Leah... Por favor, escúchame.

—No tengo nada que escuchar, Nahuel Bruce.

—Leah, cielo...

—¡Yo no soy tu cielo! ¡Tú decidiste apartarme de tu lado! —abrió la puerta envuelta en una bata de satén— He esperado seis semanas, Nahuel. Seis semanas deseando que vinieses a decirme que me querías, que no podías estar sin mí, que lo sentías, pero tu orgullo ha podido más que el amor que supuestamente sientes por mí, así que se acabó.

—Eso no es verdad, Leah. Yo...

—¿Tú qué? Has estado al lado de la cama de Gaby como un zombi durante seis semanas. ¿Creías que así expiarías tu culpa? Pues mala suerte, porque no tenías nada que expiar. Lo único que has conseguido con tu comportamiento es que me aleje de ti. Aunque claro, dejaste muy claro que eso era lo que querías.

—Nunca he dicho eso...

—“Si no hubiese estado jugando entre tus faldas nada de esto habría ocurrido” —dijo repitiendo las palabras exactas de él—. Pues tranquilo, ya no tienes faldas entre las que jugar. Adelante, majestad, gobierne a los suyos en soledad, ocupándose de todos ellos con total libertad. Estaré aquí hasta que logrés terminar con Sammael, y después me iré a mi casa a seguir con mi vida.

Dicho esto, cerró la puerta de un portazo. Nahuel se dejó caer en el suelo. Leah estaba a salvo. Eso era lo único realmente importante, y la tenía tan cerca que casi podía tocarla. Tenía todo el tiempo del mundo para recuperarla. Volvería a conquistarla de alguna manera.

Capítulo 17

Sammael daba vueltas como un gato enjaulado. Habían pasado seis semanas desde el ataque y no había tenido noticias de los tigres. ¿Qué ocurría? Gabriel había muerto, era imposible que hubiese sobrevivido al ataque. ¿Dónde se encontraba Nahuel? Suponía que tras la muerte de su hermano el monarca iría detrás de él sin más dilación...

Tendría que seguir con su plan inicial. Qué asco... Tendría que volver a seducir a la mujer. Volver a hacerse pasar por enamorado le roía las entrañas. Cogió el móvil y marcó el número de la mujer. Nada. Nadie contestó la llamada. ¿Dónde estaría? Le había dicho que estuviese disponible por si él la necesitaba. En cuanto la encontrara se ocuparía de que no volviese a desatender el teléfono jamás.

--- ---

Laren estaba muy preocupada. Su hermana tenía cerca de cuarenta de fiebre, y no tenía dinero suficiente para pagar la factura del hospital. ¿Qué podía hacer? Intentó bajarle la fiebre con paños de agua fría, pero fue inútil.

Recordó que su jefe tenía un primo que atendía a pacientes con pocos recursos económicos, pero no podía hacer eso. Si los Bruce se enterasen de ello se moriría de la vergüenza.

¿Dónde estaba Seth? Llevaba semanas sin llamarla. Si él estuviese allí la ayudaría. Quizás había tenido que irse a alguna parte por negocios.

Sonó el teléfono. Como estaba con la niña en la bañera no le dio tiempo a responder. La acostó en su cama con cuidado y miró el teléfono. Seth, por fin. Marcó el número que él le había dado para ocasiones como esa.

- ¿Dónde demonios estás?
- ¡Seth, gracias a Dios! Estoy en casa, necesito tu ayuda.
- ¡No vuelvas a dejar que cuelgue cuando te llamo! ¿Entendido?
- ¡Seth, necesito que me ayudes! Estoy desesperada.
- A ver, qué ocurre.
- Es mi hermana. Arde en fiebre, y no sé qué hacer.
- Pues llévala a un hospital, mira que eres tonta.
- No puedo permitirme pagar la factura.

—¿Y qué pretendes que haga? ¿Que la pague yo?
—Solo pretendo que me dejes el dinero. Te lo devolveré.
—Olvidalo, no puedo dejarte nada. Como veo que hoy no estás muy receptiva, ya te llamaré otro día —y colgó.
—Seth... ¡Maldita sea, Seth!

Desesperada, lió a la pequeña en una manta y salió a la calle. Solo había un lugar al que podía acudir, y aunque no le hacía ni pizca de gracia, sabía que Adriel Bruce salvaría a su hermanita.

--- ---

Adriel se quitó la bata y suspiró, había sido un día muy largo.

Demasiados niños enfermos, demasiadas familias sin recursos. Le gustaba su trabajo como Weretiger, pero en días como ese preferiría tener tiempo para sí mismo. No tenía tiempo de salir a divertirse, a conocer chicas. No tenía tiempo de pararse a pensar en su futuro.

Nunca antes se había preocupado de esas cosas, pero al ver a Nahuel y Aileana había sentido envidia sana. Se sentía solo. Sí, era cierto que su familia estaba muy unida, pero le hubiese gustado encontrar a su compañera.

Estaba cerrando la puerta cuando vio a una mujer llegar corriendo por la calle. Traía en los brazos una pequeña, adiós a descansar un par de horas antes de patrullar. Se acercó a paso rápido para coger a la niña, y entonces la vio. Esos ojos... ¿qué le ocurría? Sentía ardiendo las entrañas. La boca se le quedó seca, y no podía dejar de mirarla. Se había quedado hipnotizado por esos ojos color avellana.

—Ayúdame, por favor. Mi hermana arde en fiebre y no sé qué hacer...

—Tranquila —dijo saliendo de su ensimismamiento—, vamos dentro y veremos qué podemos hacer.

—Gracias. Muchas gracias.

Adriel estaba cansado, pero los niños pequeños merecían toda su atención. Atendió a la pequeña con todo el cuidado del mundo hasta que bajó la fiebre y la dejó descansando tranquilamente. Se volvió de nuevo hacia la mujer, y un millón de sensaciones volvieron a asaltarle.

Instinto, eso era. El instinto felino en todo su esplendor. ¿Sería la llamada? Imposible. Aún no era su momento.

--- ---

Laren miraba angustiada al primo de su jefe. Cada movimiento del doctor era calculado, cuidadoso, meticuloso. Atendía a su hermana como si fuese la más fina pieza de cristal de Bohemia, como si tuviese miedo de que se rompiera. Le

miró detenidamente. La verdad es que era bastante atractivo. Tenía el pelo castaño cortado muy corto. Sus ojos color azul oscuro tenían forma almendrada. Llevaba una barba muy bien cuidada que le daba un toque sexy y distinguido. Era alto, aunque no demasiado. Sus músculos bien definidos se marcaban por debajo de la camiseta cuando se movía. Y un tatuaje en forma de León adornaba el bíceps de su brazo derecho.

De repente a Laren se le pasaron por la mente imágenes de ellos dos en la cama. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¡Ella tenía pareja! Si Seth se enteraba de aquello la dejaría y ella se quedaría sola de nuevo.

—Bien, la fiebre ya ha bajado por completo —dijo Adriel sacándola de su ensimismamiento—. Toma —le entregó un frasco—, dale este jarabe tres veces al día y en una semana estará dando guerra de nuevo.

—Gracias, muchas gracias. No sé cómo agradeceréte.

—Tranquila, Solo he hecho mi trabajo. Vete a casa. Es muy tarde ya y las calles no son muy seguras, es mejor que cojas un taxi. Si no tienes dinero yo lo pagaré, no te preocupes, pero no andes sola por los callejones. Buenas noches.

—Adiós.

Laren se subió al taxi que él le había llamado y se dirigió a su apartamento. Cuando abrió la puerta encontró a Seth sentado en el sofá, fumando y bebiendo whisky.

—¿Dónde estabas?

—He llevado a la niña al médico. No grites, necesita descansar.

—Acuéstala y ven aquí.

—De acuerdo.

Acostó a la niña en su cama, la tapó con mucho cariño y le dio un suave beso en la frente. Estaba fresca. Todo gracias a Adriel.

—Seth, estoy muy cansada. Llevo levantada desde muy temprano.

—No me importa. Me apetece estar contigo.

—Seth, por favor...

En ese momento el demonio se acercó a besarla, pero el olor de Adriel impregnaba su ropa. El olor a gato le repulsaba. Apartó a la mujer de un empujón.

—¿Con quién cojones has estado?

—Ya te lo he dicho, he llevado a mi hermana al médico.

—¡Mientes! Has estado con un hombre, hueles a su perfume.

—Seth, el médico es un hombre. Al coger a la niña de mis brazos me ha rozado, quizás sea eso.

—Óyeme bien, Laren. Que no vuelva a verte con un Bruce. ¿Me entiendes? ¡No quiero que te acerques a esa familia!

—¿Cómo sabes que es un Bruce?

—Promete que no volverás a acercarte a uno de ellos.

—Pero Seth... trabajo para ellos...

—Quiero que dejes el trabajo.

—No puedo... ¿de qué viviríamos la niña y yo?

—Yo te mantendré, te pondré una paga. Pero no vuelvas a ver a los Bruce.

La besó con furia, acarició su cuerpo bruscamente. La penetró sin cuidado y, como siempre, no tuvo en cuenta sus necesidades. Una vez terminado, se vistió y sin tan siquiera mirarla salió por la puerta del apartamento.

Capítulo 18

Nahuel tenía en las manos la carta de dimisión de Laren. Era una lástima, la chica era realmente eficiente. Su sonrisa iluminaba la oficina, y su sentido del humor era un toque de agua fresca. La apreciaba, como todos en la central. Hacía un tiempo que andaba distraída, pero lo achacó a algún novio, no se esperaba esto. Se reclinó en la silla y suspiró. Tendrían que buscar a otra persona para su puesto.

—Hola hermano —dijo Gaby entrando— ¿Cómo estás?

—Bueno... si contamos que mi novia no quiere saber nada de mí, que no sé cómo librarme de Sammael, que Laren ha dimitido...

—¿Laren? ¿En serio?

—Sí, esta mañana me he encontrado su carta de dimisión sobre la mesa.

—Qué extraño...

—¿A qué te refieres?

—Adriel me ha dicho esta mañana que Laren estuvo anoche en su clínica. Su hermana pequeña ardía en fiebre.

—¿En la clínica de Adri? No sabía que su sueldo no le alcanzaba... deberíamos habernos dado cuenta de ello.

—Bueno, si ha dimitido será porque ha encontrado un puesto mejor en alguna parte —añadió su hermano.

—Necesito que te ocupes tú de buscar a alguien para su puesto.

—¿Yo? ¿Cómo es que no lo haces tú?

—Me voy a tomar el resto de la semana libre. Tengo que recuperar a Leah, y creo que la única manera es engañarla y llevarla lejos.

—¿Dónde iréis?

—A Maui, ya lo tengo todo previsto.

—¿Y me puedes decir cómo la vas a convencer para que se vaya contigo? No quiere ni verte.

—La haré creer que Sammael está muy cerca. Es la única forma de que venga conmigo.

—No creo que sea buena idea, tío... Te va a odiar aún más si descubre la mentira.

—Tengo que intentarlo, ¿no lo ves? ¡Cada día que pasa estoy más lejos de ella! No quiere verme ni hablar conmigo. No acepta mis regalos ni mis disculpas.

Cuando estamos en la misma habitación hace como si yo no existiera, y ya no puedo más.

—Bueno, espero que tengas éxito. De lo contrario...

—Lo tendré. Sé que me ama, sé que ella también está destrozada. Pero es demasiado orgullosa como para perdonarme.

—Puedes estar tranquilo. Yo me ocuparé de todo aquí.

—Gracias Gaby, sé que puedo contar contigo.

Leah dormía. Eran las cuatro de la madrugada cuando Nahuel la despertó angustiado. Al principio no pudo pensar, Solo alegrarse de que el amor de su vida estuviese ante ella, pero luego recordó lo ocurrido y frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí?

—Sammael está demasiado cerca, tengo que sacarte de aquí de inmediato.

Leah perdió el color, y el horror la paralizó. Nahuel se movía de un lado a otro de la habitación, cogiendo ropa de aquí y de allá, haciéndose cargo de todo. Protegiéndola a pesar de estar separados. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

—¡Eh, eh! —dijo el hombre abrazándola— No llores, no va a hacerte daño. Sabes que no lo permitiría, cariño mío. Date prisa, ayúdame a hacer la maleta, que tenemos que irnos ya.

—Estoy asustada, Nahuel.

—No tienes por qué estarlo, amor mío. Yo estoy contigo. Venga, apresúrate.

Salieron de prisa por uno de los corredores secretos. En la salida esperaba un coche negro con los cristales ahumados. Un cristal les separaba del conductor, por lo que no podía ver quién era. Nahuel la metió a toda prisa en el vehículo y la abrazó.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella intrigada.

—A un lugar seguro.

—¿Pero dónde?

—Ya lo verás.

Subieron a un avión privado. Una vez hubieron despegado, una muchacha se acercó con el desayuno.

—No tengo hambre, gracias —dijo Leah.

—Cariño, tienes que comer algo.

—Se me ha cerrado el estómago.

—Leah, estás a salvo y necesitas comer. Tómate aunque sea el zumo.

Leah estaba cansada para discutir, así que accedió a lo que Nahuel le pedía. Una vez hubo terminado, se tumbó en un sillón y se quedó dormida. La despertó un roce suave en los labios. Nahuel. Le echaba terriblemente de menos, pero no podía dar su brazo a torcer. Le había dolido mucho su reacción en lo referente al accidente de Gaby, así que se apartó.

—Ya hemos llegado —dijo Nahuel.

Cuando salió del aeropuerto se quedó con la boca abierta. Playas paradisíacas, palmeras y sol. No entendía qué hacían en una isla vacacional.

—Nahuel, ¿dónde estamos?

—En Maui.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Relajarnos y disfrutar de un tiempo sin Sammael, sin preocupaciones.

—Podría haber venido con Amathiel o con Ithuriel a ponerme a salvo. No hacía falta que vinieses tú, seguro que su majestad tiene mucho que hacer.

—Leah...

El taxi llegó en ese momento y no pudieron seguir con la discusión. Se alojaron en la suite nupcial de un hotel de cinco estrellas. La habitación era maravillosa, con vistas al mar, jacuzzi y una cama de dos metros. Una botella de cava acompañado de fresas con nata les dio la bienvenida. La habitación estaba dispuesta para seducir, todo en ella indicaba noches de pasión y atardeceres románticos.

Nahuel lo había preparado todo para reconquistarla aprovechando el viaje. ¡Y menuda forma de hacerlo! Rió para sí. La amaba, estaba segura, pero tenía que darle una lección. Se volvió hacia él con los brazos en jarras.

—¿Y bien? ¿Me explicas qué significa todo esto?

—Leah, vida mía...

—¿Creías que por traerme a Maui iba a volver contigo? Lo que ocurrió el día del accidente de Gaby no es algo que pueda olvidar tan fácilmente, Nahuel Bruce. Me dolió mucho que me trataras como me trataste, y no voy a poderlo olvidar tan fácilmente.

—Leah, solo quiero pasar tiempo contigo. No te pido nada más que eso.

—Voy a darme una ducha y vamos a cenar.

—De acuerdo.

Nahuel escuchó el grifo. Leah estaba desnuda bajo el agua caliente. Imaginó cada curva, cada lunar, y el calor empezó a subirle por la nuca. Qué no daría él por estar con ella acariciándola, besándola, haciéndole el amor. Tragó saliva. Debía tranquilizarse o se pondría en evidencia delante de ella, y eso agravaría la situación. En ese momento Leah apareció envuelta únicamente en una toalla.

—Leah... me estás matando —gimió dándose la vuelta.

—Lo siento, pero no cogí ropa. Y ya me has visto desnuda millones de veces, no es tan terrible.

—Precisamente por eso.

—A fin de cuentas has conseguido estar seis semanas sin verme... podrás soportar diez minutos viéndome con una toalla —Nahuel se acercó a ella, le cogió la mano y la situó en el bulto de su erección.

—Esto es lo que me pasa cada vez que tú estás cerca, Leah. Estoy empalmado, frustrado y dolorido. Vístete o te juro que vas a acabar tumbada de espaldas conmigo en tu interior.

A Leah le faltó tiempo para vestirse, el corazón le latía a mil por hora. Había querido provocarle, pero el resultado había sido nefasto. Estaba excitada, se moría de ganas de lanzarse en sus brazos y besarle hasta perder el sentido. Necesitaba sentirle dentro de ella, saber que seguía siendo suyo, pero era demasiado pronto.

Cuando volvió al salón, Nahuel se había ido a duchar. Una vez estuvieron listos, se fueron juntos a cenar. Comieron en absoluto silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. A la hora de dormir volvieron los problemas: solo había una enorme cama para los dos.

—¿Cómo dormiremos? Solo hay una cama —preguntó Leah.

—Duerme tú en la cama, yo dormiré en el sofá.

—Nahuel... la cama es lo suficientemente grande para los dos, no puedo permitir que duermas en ese sillón tan pequeño.

—No quiero incomodarte, Leah. Es cierto que me he aprovechado de la situación, pero no voy a obligarte a nada. No puedo hacer magia para que perdones el haberme comportado como un auténtico imbécil. Me merezco todo lo que estoy pasando, pero tú no tienes que soportarme si no quieres. Buenas noches.

—Nahuel —dijo ella agarrándolo del brazo—, duerme en la cama conmigo, no me incomoda hacerlo. Somos adultos, podemos dormir en una misma cama.

—¿Estás segura?

—Claro que sí.

Estuvieron largo rato despiertos sin atreverse a moverse. Nahuel no iba a volver a rebajarse. Ya había hecho todo lo humanamente posible por recuperar el corazón de Leah, y todo había sido inútil. Dolía, claro que dolía. Había perdido lo que más quería por imbécil. Miró de reojo a Leah. Estaba tan despierta como él. Se moría de ganas de abrazarla. Los ojos se le llenaron de lágrimas, así que se volvió bruscamente de espaldas a ella para que no le viera llorar.

--- ---

Leah vio las lágrimas de Nahuel antes de que se diera la vuelta. Se le partía el alma al verlo. Tan grande, tan poderoso, y a la vez tan débil por culpa suya. ¿Estaría cometiendo un error al rechazar lo que él le ofrecía? Ella también estaba destrozada. Se acercó lentamente a Nahuel y le abrazó. Su hombre solo acarició el dorso de su mano y dio rienda suelta a su llanto.

Mucho rato después la tormenta había pasado. Leah estaba abrazada a Nahuel apoyada en su pecho, mientras él le acariciaba la espalda.

—¿Estás mejor? —preguntó Leah.

—Sí, cielo. Perdóname, no debería haberte metido en esto. Debería haber respetado tus deseos.

—Nahuel —dijo ella incorporándose para poder mirarle a la cara—, he estado pensando en todo esto. Te quiero, y yo también estoy pasándolo mal por culpa de mi orgullo. No quiero seguir así, te necesito.

—¡Gracias a Dios!

Leah se acercó y se apoderó de la boca de su amado. Llevaban demasiado tiempo separados, demasiadas horas sin verse, sin tocarse.

Nahuel la abrazó y de un solo movimiento la puso debajo de él. Esa vez la pasión fue desenfrenada e incontrolable. Se morían por tocarse, parecía como si el mundo se fuese a acabar al día siguiente y necesitasen recordar cada curva del cuerpo del otro por toda la eternidad. Hicieron el amor deprisa, intensamente, y se quedaron dormidos al instante.

El resto del fin de semana fue como un cuento de hadas. Rieron, bailaron a la luz de la luna, hicieron el amor bajo el manto estrellado. No querían volver. Las responsabilidades y las preocupaciones de casa eran demasiado para ellos. Estaban cansados de vivir con miedo.

Nahuel estaba seguro de que si no hacían algo pronto, Sammael se saldría con la suya. Cada vez se acercaba más y más, cada vez era más temerario. Había perdido el miedo y eso no era nada bueno. Desde el ataque de Gaby no había dado señales de vida, ni una sola mujer había sido atacada. Sabía que estaba planeando algo, pero ¿qué? Tendría que trazar un plan de acción en cuanto llegaran a Escocia.

--- ---

Leah estaba cabizbaja en el vuelo de vuelta a la rutina. Si Sammael no desistía en su objetivo de atraparla nunca podría vivir en paz junto a Nahuel. Aunque volvían a estar juntos, nada había cambiado, seguía siendo cautiva en su propia casa por culpa de ese demonio. No podía trabajar, ni salir a pasear con sus amigas, no podía hacer nada sin que un Weretiger estuviese junto a ella. Y no era que no estuviese a gusto con todos ellos, al contrario. Había trabado una muy buena amistad con las mujeres de la familia, y con los hombres le pasaba lo mismo.

Gracias a Dios, Adriel la mantenía entretenida en la clínica, si no se hubiese vuelto loca.

--- ---

Nahuel se volvió hacia su mujer. Se la veía triste, y no era de extrañar. Vivir de la forma en la que ella lo hacía últimamente debía ser un tormento, pero no había más remedio. No podía permitir que Sammael la atrapase, porque entonces

él enloquecería y tendrían dos demonios a los que destruir... y un tigre enloquecido. La besó suavemente en el cabello, ganándose la más dulce de las sonrisas por parte de ella.

Cuando llegaron a Edimburgo, Gabriel les esperaba en el aeropuerto. Eso era malo, muy malo. Tenía que haber pasado algo terrible. En cuanto se acercaron, ambos hermanos se abrazaron, y Gaby levantó a Leah por los aires.

— ¿Qué tal el viaje?

— Perfecto — contestó Nahuel —. ¿Qué haces aquí?

— Han sucedido bastantes cosas desde que os fuisteis, así que hemos doblado las medidas de seguridad. No soy el único que está aquí, hermano.

Nahuel miró alrededor y entonces los vio. Todos los miembros de su familia estaban allí. Incluso aquellos que no formaban parte del equipo. Sus tíos, tías, primos... todos preparados para la batalla.

— Vamos — dijo entonces pasando el brazo por la cintura de su mujer —, pongamos a salvo a Leah.

— ¿Pero qué ocurre? — preguntó la aludida.

— En casa hablamos, Leah — contestó Gaby —, pero ahora tienes que darte prisa.

A cada paso que daban dos de los suyos les cubrían un flanco. Para cuando llegaron al coche, una docena de Weretigers les rodeaba. Cruzaron las calles de Edimburgo a toda prisa, y cuando llegaron al castillo encendieron todas las medidas de seguridad.

— Cuando os refresquéis id al despacho de papá y os lo explicaremos todo — dijo Gabriel antes de separarse de ellos.

— De acuerdo — contestó el monarca.

Leah estaba aterrorizada. ¿Qué ocurría? ¿Acaso Sammael se había acercado demasiado a ellos? Sintió un escalofrío. No quería que la atrapara, no podría soportarlo. Sintió náuseas. Nahuel, al ver la reacción de Leah, la cogió en brazos y se sentó con ella en el borde de la cama, abrazándola.

— Cariño, tranquilízate. No voy a permitir que te haga daño.

— Pero ¿y si me coge? ¿Y si no puedes impedir que me atrape?

— No lo hará.

— Nahuel, prométeme una cosa. Prométeme que si me atrapa acabarás con mi vida antes de que me viole.

— Leah...

— ¡Prométemelo!

— ¡No puedo! No voy a ser capaz de hacerlo, ¿no lo entiendes?

— Nahuel, no se trata de ti y de mí, se trata de que si me atrapa y consigue su objetivo, habrá dos demonios sueltos matando a mujeres inocentes. Si no lo haces por mí hazlo por ellas.

— Cariño...

— Júramelo, Nahuel Bruce.

— ¡Está bien, maldita sea! Te lo juro.

Una vez hubieron descansado, se reunieron en el despacho con Blake, Yvaine y Gabriel. Todos estaban muy serios, todos estaban preocupados. Nada más entrar por la puerta, Yvaine se acercó a Leah, la abrazó y se sentó junto a ella en un sofá.

— Contadnos de una vez qué ha ocurrido — dijo Nahuel.

— La guerra contra Sammael ha empezado — contestó su hermano.

— Han aparecido una veintena de mujeres — continuó su padre—. Violadas, asesinadas o descuartizadas. Ha habido matanzas entre mujeres y adolescentes que apenas han llegado a la pubertad.

— ¡Oh, Dios mío! — Leah estaba aterrorizada.

— Todas ellas tenían algo en común — prosiguió Blake—, todas tenían grabada una estrella de David en alguna parte de su cuerpo. Posiblemente las hizo con sus garras mientras aún estaban vivas. No se alimenta de ellas, Nahuel. Las mata por placer o como advertencia.

— No hemos conseguido averiguar cómo lo hace, hermano. La policía está investigando el caso, pues creen que es un asesino en serie. Uriel nos mantiene informados sobre las nuevas víctimas.

— Me está amenazando — dijo Nahuel—, está provocándome para que actúe.

— No vas a hacerlo — añadió Blake impasible—. Te mantendrás al margen de todo esto.

— ¡Ni lo sueñes! ¡Es a mi mujer a quien quiere!

— ¡Tú te quedarás aquí protegiendo a Leah! ¡Es una orden! ¡No voy a consentir que te metas en la boca del lobo!

— Pero papá...

— Es una orden, Nahuel Bruce. No voy a perder a mi hijo. Está decidido.

— Entendido — contestó el aludido agachando la cabeza.

— Todos los demás nos ocuparemos de arreglar este embrollo. Es un caso de alerta máxima. No podemos permitir que muera ni una sola mujer más.

Leah no pudo soportarlo más. Las náuseas llegaron sin avisar. Ni siquiera le dio tiempo de llegar al baño. Nahuel fue detrás de ella, y lo único que pudo hacer fue sujetarle el cabello y ponerle toallas de agua fría mientras las náuseas remitían.

— ¿Estás mejor?

— Todo esto me sobrepasa. Estoy aterrada, Nahuel.

— Tranquila, mi vida. No voy a permitir que te haga daño. No vas a salir de casa bajo ningún concepto. Aquí estarás a salvo.

— ¿Estás seguro?

—Sí, lo estoy. Las medidas de seguridad son muy efectivas. Sammael no podrá acercarse a ti, te lo prometo.

Nahuel necesitaba hacer algo que llevaba mucho tiempo pensando, necesitaba pedirle a Leah que se casara con él. Pero ahora con todo lo que estaba pasando también quería distraerla. Necesitaba una gran idea, necesitaba hacer algo espectacular.

Leah se despertó con las primeras luces de la mañana. Se estiró cuan larga era en la cama y sonrió. La noche pasada había sido impresionante. Habían cenado solos en su habitación, se dieron un relajante baño de espuma en el jacuzzi e hicieron el amor de mil maneras diferentes hasta que se quedaron dormidos del cansancio.

Miró hacia el lado de la cama en el que dormía Nahuel, que hacía rato que se había levantado. Salió de la cama y fue a tomar una ducha.

Cuando salió del baño vestida y refrescada encontró sobre la mesa un desayuno de lo más completo acompañado de una rosa y una nota: “Te espero en la glorieta. Hay algo que tenemos que hablar. Te amo. Nahuel”.

Sonrió. ¿Qué se traería entre manos? Él creía que ella no se percataba, pero desde que llegaron había hecho lo imposible para entretenerla y apartar sus pensamientos de la guerra. Posiblemente se le habría ocurrido otra idea más para entretenerla durante todo el día. Cada vez le amaba más. Hacía que su vida fuese un cuento de hadas.

Desayunó y se dirigió a la glorieta. Los ventanales estaban cubiertos por unas suaves cortinas de raso color marfil. “Qué extraño” pensó Leah. Yvaine siempre tenía las cortinas abiertas porque no le gustaba la oscuridad. Cuando abrió la puerta se quedó asombrada. Miles de velas blancas dispuestas por el suelo iluminaban la habitación. Pétalos blancos formaban una alfombra que la conducían hacia un corazón hecho en medio de la glorieta con velas rojas. Allí, en el centro de aquella vorágine de amor y romanticismo, estaba su amado. Tan alto, viril y poderoso. Se acercó a él despacio, temblando. Cuando estuvo dentro del corazón y a tan solo dos pasos de él, Nahuel se arrodilló.

—Mi vida, sé que no soy el hombre más perfecto del mundo, sé que soy difícil, cabezota y posesivo, pero te amo. No soy capaz de concebir mi vida si no estás a mi lado. Si no te tengo cerca me vuelvo un ser insoportable y malhumorado. Leah... cástate conmigo. Haz de mí un buen hombre. Sé la madre de mis hijos, envejece conmigo, pero sobretodo... ámame, Leah. Ámame porque sin tu amor no soy nada.

—¡Oh, amor mío! Por supuesto que me casaré contigo.

Y Nahuel la abrazó, la besó, la desnudó tan despacio que parecía como si hubiese pasado una eternidad desde que empezara a hacerlo. La tumbó

suavemente en el corazón de rosas y le hizo el amor despacio, suavemente, sin prisa pero sin pausa, hasta que ambos cayeron satisfechos uno en brazos del otro.

Estuvieron todo el día encerrados en la glorieta. Nahuel había previsto aquello y dispuso una mesa llena de los mejores manjares. Caviar, salmón, ostras... fresas con nata, champán... Bien entrada la madrugada subieron a su habitación y siguieron amándose hasta que las primeras luces del alba se colaron por la ventana.

Capítulo 19

Sammael estaba tumbado en la cama de Laren. La muchacha dormía. Estaba satisfecho con su trabajo. Sabía que con las matanzas en serie había conseguido poner en jaque a todos los Weretigers, y pronto tendría su venganza.

Se levantó de la cama, necesitaba estirarse. Una vez en el salón se transformó, su bestia interior necesitaba salir, llevaba demasiado tiempo encerrado en ese cuerpo. Estiró sus alas... Un sonido tras de sí lo hizo volverse. Laren estaba de pie en la puerta aterrorizada. ¡Mierda! ¡Le había descubierto! Justo cuando la mujer echó a correr en dirección opuesta a él, con un rápido movimiento la atrapó y la sujetó con fuerza.

—Shh... A callar —dijo transformándose en humano—. Ahora vamos a hablar tranquilamente. Vas a hacer todo lo que te diga, ¿me oyes? Porque de no ser así voy a matarte a ti y voy a violar a tu hermanita hasta que muera.

—¿Qué... qué eres?

—Un demonio, querida. Mi verdadero nombre es Sammael. Te necesito para llevar a cabo mis planes, y tú me vas a ayudar.

—¿Qué qui...quieres de mí?

—A la mujer de Nahuel Bruce, eso es lo que quiero. Y tú me vas a ayudar a atraparla.

—¿Leah? ¿Quieres a Leah? ¿Pero por qué?

—Tengo que reproducirme, y es la única mujer lo suficientemente fuerte como para aguantar el embarazo. No sufras, querida, una vez la haya dejado embarazada no me servirá para nada. Mi hijo la matará, y si te portas bien podrás seguir disfrutando de este cuerpo humano siempre que quieras.

—Deja a mi hermana libre y seré tuya.

—¿Crees que soy estúpido? Ella es la garantía de que harás lo que te digo, preciosa.

Sammael la violó, como hombre y como bestia, y Laren solo pudo vomitar. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras la sangre lo hacía por sus muslos. Cuando el demonio hubo terminado, la dejó allí tirada, como una muñeca de trapo inerte, con la mirada perdida y casi perdida la cordura. Pero tenía que ser fuerte, tenía que proteger a su hermana.

Sacó fuerzas de donde no las había, se recompuso la ropa lo mejor que pudo

y salió a la calle. Solo había una cosa que podía hacer. Y tenía que hacerlo ya.

--- ---

Leah estaba sentada con Yvaine en el jardín. Estaban mirando catálogos para elegir el vestido de novia. Habían decidido casarse lo antes posible, sin tener en cuenta la guerra contra Sammael. Ese día Nahuel se encontraba en las oficinas de la empresa, había surgido un problema y Gaby no podía resolverlo sin ayuda.

Ambas mujeres reían divertidas planeando el que sería el día más importante en la vida de Leah, cuando una mujer sucia, con la ropa hecha jirones y llena de heridas y moretones se derrumbó delante de ellas.

—¡Dios mío! —dijo Yvaine mientras Leah se arrodillaba junto a ella—
Llamaré a Adriel inmediatamente.

Antes de que Leah pudiese contestar la mujer había salido corriendo hacia el castillo. Intentó incorporar a la mujer para sentarla en el banco.

—Leah...

—Tranquila, estás a salvo.

—Mi... hermana. Sammael... tiene a mi hermana.

—La rescataremos, te lo prometo.

—¡No... Tú no! Te quiere... a ti.

—Tranquila, Nahuel lo arreglará todo, ya lo verás. Ahora debes descansar.

Yvaine llegó corriendo a donde estaba Leah y se dejó caer a su lado. Acarició el pelo de la joven con mucho cuidado.

—¿Ha dicho algo?

—Yvaine, tengo que ir a buscar a Nahuel.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¡No puedes salir del castillo!

—¡Sammael tiene a su hermana! No voy a permitir que la asesine, ya me he cansado de ser cobarde. Quédate con ella y en cuanto llegue Adriel le dices que avise a todos y que se reúnan con nosotros en la central.

—Pero Leah...

—Tengo que hacerlo, Yvaine. Si esperamos a Adriel puede que sea demasiado tarde para la pequeña.

Leah corrió a las cocheras de la familia. Siempre había un coche a disposición de Yvaine por si tenía que salir, y ese día no iba a ser distinto.

Entró a toda prisa en el vehículo y dio la orden al chófer de llevarla a la central.

Pero ese no era el camino que siempre había tomado cuando iba con Nahuel. Un escalofrío le recorrió la nuca, y la sangre se le heló en las venas. Miró al espejo retrovisor y vio los ojos verdes que más pavor le producían. La había atrapado... Y no había nadie para salvarla.

—Hola, querida. Ya era hora de que volvieres al lugar donde perteneces...

Leah intentó abrir la puerta, pero estaba bloqueada. También las ventanas. Golpeó el cristal con todas sus fuerzas, hasta que la sangre le brotó de los nudillos, pero fue inútil. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas, la sangre corría por sus antebrazos. No podía salvarse sola. Estaba desesperada y aterrada. Y gritó.

--- ---

Adriel llegó a las oficinas tan rápido como pudo. La mujer se pondría bien, gracias a Dios. Un par de noches antes había atendido a su hermana que ardía en fiebre. Y él se había sentido muy extraño cuando ella estaba cerca.

Ese no era momento de pensar en esas cosas, Leah había sido una imprudente y se había expuesto al peligro. Esperaba que estuviese bien.

Subió los escalones de dos en dos y entró sin llamar al despacho de Nahuel. Y el mundo entero se desmoronó al ver que la muchacha no se encontraba allí.

—¿Dónde está Leah? —preguntó asustado.

—¿Cómo que dónde está? Pues en casa, Adri. ¿Dónde...

—Vino a buscarte hace una hora. Desobedeció la orden y vino a buscarte.

—No... No... No...

—Tenemos que encontrarla, Nahuel. Una mujer llegó a la casa medio muerta. Sammael tiene a su hermana, y Leah vino para que la ayudásemos.

—Maldito sea... maldito sea...

El rugido de Nahuel resonó en todo el edificio, en toda la ciudad. Los Weretigers se transformaron en el acto y acudieron a la llamada de su rey. Nahuel no pudo controlar su conversión y destrozó todo lo que se encontró a su paso. El primero en llegar fue Gabriel, que por el rugido de angustia de su hermano intuyó lo que había ocurrido.

Uno por uno, fueron llegando hasta su rey. Uno por uno, esperaron las órdenes inmediatas. Solo había una orden: encontrarla y rescatarla. Ninguno debía tocar a Sammael, ese desgraciado era todo suyo. Por cada rasguño que Leah tuviese Nahuel le haría sufrir una hora de tormento.

Una hora después recibió un paquete en el castillo. Tenía miedo de abrirlo, no quería encontrar una parte del cuerpo de Leah dentro de la caja. Su padre le leyó el pensamiento y la abrió por él. Nada. Tan solo una nota y el anillo de compromiso de Leah.

Sammael le citaba en un prostíbulo de la ciudad. Su guarida. Se dirigió al sótano del castillo, necesitaba sus armas. Esta vez iba a estar preparado. Los Weretigers fueron desfilando tras su rey. Iban armados hasta los dientes.

Nahuel tenía un plan. En la nota decía que fuera él solo, pero no era tan estúpido. Su equipo le guardaría las espaldas en las sombras.

--- ---

Leah abrió los ojos despacio. Le dolía todo el cuerpo. Intentó incorporarse, pero era inútil. Sammael la tenía atada en la cama de pies y manos. Gracias a Dios no la había violado... todavía. Las muñecas y los tobillos le sangraban, tenía moretones por todo el cuerpo debido a los golpes de Sammael.

Nahuel... su amor estaría destrozado. Pensaría que había fallado, cuando en realidad había sido ella quien le había fallado a él. ¡Qué estúpida había sido! Las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Se sentía tan sola... De repente, el dorso de una mano le golpeó en la mejilla haciéndola sangrar.

—¡Deja de lloriquear! No voy a tocarte todavía. Antes voy a usarte para acabar con Nahuel. Voy a hacer que mire impotente mientras te violo, y después haré que veas cómo lo mato poco a poco. Sí... va a ser tan divertido... ¡Come! Tienes que estar fuerte. Y más vale que lo hagas voluntariamente o te haré tragar a la fuerza.

Aileana gritó. Por ella, por Nahuel, por todas las mujeres que iban a perder la vida por culpa de su imprudencia. Un movimiento entre las sombras atrajo su atención. Una mancha blanca. Unos ojos azules fijos en ella. No... No podía ser. Nahuel... y venía solo.

—¡No! ¡Nahuel, es una trampa! ¡Huye! ¡Vete de aquí, maldita sea!

Los ojos de Nahuel se cruzaron con los suyos, y entonces ella le escuchó como si estuviese a dos centímetros de ella: “Tranquila, amor mío, te sacaré de ahí. No va a separarnos, te lo prometo”. Y entonces los vio: ojos en la noche. Cerca de una docena de Weretigers se escondían entre las sombras guardando las espaldas de su rey. Debería haberlo imaginado. Ahora se sentía más fuerte y segura, ahora estaba a salvo.

Capítulo 20

Nahuel entró por la puerta principal. Le esperaban. La multitud se abría paso a medida que se adentraba en la guarida de la bestia.

Ahora entendía muchas cosas. Había cientos de mujeres desnudas, todas ellas con evidentes signos de haber perdido parte de su esencia.

Más que mujeres, parecían esqueletos cubiertos de piel y encaje. Se le revolvió el estómago, la perversión llegaba hasta límites inimaginables. Mujeres que vendían su esencia a cambio de sexo era lo último que le quedaba por ver. Llegó a la parte de atrás del local. Tras unas pesadas cortinas de terciopelo rojo una cama redonda ocupaba el centro de la habitación.

El portero le llevó a la habitación contigua, que tenía como único mobiliario un escritorio de caoba y una hilera de estanterías.

La puerta secreta se encontraba detrás de la primera hilera de libros. Unas escaleras descendían en forma de espiral hasta el piso inferior. Mazmorras se extendían a ambos lados del largo pasillo. Se le erizaron los pelos de la nuca, y el rugido se le atascó en la garganta.

Llegaron a una habitación amplia llena de cadenas y aparatos de tortura. El portero se marchó dejándole solo en medio de la oscuridad. Una luz brillante iluminó el centro de la estancia. Ahí estaba su Leah, llena de rasguños y moretones, atada y amordazada. No pudo evitar la transformación. Sus pupilas se dilataron, sus garras aparecieron. Una larga cola apareció en su espalda. Pero no permitió que la conversión fuese absoluta. Utilizó toda su fuerza de voluntad para permanecer así.

—¡Sammael! ¡Aquí me tienes! ¡Ven aquí!

—Vaya, vaya, vaya... así que has venido solo —dijo el demonio apareciendo entre las sombras— ¿No te transformas del todo? Me sorprendes. Creí que tan solo con verla así sucumbirías a la bestia...

—¡Suéltala!

—No, no... Aún no, Nahuel. Quiero algo a cambio.

—Dímelo, te daré lo que me pidas.

—¡No, Nahuel! ¡Es una trampa! ¡Huye! —su mujer gritaba desesperada, y él se moría de ganas de tranquilizarla, de decirle que todo estaba bien.

—¡A callar! Solo hay una cosa que quiero, y lo sabes bien. Entrégate y la

dejaré libre.

Nahuel se desprendió lentamente de todas las armas. Leah estaba desesperada. Si Sammael lo atrapaba, todo estaría perdido. Gritó, se retorció, lloró... todo era inútil. Nahuel estaba decidido. Iba a dar su vida a cambio de la de ella en balde. Intentó llamar su atención de todas las maneras posibles, y cuando creyó haber perdido la batalla, Nahuel clavó sus ojos azules en los de ella y sonrió. Y ella escuchó unas palabras que nunca salieron de los labios de su amado: “No temas, amor mío. Todo esto forma parte del plan”.

--- ---

Nahuel se mostraba tranquilo aunque por dentro hervía de furia. Tenía que llevar el plan a cabo de la manera más exacta posible. Gracias al cielo podía hablar con Leah mentalmente. ¡Dios... estaba embarazada!

Su hijo crecía en ese vientre que tantas veces había acariciado. Seguramente ella no lo sabía, pero él lo sintió en cuanto la vio. Una ventaja de ese embarazo era que podía hablar con Leah mentalmente, la otra ventaja era aún mejor. Cuando volviesen a casa iba a darle todos los cuidados que se merecía y se casarían lo antes posible. Repasó cada centímetro del cuerpo de Leah buscando señales de agresión. Iba a hacer pagar al demonio por cada corte, por cada hinchazón.

Una vez que se hubo deshecho de todas las armas, se acercó lentamente a Sammael y extendió los brazos hacia él. Sammael le encadenó por las muñecas y los tobillos y se rió. La risa demoníaca retumbó por toda la mazmorra, y heló la sangre de Leah.

Sammael se convirtió lentamente en demonio. Era repulsivo. Leah no podía aguantar las náuseas. Una vez terminada la transformación, empezó a golpear a Nahuel con fuerza.

—Imbécil... ¿En serio creías que la soltaría cuando te entregaras?

—¡Suéltala! Diste tu palabra.

—Yo no tengo palabra, Nahuel Bruce, soy un demonio. Hago lo que quiero cuando quiero. Hasta ahora tú me lo has impedido en muchas ocasiones, pero hoy me lo vas a pagar. Voy a hacer que prefieras estar muerto, vas a suplicarme que te mate. Pero aún no, tengo que alimentarme primero. Os quedaréis aquí hasta que vuelva, y rezad porque no sea pronto.

Dicho esto, el demonio salió por la puerta cerrando de un portazo. Leah rompió en llanto. Iban a morir y no podrían hacer nada por remediarlo. Miró el rostro de su amado. No volvería a verlo nunca más. Un hilo de sangre le bajaba desde la sien, tenía el labio partido y un ojo hinchado. Todo era culpa suya. Si no hubiese sido tan impulsiva ahora no estarían en esa situación.

—Leah, mírame —susurró Nahuel—. Cariño, mírame.

—Lo siento, amor mío. Todo es culpa mía.

—Leah... no es culpa tuya, ¿me oyes? No es culpa de nadie. Vamos a estar bien, te lo prometo.

—Planea violarme delante de ti, y después obligarme a ver cómo te mata. Quiere hacernos sufrir, vas a sufrir por mi culpa.

—Leah... no puede tocarte.

—¿Cómo que no puede tocarme? ¿De qué estás hablando?

—Has sentido náuseas todos los días. ¿De verdad no te imaginas por qué? Cariño, estás embarazada. Y con un hijo mío en tu vientre no puede tocarte —Leah puso la mano en su barriga.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. ¿Por qué crees que me puedo comunicar contigo mentalmente?

—Pero... yo creí... creí que lo había imaginado.

—La telepatía es una capacidad que adquieren los padres en el embarazo. Voy a sacarte de aquí lo antes posible, pero tienes que hacer todo lo que yo te diga.

—De acuerdo, dime qué quieres que haga.

—Quiero que grites cuando Sammael se acerque. Que grites tan fuerte como puedas, solo así los demás podrán entrar sin ser descubiertos.

—De acuerdo.

—Y Leah... estas cadenas son inútiles. En cuanto me convierta se romperán.

—¿Seguro?

—Claro que sí —dijo sonriendo.

Sammael entró por la puerta con una niña en los brazos. Debía ser la hermana pequeña de Laren. Miró a Nahuel, y este asintió de forma casi imperceptible, la había escuchado. El demonio depositó a la pequeña en el suelo.

—He pensado en alimentarme delante de vosotros. Esta niña será un aperitivo exquisito. Os ofrecería un poco, pero sé que no os gusta la carne poco hecha.

—¡Suelta a la niña! —gritó Nahuel— ¡Esto es entre tú y yo, Sammael! Libera a la niña y a Leah y haz lo que quieras conmigo.

—Ni lo sueñes, llevo mucho tiempo queriendo saborearla. ¿Recuerdas a Laren? Sí, claro que la recuerdas, era empleada tuya. La convencí para que se alejara de vosotros. Iba a utilizarlas a ella y a la niña, pero la maldita zorra escapó. Dejó a su hermana en mis garras para salvar su pellejo.

—¡Nooo! —gritó Leah— ¡Escapó para pedirnos ayuda, desgraciado! —No vio la garra del demonio acercarse, y sintió que la piel de la cara le ardía.

—¡Si vuelves a tocarla te mataré de la forma más cruel que puedas imaginar!

—¿Me estás amenazando? —contestó el demonio entre carcajadas— ¿Y cómo vas a hacerlo?

En ese justo momento Leah gritó. Gritó con todas sus fuerzas por ella, por Nahuel, por aquella pequeña indefensa y por la mujer que había llegado al borde de la muerte para salvarla.

--- ---

Gabriel escuchó el grito de angustia de Leah. Esa era la señal. Miró a sus primos y todos asintieron. Se deslizaron por la pared del local con mucho cuidado. El oído felino les permitía localizar el sonido de la voz de Leah con exactitud. Encontraron la entrada de la mazmorra, no sin dificultad, y se prepararon para actuar.

--- ---

Blake se apostó en el callejón de detrás del local. El antiguo equipo de defensa le cubría las espaldas. Aunque se habían retirado, seguían siendo eficaces. Se oyó un grito. Leah, la señal. Buscaron una manera de entrar en el lugar sin ser descubiertos. Una ventana. No sabía hacia dónde les conduciría, pero por lo menos estarían cerca.

--- ---

Nahuel contó hasta cien. Ahora le tocaba a él. Se debatió para soltarse, con el fin de atraer la atención del demonio. Poco a poco estuvieron rodeados por más de una docena de Weretigers. Divisó a su padre y a su hermano, cada uno en un lado de la habitación preparados para el ataque. Era su momento, y sonrió. Su sonrisa hizo que el demonio se quedase paralizado, y en ese mismo instante se transformó.

Sammael no sabía qué estaba ocurriendo. El cambio de ánimo del tigre no era lógico. Vio cómo se transformaba, vio cómo las cadenas se rompían como si fuesen de papel de fumar, y Nahuel se colocó de un salto delante de la niña, protegiéndola con su cuerpo.

—Se acabó el juego, Sammael. Ríndete.

—¡Ni lo sueñes! —Agarró a Leah por el cuello— ¡Ríndete o la mato!

—¡No te atrevas a tocarla! ¡Suéltala!

—¡Olvídalo! Es mía. ¡Mía!

Sammael volvió bruscamente a Leah e intentó atravesarla con el aguijón de su cola por la yugular, pero no pudo. En cuanto la punta rozó la piel de Leah, sintió arder la piel y vio cómo se formaban miles de ampollas.

—¿Qué...qué es esto?

—Eso —dijo Blake saliendo de las sombras— es que has perdido.

—¡No! ¡No puede ser!

—En su interior crece un Weretiger, mi nieto —continuó—. Así que ríndete, estás rodeado.

Uno a uno todos los presentes salieron de entre las sombras. Abel corrió a coger a la pequeña entre sus brazos y ponerla a salvo. Blake apartó a Leah de un solo movimiento del demonio y la puso en manos de Adriel. Gabriel se puso a la derecha de su hermano y Blake a la izquierda de su hijo.

Nahuel observó con orgullo a su padre y a su hermano. Se separaron lentamente de él, cerrando el círculo que los demás Weretigers formaban alrededor de ellos.

—Vamos, Sammael. ¡Defiéndete! Esto es entre tú y yo, nadie va a interferir. ¡Muéstreme de lo que eres capaz!

El demonio dio vueltas, intentó encontrar sin éxito un lugar por el que escapar. Vio el reflejo de algo metálico.

La espada de Nahuel se incrustó en su costado, la sangre empezó a caer a borbotones. Tenía que escapar. Vio la ventana. Intentó escapar por ella, pero a causa de la herida no pudo transformarse en viento. Nahuel lo agarró por una de sus alas y de un mordisco se la desgarró por completo.

Sammael cayó al suelo. Apenas podía moverse. No podía creerlo... ¡Había sido derrotado! Miró en los ojos de Nahuel, y entonces lo comprendió todo.

Desde el momento en el que el tigre albino había entrado en el prostíbulo su destino estaba trazado. Empezó siendo cazador, pero terminó convertido en presa. La sangre manaba por su herida a borbotones, la vida se le escapaba entre los dedos. Nahuel levantó la espada y de un solo movimiento la clavó en el corazón del demonio.

Había ganado. Nahuel había acabado con su peor pesadilla desde hacía más de mil años. A su rugido de triunfo se le unieron una docena más de rugidos. Cambió de nuevo a humano, su padre se acercó a él y le abrazó.

—Sabía que lo conseguirías, hijo. Me alegro de que todo haya acabado por fin.

—Papá... vayámonos a casa.

Tan pronto como las aguas volvieron a su cauce, Aileana y Nahuel se casaron. Decidieron celebrar la boda en los jardines del castillo. Iba a ser una ceremonia familiar, con no más de cincuenta invitados.

Yvaine se ocupó prácticamente de todo. El jardín estaba amueblado con sillas blancas adornadas con narcisos y rosas, una alfombra de pétalos blancos cubría el césped. El altar estaba colocado debajo de una reja adornada de flores típicas de Escocia. La boda se celebraría al anochecer.

Nahuel estaba nervioso. Después de tanto tiempo aún se ponía nervioso cuando esperaba a Leah. Cuando la vio aparecer se quedó sin respiración. El vestido de novia típico escocés estaba formado por tres piezas. La parte de arriba estaba formada por un corsé sin mangas, imitando el plaid de la familia Bruce. La falda blanca, estrecha por las caderas, se abría en una cola de dos metros de largo. El conjunto se completaba con un abrigo blanco largo, entallado, con los colores de los Bruce por el forro, el cuello y los puños. Estaba preciosa.

El momento cumbre de la ceremonia llegó con los votos matrimoniales. Ya Yvaine había avisado a Leah de que iba a ser un momento muy especial, y no exageró. Todos y cada uno de los miembros del equipo de Nahuel se convirtieron en felinos y los rodearon, todos se tumbaron en señal de sumisión para con su rey. Y en ese momento, a la luz de las estrellas, Nahuel dijo los votos más maravillosos del mundo.

—Ambos escogimos juntar nuestras vidas. Yo, Nahuel Bruce, descendiente de Robert Bruce y actual monarca de los Weretigers, me entrego a ti, Aileana Brodrick, sabiendo que la magia de nuestro amor es caminar juntos. Quiero que seas mi compañera todos los días de mi vida. Mi vida se ha vuelto centro de la tuya, nuestras vidas no son nada si no están juntas. Leah, quédate siempre a mi lado, se mi amiga fiel, mi amante, mi confidente. Yo seré tu compañero incondicional para todos los días de tu vida. Prometo amarte y cuidar de ti, e intentar ser digno de tu amor. Siempre seré honesto, amable, paciente y fiel, y aprenderé a perdonar. Pero sobre todo, me comprometo a ser un verdadero amigo leal a ti. Te quiero.

Leah no pudo articular palabra. Sonrió entre lágrimas y besó a Nahuel con todo el amor que sentía por él. Un amor puro, sincero y genuino.

Pasaron la noche de bodas en la suite nupcial de uno de sus hoteles. Jacuzzi, caviar, cava, fresas cubiertas con chocolate y velas aromáticas fueron el escenario perfecto para una larga noche de amor y pasión.

Nahuel había encontrado a su compañera. Su alma estaba en paz después de cien años de tortura. Había terminado la lucha contra Sammael, por fin podían ser personas normales. Ahora iban a disfrutar de la vida. El sol volvía brillar para el tigre albino.

Epílogo

Nahuel no dejaba de dar vueltas en la puerta del quirófano familiar. Era la hora. Después de nueve meses, por fin Leah iba a dar a luz a su primogénito. Su madre le había dicho que no iba a ser nada fácil, y estaba preocupado. Adriel había tenido que sacarlo a rastras del quirófano, porque estaba dando más problemas que la pobre Leah.

Los gritos de su mujer le estaban matando. Su padre se acercó y le entregó un vaso de whisky escocés, que se bebió de un trago.

Por fin los gritos cesaron. Uriel salió del quirófano, entre sorprendida y feliz. Se acercó a su primo y le abrazó.

—Enhorabuena, primo. Es un niño. Y Leah está perfectamente. Puedes pasar.

Se acercó a su nueva familia. Su mujer brillaba contemplando con amor a su pequeño bebé. Nahuel no podía contener las lágrimas. Un niño con el pelo del color del oro fundido y los ojos de su madre. Su hijo era perfecto. No podía describir lo que sentía. Su pecho iba a explotar de amor y satisfacción.

Tomó a su hijo entre sus brazos como si temiese que la brisa lo lastimase. El pequeño se desperezó y maulló, y entonces sucedió. Las pequeñas manitas se transformaron en garras, el cuerpo se llenó de pelo blanco como la nieve. Una cola diminuta apareció en su espalda... y casi sin darse cuenta tenía una cría de lince entre los brazos. Un lince albino.

—¡No es posible! Eres humana... ¿Cómo...?

—Es el hijo del gran tigre albino —dijo Blake desde la puerta—. Todo es posible.

—Papá...

—Será un Weretiger fuerte, hijo, quizás sea el elegido para terminar con la maldición. ¿Cómo le llamaréis?

—Le llamaremos Mikael —contestó entonces Leah—. El elegido.

--- ---

En ese mismo momento, en los suburbios de Edimburgo, una muchacha de apenas quince años daba a luz a su primogénito. Las contracciones se sucedían cada cinco minutos, el dolor era insoportable. Sentía como si estuviesen

despedazándole las entrañas.

El parto comenzó. De su vientre salió un pequeño con el pelo azabache y los ojos verdes. Sonrió y acunó a su pequeño entre los brazos mientras le susurraba palabras amorosas. Le llamaría Seth, como su padre. Y algo en el bebé cambió. La piel del pequeño se oscureció hasta que apenas se diferenciaba de su pelo, la cara se desfiguró hasta formar un hocico puntiagudo, un par de alas salieron de su espalda. Sus bracitos se convirtieron en garras y un graznido salió de su garganta.

Al principio el horror inundó a la joven, pero a pesar de ser un monstruo, el pequeño era su hijo. Había nacido de su vientre y lo querría de la misma manera. El pequeño engendro extendió las garras hacia su madre acompañadas de un graznido de dolor, y ella lo apretó contra su pecho mientras le susurraba una canción de cuna. La marca de nacimiento que tenía tras la oreja izquierda empezó a latirle con fuerza. Se miró al espejo. La estrella de David brillaba.

De pronto, las alas del hijo envolvieron por completo a la madre. Su boca se agarró a la marca de nacimiento y absorbió. Poco a poco, el cuerpo de la muchacha fue quedándose sin vida, hasta caer inerte en el suelo. El demonio saltó por la ventana en busca de su nueva víctima. El ciclo se había completado. La bestia volvía a despertar.

FIN